





El Turchetto



METIN ARDITI

EL TURQUETTO

Traducción de Manuel Serrat Crespo

NAVONA

Título original
Le Turquetto (2011)

Primera edición: marzo de 2015
Publicado por Navona Editorial
© de esta edición: Terapias Verdes, S. L.
Pau Claris, 167, 08037 Barcelona
comunicación@grupotnm.com
www.navonaed.com
© Actes Sud, 2011
© de la traducción: Manuel Serrat Crespo

Fotocomposición: Víctor Igual, S. L.
Aragón, 390, 08013 Barcelona
Impresión: Sagrafic, S.L.
Plaza Urquinaona, 14
08010 Barcelona

Depósito legal: B- 5180-2015
ISBN: 978-84-16259-07-6

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos.

Índice

Nota al lector	13
<i>El Turquetto</i>	15
I. Constantinopla. Septiembre de 1531.....	17
II. Venecia. Agosto de 1574.....	93
II. Venecia. Junio de 1576.....	153
III. Constantinopla. Septiembre de 1576.....	253
Epílogo.....	307



a Bertrand Py



*La verdad de un hombre es, en
primer lugar, lo que oculta.*

ANDRÉ MALRAUX,
Antimemorias



NOTA AL LECTOR

Existe en el museo del Louvre un retrato atribuido a Tiziano llamado *El hombre del guante* que muestra una peculiaridad.

La firma puesta al pie de la tela, TICIANUS, toda en mayúsculas, parece pintada de dos colores distintos. El visitante atento puede advertir, por poco que acerque su mirada al cuadro, que la T está pintada en gris oscuro mientras que el resto del nombre, ICIANUS, lo está en azul grisáceo. La diferencia de color no es muy llamativa, pero es indiscutible.

En 2001, cuando se celebró la exposición *Venecia o el color recuperado*, el museo de Arte e Historia de Ginebra recibió en préstamo el cuadro. Impresionado por la anomalía en la firma, el historiador del arte que se encargaba de colgar las obras decidió por su cuenta y riesgo proceder a un análisis.

El resultado de esta investigación estaba clasificado, hasta hace muy poco, en los archivos del departamento de restauraciones con la referencia DR-2001-48-VL-RX y podía consultarse con autorización. La reciente Ley ginebrina sobre transparencia de los archivos estatales (LTAE), vota-

da por el Gran Consejo en octubre de 2009, permite ya acceder libremente a él.

He aquí lo esencial de este informe:

ESPECTOMETRÍA DE FLUORESCENCIA
POR RAYOS X
PARA
EL HOMBRE DEL GUANTE
Análisis de una anomalía cromática
en la esquina inferior derecha

La T, de tonalidad gris oscuro, está compuesta por algunos granos de plomo (*biacca*) y negro de carbón. La mezcla procede de una combustión incompleta de varios lípidos (diversas ceras, grasas y aceites) y de resinas naturales (sobre todo colofonia).

Las letras ICIANUS azuladas proceden de una mezcla de negro de humo y azurita (*azzurro della Magna*), un silicato de aluminio y sodio de forma compleja.

Todo nos lleva pensar que la firma fue plasmada en dos veces, por dos manos diferentes, y en dos talleres distintos.

Dada la cronología (la T, según la lógica, fue pintada en primer lugar y en el taller del autor), podemos emitir la hipótesis de que el cuadro no es de la propia mano de Tiziano.

V.L.

El mismo análisis permitió poner de relieve otra particularidad. El barniz que recubre la tela está hecho de dos resinas, la sandáraca, una esencia de ciprés bastante corriente en la pintura del siglo XVI, y el incienso, cuya utilización en un barniz nunca se había indicado.

EL TURQUETTO



I
CONSTANTINOPLA
Septiembre de 1531



I

—¡Elías! ¡Tu padre se ha detenido!

¡Esa manía que tenía Arsinée de gritar, cuando estaba ante sus ojos!

Se volvió hacia su padre. Con la frente bañada en transpiración, éste presionaba su vejiga y orinaba en plena calle, como los mozos de cuerda y los mendigos... Desde que se habían puesto en camino hacia el bazar, era la tercera vez.

Elías bajó los ojos, vio los chorritos rosáceos escapando de la verga de su padre, intermitentemente, y observó las gotitas que se perdían en la tierra batida. De pronto, levantó la mirada. Sus ojos se endurecieron como dos canicas negras, sus rasgos se tensaron y, durante unos diez segundos, escrutó a su padre con velocidad. Vio a un hombre flaco, encorvado, poco cuidado...

Lo dibujaría de frente. Y haría trampas. Como cada vez que le hacía un retrato. Añadiría fuerza en la mirada, o realzaría el porte de la cabeza, o daría cierta dignidad a la postura.

Como casi todos los dibujos de Elías, éste sería «para la pila». Elías se sentaba con las piernas cruzadas, cerraba los ojos, ocultaba el rostro entre sus manos y, del todo ensimis-

mado, se imaginaba dibujando. Con una mina de plomo en la mano, trazaba un primer trazo, el óvalo de un rostro por ejemplo o la línea de un hombro; luego el segundo, como si dibujara de veras, y así sucesivamente hasta que el dibujo estuviera en su sitio. Lo miraba entonces con intensidad, añadía una sombra por aquí, un degradado por allí, fruncía una mirada, plasmaba una tensión en un músculo, exactamente como si todo lo que hacía fuese real. Tras ello, contemplaba el dibujo poniendo en ello todas sus fuerzas, se impregnaba de él hasta el más íntimo detalle y lo depositaba en lo alto de una pila, imaginaria también, en un rincón preciso de la minúscula habitación que compartía con su padre.

Lo más extraño, cuando dibujaba para la pila, se refería a la violencia de las emociones que le recorrían. En semejantes instantes, le impulsaba por completo un sentimiento de supremacía. Nada le parecía imposible. Trabajaba a la pluma, al pincel o a la mina de plata, utilizaba mil colores, plasmaba efectos de sombra o claroscuro, en una palabra, dibujaba como le placía. Era, en fin, dueño de su vida.

—¡Siempre hay que repetírtelo todo! —prosiguió Arsinée—. ¡Y mírame cuando te hablo!

De pronto, tuvo ganas de enojarla y volvió a caminar.

—¡Elías!

Una voz de gorrión piando... Se encogió de hombros y se detuvo. De todos modos, no tardaría en hacerla rabiar.

—Perdonadme —dijo entonces su padre, volviéndose hacia Arsinée y Roza, la georgiana a la que iban a vender.

—Sami... —dijo Arsinée, moviendo la cabeza como en un reproche —hubieras debido quedarte en casa.

Sami iba a morir. Y pronto, incluso... Los hombres que no conseguían ya orinar morían pronto. Tenían ganas, sólo conseguían sacar unos chorritos rojizos, luego seguían teniendo ganas y, por fin, morían. ¿Qué edad tenía Sami? Lo calculó, se equivocó, empezó de nuevo dos veces y llegó a treinta y seis, a treinta y ocho luego. Parece tener sesenta y ocho, se dijo Arsinée. ¿Y ella? ¿Cincuenta y seis? ¿Cincuenta y siete?

Se estremeció. ¿Cuánto tiempo iba a aguantar? Apartó los ojos de Sami y su mirada se posó en Elías. Éste... Cada vez se parecía más a una rata. Con su nariz que era una especie de hocico y sus ojos siempre al acecho... ¡Y ahora miraba el pecho de Roza...! ¡Que bribón! Sería para ella un placer decirle cuatro verdades, ¡y de inmediato incluso!

Elías captó su mirada, sintió que llegaba la cólera y se dijo que era el momento de largarse:

—Voy a casa de Djelal Baba.

—¿Sabes qué daño le estás haciendo a tu padre? —soltó Arsinée—. ¿Sabes que se sacrifica por ti?

Sami levantó la mano en señal de apaciguamiento. Estaba empapado, su vejiga le importunaba horriblemente y estaba harto de escuchar a su hijo y a Arsinée peleándose.

Su silencio impulsó a Arsinée a proseguir:

—¡No eres musulmán! ¡Eres judío! ¡Y no tienes derecho a caligrafiar! ¡Tu trabajo está en el Esir-Han¹!

Elías la conocía. En semejantes momentos tenía sólo una idea en la cabeza, pelearse. Soltó: «Hasta luego» y se largó por la calle de los Fabricantes-de-Pantufilas, donde

1. Casa de los esclavos.

desapareció entre la masa de porteadores, vendedores ambulantes y pasmarotes.

—¡Tendría que darte vergüenza —gritó tras él Arsinée.

¡Esa manía que tenía de ir a meterse en casa del tal Djelal! ¡Un hipócrita, eso era! ¡Hipócrita como una rata! Y ese Djelal Baba que le metía ciertas ideas en la cabeza... ¡Además, por qué caramba le llamaba *Baba*? ¡No veía, acaso, que hería a su padre?

Afortunadamente, allí estaba ella... No para reñirle... ¡Para ayudarle a ser alguien! ¿Quién iba a educar al muchacho si ella no se encargaba? ¡Ciertamente, no su padre, aquel desgraciado! Ni Sofía, la vecina griega. Con seis hijos, más la cocina que hacía para la taberna, pobre mujer... Lo había alimentado con sus pechos, de acuerdo... ¡Pero eso era historia pasada!

Aquel bribón de Elías... Cuando iban al Han, por ejemplo. ¡Corría por delante! ¿Y por qué? ¿Para no ver a su padre orinando en la calle? ¡Como si fuera culpa del pobre hombre tener que orinar cada tres pasos! Si hubiera sido rico, se habría quedado en casa. Orinando tranquilamente, como todo un señor, cada vez que tuviera ganas. Elías debiera sentir gratitud por su padre... No desprecio... Un padre que iba a su trabajo como un perro, a pesar de su enfermedad... Y aquel pillastre que sólo hacía lo que le daba la gana... ¡Corriendo hacia donde nada tenía que hacer! A la calle de los Fabricantes-de-Tinta, a la taberna, a la iglesia de San Salvador... así, de vez en cuando, era preciso que le dijera cuatro verdades. ¡Aunque le amara!

2. «Padre».

Más de lo que nunca había amado a nadie... Había momentos en los que sólo deseaba estrecharlo contra sí... besarle hasta ahogarlo, por todas partes, en los cabellos, en las mejillas, en el cuello, por todas partes... tener su pequeño cuerpo duro pegado a sus roscas... sentir sus dedos plantándose en la grasa de su espalda con tanta fuerza que veía en ello la desesperación, y se decía entonces que aquel niño la necesitaba como nadie, jamás, la había necesitado; y la sensación de ser indispensable por fin la colmaba.

De este modo, Arsinée se encontraba siempre dividida entre el deseo de pelearse con Elías y las ganas de ahogarlo de ternura. Doce años antes, ella lo había sacado del vientre de su madre. Cuando se lo había mostrado, la pobre mujer estaba agotada tras treinta y seis horas de parto. Había sonreído. Luego había susurrado, en una mezcla de turco y castellano: «*Es un kütchük fâré muy lindo*», es una ratita muy bonita. Luego se había adormecido. Una hora más tarde moría.

—Regresemos —dijo Sami.

—Está en una edad difícil —dijo Arsinée—. Pero es un buen muchacho. Ya verás, ¡algún día te dará gloria!

Sami no respondió. Estaba lejos de la gloria. Su hijo les traicionaba. A él, a su mujer, a sus parientes, a sus antepasados... les traicionaba a todos.

«*Allaha bin shükür*», murmuró Djelal. Mil gracias a Dios. Jamás había visto una piel de cordero semejante.

Acarició la lana con sus pulgares. ¡Que bucles! Enormes, grasientos, negros de sudor... El animal no había sido esquilado desde hacía cuatro años, incluso cinco tal vez...

Los de la calle podían mirarle de arriba a abajo y llamarle Kütchük Djelal³ tanto como quisieran, ninguno había fabricado nunca una tinta como la que él iba a obtener gracias a esa piel. ¡Ni uno sólo de los cuarenta!

Le llamaban Kütchük Djelal... El buen Dios le había hecho de pequeño tamaño, de acuerdo. ¿Y qué? al menos él iba siempre arreglado. Nadie le había visto nunca llevando un *jömlék*⁴ manchado. Mientras que los de la calle... No sabía cómo conseguían trabajar con una camisa sucia. Fabricar tinta exigía serenidad... Pureza... Incluso los gestos más sencillos, como enjuagar un frasco o colocar los cálamos en un estante, merecían el mayor cuidado.

Él, en todo caso, llevaba a cabo cada tarea de su trabajo

3. «Pequeño Djelal».

4. Camisa.

respetando el más ínfimo detalle. Su tienda consistía en dos estancias muy pequeñas. En la primera, que daba a la calle, estaban los frascos que esperaban ser vendidos, así como una mesa de escritura. Los ingredientes necesarios para la fabricación se alineaban en la sala de atrás. Concentrados de goma arábica, extractos de sepia, cristales de alumbre, aglutinantes, todo dispuesto según un orden preciso. En un anaquel los utensilios necesarios para la fabricación; en otro, los frascos vacíos.

Djelal repartía su vida entre tres actividades, cada una de las cuales le era esencial: la fabricación de tintas, la plegaria y la danza.

En realidad, las tres cosas eran sólo una. Las tintas se hacían para copiar los textos sagrados y la danza permitía a Djelal acceder a la serenidad, es decir, aproximarse al Señor. Así, cada instante de su vida tendía hacia el mismo objetivo: adecuarse a las enseñanzas del Profeta tanto en las cosas del espíritu como en las del cuerpo. De modo que Djelal ponía en cada una de las tres actividades todo su corazón, toda su atención y toda su lealtad.

Ponía un infinito cuidado en lo que comía y en lo que bebía. Agradecía a Dios que le hubiera hecho nacer y quería estar dispuesto a presentarse ante Él con dignidad y humildad, en el momento que Él decidiera. Así, no transcurrían ni cinco minutos sin que se hiciera las mismas preguntas: ¿Lo que estoy haciendo se adecua a las enseñanzas del Profeta? ¿Es recta mi vida, como debe serlo la de un creyente, y más aún la de un fabricante de tintas? ¿Soy digno de haber sido elegido para llevar a cabo esta tarea?

Naturalmente, las burlas de los de la calle le hacían du-

dar a menudo. Pero resistía. En el fondo, se decía, lo que molesta a los demás es que no hago nada como ellos. Y era cierto... Enojaba a los de la calle que salmodiara, que ayunara y que danzara... Dicho esto, pensaba Djelal, también ellos harían bien ayunando de vez en cuando y confiando en el Señor... ¡Y sobre todo fabricando sus tintas sin hacer trampa! ¡Pues veía muchas tintas que palidecían! «¡Mira que azul he conseguido! ¡Mira ese carmesí! ¡Mira ese verde!» En la Mürekkeptchiler sokak⁵ sólo se oía esto. Unos jactanciosos... Evidentemente, al principio, sus tintas eran extraordinarias. Brillantes, fluidas, magníficas... ¡Nada hay más fácil! ¡Les bastaba con no mojarlas en la piedra de alumbre! Naturalmente, diez o veinte años más tarde se deshacían... ¡Pero eso ocurría luego! Ya no les interesaba...

Él, por el contrario, se demoraba en la piedra de alumbre, como le había enseñado su padre. Eso hacía que las tintas fueran apagadas, claro. ¡Pero que aglutinante! ¡Que suavidad en la punta del cálamo! ¡Además, el alumbre expulsaba las termitas! Por mucho que los de la calle se burlaran de sus tintas, aunque fueran mates, es cierto, iban a aguantar durante diez y veinte generaciones.

La víspera había sido Ahmet. Un tramposo como no hay otro, ese tipo. Había asomado la cabeza por la rendija de su puerta antes de soltar: «¡Kütchük Djelalim⁶! Si por ventura necesita piedra de alumbre, tengo tanta como quieras. ¡Te haré un buen precio!». Y luego se había marchado soltado la carcajada. De momento, Djelal había tenido ganas de

5. Calle de los Fabricante-de-Tinta.

6. «Mi pequeño Djelal».

llorar. Le hubiera gustado gritar: «¡Sólo eres un cerdo!» Pero se había sobrepuesto. Su deber era fabricar «tintas para siempre», como decía su padre. Su primer deber, claro está, era temer a Dios. Pero el segundo, justo después, era fabricar tintas dignas de los versículos que iban a copiar, y honrar a su padre.

Süleyman Âbi, así le llamaban todos. Hermano mayor Süleyman. Toda la calle le respetaba. ¡Y sus tintas podían leerse hoy como el primer día! ¡Como cuando el calígrafo había mojado su cálamo en el frasco! ¡Y también podrían leerse dentro de mil años!

Su mirada barrió las hileras de frascos para vender. Cierto era que había muchos... Los calígrafos querían tintas que brillase... que fulgurasen... A pesar de todo, lo que vendía le permitía vivir y, de todos modos, no iba a modificar las proporciones indicadas por su padre. Aunque, algunos días, eso a veces le tentaba... Disminuir la cantidad de alumbre, era sencillo... En esos momentos, cuando sentía que debía recuperar el recto camino, iba a danzar.

Danzar... Girar... Girar hasta el éxtasis. Pensar en el Señor y girar... Mostrarle que vivía para servirle... Que sentía hacia Él una infinita gratitud. Y que quería darle gracias, cada día, y empezar de nuevo a la mañana siguiente, y un día más tarde con la misma humildad.

Y además, la danza le ofrecía un respiro. En su tienda, vivía con la aprehensión de ver a alguno de los demás empujando su puerta, lanzándole una burla y sumiéndole en la tristeza, como ese borrico albardado de Ahmet... En la cofradía donde iba a danzar, todos eran respetuosos... Le saludaban, le preguntaban cómo estaba...

Su problema era que no sabía defenderse contra los de la calle. Acarició de nuevo la piel del cordero. Su padre se habría sentido orgulloso de él. Iba a hacer la más hermosa tinta del mundo.

Sentió que las lágrimas le subían a los ojos, como sucedía a menudo cuando pensaba en su padre, y corrió a ocultarse en la trastienda.

En cuanto Elías estuvo fuera de la vista de Arsinée, le dominó el miedo de dar con Zeytine Mehmet⁷, del lisiado que mendigaba ante el Han. Si veía a Elías deslizándose a toda velocidad por el barrio, querría entablar conversación. Le soltaría: «Ah, caramba... ¡Muy apresurada parece nuestra pequeña rata! ¿A dónde irá así?». Además Zeytine Mehmet era capaz de susurrar algunos sobreentendidos ante Arsinée: «Pero bueno... Tu ratita... ¿Qué hace mientras estáis en el Han? ¿Va a casa de Djelal Baba? ¿Ah sí? ¿Estás segura? Que raro, yo habría pensado, más bien, en otra cosa...», y así sucesivamente.

Cierto día en que Elías le había regalado su retrato, Zeytine Mehmet lo había examinado con atención y, luego, había soltado en tono maligno: «¿Has querido embellecerme, no, Ratita? ¿Has querido engatusarme?». Le había mirado fijamente durante unos segundos, antes de soltar la carcajada. Elías había tenido el susto de su vida.

Había que saber tratarlo a Zeytine Mehmet. O, mejor aún, había que evitarlo.

7. «Mehmet el olivo».

Abandonó la calle de los Fabricantes-de-Pantuflas, se metió en la primera avenida a la derecha y subió por la calle de los Silleros hacia el Han. Mientras se escurría entre la multitud del Bazar, no dejaba de pensar en Arsinée. ¡Era injusta, Arsinée! ¡Se aprovechaba de él! ¡Se aprovechaba de las chicas también! En el fondo, se aprovechaba de todo el mundo. Les decía a las muchachas: «Si eres buena, Elías hará tu retrato», y así sucesivamente, para que lo comprendieran bien... Evidentemente, cuando tenían su retrato ante los ojos, las muchachas se derrumbaban de felicidad, gritaban: «¡Soy yo! ¡Yo! ¡Mira!». El agradecimiento que sentían hacia Arsinée era tan grande que no conseguían expresarlo. Ésta obtenía entonces, de ellas, lo que deseaba, Elías lo veía muy bien...

Regresó al Han por su patio trasero, apoyó la escalera de incendios contra la fachada de madera, se aseguró de que nadie le viera y trepó dos pisos. Cuando llegó a la altura del desván, entró de puntillas y se tendió cuidadosamente, con los ojos exactamente al nivel de una grieta de una pulgada de ancho que había fabricado rascando el adobe del suelo. Tenía entonces una completa vista de la estancia de abajo, aquella donde los mercaderes desvelaban a las muchachas que iban a vender en los harenes. Dentro de unos minutos, descubriría los pechos de Roza... por fin...

Había visto ya muchas chicas desnudas. Pero Roza era otra cosa... Alta como un hombre, fuerte...

De pronto, sus pulmones se contrajeron. Aspiró tan profundamente como pudo y el aire silbó al atravesar sus bronquios con tanta fuerza que habrían podido oírlo a quince

pasos. Empezó entonces a espirar a pequeñas bocanadas, con la boca abierta de par en par, como Djelal Baba le había enseñado a hacer, y los silbidos cesaron muy pronto.

—¿Estás bien?

Era la voz de Arsinée. Debía de estar en el pasillo.

—Lo estaré —respondió Sami.

—¿Te sientes mejor?

No hubo respuesta.

—¿Estás inquieto?

Sami siguió sin responder.

—¡Doce hombres del Mar Rojo! —dijo alguien en castellano.

—Habría que verlos... ¡Habríase dicho doce leprosos!

—Desde Djeddah, están tres meses remando como bueyes...

—Con los negros siempre ocurre lo mismo, uno de cada dos muere por el camino.

—Las caucásicas son más seguras.

—Incluso pueden colocarse las gordas, son sólidas.

—¿Y esa que vendes?

—Procede de Georgia.

Era la voz de su padre.

—¿Cuánto pides por ella?

—Empezaremos por setecientas piastras.

—¡Una fortuna!

—¿Baila bien?

—Es magnífica.

—Te aseguro que el visir va a quedársela —dijo Arsinée en turco—. Se la quedaría incluso a setecientas cincuenta. ¡Es su tipo! Se volverá loco cuando la vea.

—Sofía valía ochocientas —respondió Sami.

—Sí, pero realmente era muy bella. Y no es que tú no seas bella, Roza mía —añadió Arsinée—. Pero Sofía bailaba como una reina, mientras que tú... En fin, a cada cual su talento...

Se hizo un largo silencio.

—No llores, ángel mío —dijo de nuevo la voz de Arsinée—. Te tomará Osman Effendi. Además, cuatro de sus mujeres proceden de nuestra región, te acogerán con amabilidad, ¡ya verás!

Elías imaginó a la georgiana de pie en el pasillo, con la cabeza inclinada y la mirada en tierra. Debía de tener los músculos del rostro relajados y el labio inferior algo colgante.

Sin duda está muerta de vergüenza, pensó Elías. De vergüenza y espanto. La dibujaría de tres cuartos, con los ojos gachos pero con la cabeza erguida, para darle nobleza. Trampearía con la redondez de las mejillas, que tenía demasiado grandes. En los carrillos sucedía lo contrario. Eran enormes, pero ni hablar de limarlos. Crearía efectos de sombra a la pluma, los rasgos fuertes con la piedra negra, y los relieves al carboncillo.

Una voz gutural soltó:

—¿Quién vende a la muchacha?

—*Effendim*⁸!

Era la voz de su padre.

—Soy el secretario de Izak Bey. *Nasilsiniz effendim*⁹?

Ese modo que su padre tenía de pronunciar *Nasilsiniz*...

8. «Mi señor».

9. «¿Cómo estáis Mi señor?».

iera *Nasulsounouz*! No era extraño que la gente le hablara como a un don nadie... ¿Por qué su padre no aprendía bien el turco? Habría tenido un aspecto más digno...

—¿Quién va a desnudarla?

—Yo, *effendim* —dijo la voz de Arsinée —, y que me sacrifiquen por vos como se sacrifica al cordero.

—¡Apresuraos! —ordenó el visir.

Con los ojos en la rendija, Elías lo vio entrar, seguido por Arsinée y Roza. Cuando estuvo en el centro de la estancia, se detuvo, con las piernas abiertas y los brazos cruzados:

—¡Veamos esta maravilla!

Elías contuvo el aliento y escrutó el rostro del visir. Unos ojos muy agudos, al acecho sin cesar. Pequeñas pupilas, de un negro intenso. Órbitas profundas. Cejas poco pobladas. Nariz fina, aguileña y asimétrica, inclinándose hacia la derecha. Fosas aplastadas. Boca delgada. Bigote ancho y muy espeso, pómulos salientes, mejillas hundidas.

—¡Una princesa! —le dijo Arsinée al visir—. Será un gran honor, *effendim*.

Se volvió hacia Roza:

—Quítate el velo y báílanos algo, Rozadjoum¹⁰. ¡Muéstrale a Osman Effendi qué graciosa eres!

La georgiana no se movió.

—¡Vamos, Roza mía, danza!

Arsinée comenzó a dar palmadas:

—*Lay lay lalalay lay lay!*

Roza permanecía inmóvil con la cabeza inclinada hacia un lado y la mirada en el suelo.

10. «Mi pequeña Roza».

Arsinée detuvo su melopea y la miró, con aire inquieto. Tras unos instantes, le susurró con voz tensa:

—¡Rozadjoum! ¡Por favor! ¿Qué vamos a parecer?

Prosiguió con sus *lay lay lay*, pero lo hizo sin convicción. Cuando la georgiana levantó por fin los ojos, Elías vio que estaba aterrorizada.

—*Haydé, djanoum haydé*¹¹! —la alentó Arsinée, forzándose a sonreír.

Roza esbozó unos pasos de danza, con la mirada gacha de nuevo. Habríase dicho un oso.

Era el cuerpo de Roza lo que iba a convencer a Osman Effendi, y Arsinée lo sabía. Pero el canto y la danza formaban parte del protocolo y la georgiana debía pasar por ello.

—Canta en turco, *vallahi billahi*¹²! —Soltó Arsinée—. ¡Y muy bien! Canta *Yendo a Scutari*, Roza mía.

Ésta masculló en voz apenas audible:

*Usküudara giderirken altounda bir yâmour
Kâtibimint setresi ouzoun, eteyi tchamour*

En el camino de Scutari, me alcanza la lluvia.

La levita de mi secretario es tan larga que se ha embarrado.

La muchacha tropezaba en cada palabra. Arsinée la interrumpió:

11. «¡Vamos alma mía, vamos!».

12. «De veras, ante Dios».

—Ahora mostraremos a Osman Effendi qué magnífica damisela eres, ¿no es cierto, Rozadjoum?

Arsinée apartó el gran chal negro que envolvía a Roza, deshizo luego su camisa y sus enaguas. La georgiana se lo permitió. Cuando Arsinée le hubo desatado el *shalvar*¹³, Roza ya sólo llevaba encima una braga de algodón demasiado ancha y dos tiras de tela, cruzada, que le cubrían los pechos. Comenzó a temblar.

—Pronto habrá terminado todo—le susurró Arsinée.

Desató las cuatro tiras de algodón que retenían su sujetador mientras Roza seguía manteniendo los brazos cruzados sobre sus pechos.

—Sé buena, Roza mía.

Arsinée posó las manos en los brazos de la georgiana y, con gesto firme, la obligó a bajarlos.

—¿Lo veis? ¡Una reina!

—Quiero ver su trasero —ordenó Osman.

Roza rompió a sollozar.

—No tengas miedo, corderillo mío.

Arsinée hizo resbalar la braga de la georgiana hasta medio muslo.

Elías nunca había visto un trasero tan imponente. Era redondo, tenso, y cubierto de pelusilla en la curva de los riñones. Dibujaría a Roza de perfil, para plasmar bien la redondez de la nalga que ascendía levemente al confluír con la parte alta del muslo, lo que le daba un impresionante torneado.

—Por atrás, está bien —lanzó Osman—. Dale la vuelta.

13. Calzón largo.

La armenia tomó las manos de la muchacha en las suyas y la obligó a girar. Roza tenía unos pechos enormes. Sus pezones eran gruesos, tan negros que parecían azul marino.

Elías sintió que su sexo crecía.

Quince días antes, Yanaki, el hijo de Sofía que tenía su edad, le había soltado:

—¿Te has sacudido el sexo ya?

Elías había dicho no con la cabeza.

—Cuando tu sexo está duro —había proseguido Yanaki— lo aprietas y lo sacudes. ¡Hasta mear leche! ¡Chaaak, chaaak!

Había hecho un gesto de vaivén:

—Cuando la cosa chorrea, te sientes más feliz que en cualquier otro momento. Puedes incluso desvanecerte de felicidad. Luego, tu sexo se encoge de nuevo, pero si esperas media hora, puedes volver a empezar. ¡Incluso diez veces al día!

Pero Elías no había conseguido nunca llegar al desvanecimiento, y de su sexo no había escapado leche alguna.

Ahora, Roza estaba ante el visir con los pechos desnudos. Tras ella, Arsinée no le soltaba las manos. Elías tenía los ojos clavados en el vello que ascendía hasta medio vientre y se extendía hasta las caderas.

—Trescientos *altoun*¹⁴ —anunció el visir.

—Creo que mi señor desea cuatrocientos —dijo Arsinée.

Había hablado con voz fuerte, para que Sami, que se había quedado en el pasillo, pudiera oírlo.

Si la jugada tenía éxito, podría tomar algunas monedas de la bolsa antes de entregársela a Izak Bey. Arsinée le di-

14. Moneda de oro. Una moneda de oro valía dos piastras y media.

ría: «Me ha entregado tantas monedas» e Izak Bey las contaría, eso es todo. Ella sabía que no se atrevería nunca a ir a casa del visir para discutir el precio. De modo que se aprovechaba de la situación.

El visir salió de la estancia sin responder.

Le oyó en el pasillo, soltando:

—Canta mal y danza como un elefante. ¡Trescientos!

—Esta noche se lo diré a Izak Bey —dijo el padre de Elías.

—Haces que me la traigan mañana y te marcharás con trescientas monedas.

Elías se deslizó con rapidez hasta la ventana, bajó por la escalera tan deprisa como pudo y se alejó corriendo del Han. Salió del Bazar por la puerta del Mercado-de-las-Gallinas, tomó la calle de la Madraza¹⁵, recorrió un centenar de pasos y regresó al Bazar por la puerta de los Fabricantes-de-Sables. Daba a la calle de los Fabricante-de-Tinta.

Unos segundos más tarde, estaba ante la tienda de Djelal Baba.

15. Escuela coránica.

Precisamente cuando Elías cruzó el umbral de su tienda, el rostro de Djelal se iluminó.

Cada minuto que aquel muchacho pasaba junto a él era un minuto de felicidad. Un niño tan atento, tan respetuoso... Y que le llamaba Djelal Baba... Nadie le llamaba así... Un muchacho extraordinario... ¡Y qué inteligente!: ¿Alguien más, en la calle, recibía cada día la visita de un muchacho tan inteligente? ¡Ni uno solo de los cuarenta! Por otra parte, se lo había prometido: cuando Elías cumpliera quince años, iba a decirle que le llamara Djelal Âbi. Hermano mayor Djelal...

Elías le besó el dorso de la mano y se la llevó a la frente:

—Que la jornada te sea propicia, Djelal babadjim¹⁶.

—Y que lo sea para ti, hijo mío. ¡Toca! —dijo Djelal, tendiendo a Elías la piel de cordero.

Éste contempló la piel con desconfianza:

—¿Qué vas a hacer con ella? ¿Una bolsa, para transportar las tintas y las cañas?

Djelal sonrió, orgulloso de antemano de la sorpresa que iba a darle al muchacho:

16. «Mi padrecito Djelal».

—¡Haré tinta, Elidjim¹⁷! ¡La más hermosa de todas las tintas! ¡No tengas miedo! ¡Toca!

Tomó la mano de Elías y pasó sus dedos entre los bucles de lana:

—¡Un cordero que no ha sido esquilado desde hace cuatro años! ¡Tal vez más incluso! Y el animal ha rezumado, rezumado...

Cerró los ojos, murmuró en voz baja: «*Allaha bin shüükür*¹⁸», y empezó a cortar la piel. Cada tres o cuatro tijeretazos, tomaba a manos llenas los bucles de lana y los depositaba en una gran marmita de arcilla. Cuando los bucles formaron un montón que sobresalía del borde superior de la marmita, los cubrió con un gran plato de arcilla, regresó a la trastienda y volvió de allí con una piedra negra que puso sobre el plato. El montículo de bucles se aplanó hasta la mitad.

—Luego pondré a calentar la marmita —prosiguió Djelal—. Primero la lana va a ahumarse, luego se fundirá y dejará una pasta densa. Añadiré agua, muy poca, tres dedos de un vaso pequeño y sólo agua. ¡Goma no! ¡Tinta de sepia, no! ¡Nada de cáscara de nuez! ¡Nada! Y para mezclar el agua con la pasta, un tallo de bambú, Elías mío, sólo un tallo de bambú.

Elías le miraba con extremada atención.

—Mientras Dios deje a los hombres en la tierra —prosiguió Djelal—, podrán leerse las palabras que haya escrito esta tinta. Te lo digo yo, Elidjim... Será la más hermosa de las tintas.

17. «Mi pequeño Elías».

18. «Mil gracias sean dadas a Dios».

Se detuvo y, clavando sus ojos en los de Elías, dijo en tono solemne:

—Fabricar esta tinta, *vallahi billahi*, es como rezar.

Seguía mirando a Elías con insólita intensidad.

—¿Sabes con qué palabra empieza el Corán?

Elías dijo no con la cabeza.

—*Ikra*. Lee. ¿Comprendes lo que quiere decir eso, Elid-jim? ¡El Corán existe gracias a la tinta!

Se detuvo unos instantes, arrastrado de nuevo por el orgullo de compartir su saber con un muchacho tan excepcional:

—La tinta es una voz silenciosa, Elías mío. Y para que las palabras del Profeta puedan empapar al creyente con toda su belleza, esta voz debe ser tan hermosa como sea posible...

Pasó la palma de su mano por los bucles del cordero y levantó los ojos:

—*Rabbana taqqabal minna*. Que el Señor acepte mi ofrenda. Y que esta tinta sea la más bella.

Miró sonriendo a Elías:

—Entre tanto, he aquí un *toughra*¹⁹ para ti.

Apartó la piel de la mesa de trabajo y puso en ella una caligrafía. A la izquierda, tres largos trazos se lanzaban hacia arriba. Otros dos partían de la derecha ondulando. En el centro del sello, se habían escrito otras letras en prieto orden. Todo era de una arrobadora belleza y de la caligrafía emanaba una sensación de orden perfecto.

—En el corazón de este sello está escrito el nombre del

19. Sello.

Profeta —prosiguió Djelal—. De ahí partirá tu cálamo. Lo copiarás con un movimiento continuo. Después, trazarás los dos bucles, los *tchezghis*²⁰, y acabarás con los verticales. Espera un momento.

Djelal fue a la estancia trasera, de donde regresó con un pequeño frasco de cristal azul que dejó sobre la mesa de trabajo:

—Utiliza esta tinta. Ya me dirás qué te parece.

Cinco años antes, Djelal se había fijado en un niño que vagaba sin cesar por la calle de los Fabricantes-de-Tinta. Se ponía ante uno u otro de los puestos y observaba lo que ocurría en el interior con una permanente atención. Un día, cuando se había apostado ante la tienda de Djelal, éste le dijo por señas que entrara. Elías se había acercado y había observado a Djelal caligrafiando un laberinto de volutas, bucles y espirales.

—Es un *mash'allah*²¹. ¿Quieres aprender?

Elías había inclinado la cabeza. Tras haberle observado unos instantes, Djelal había fruncido el ceño:

—Respiras mal. ¿Lo sabes?

Elías no había respondido.

—¿Sufres de los bronquios?

Elías había dicho sí con la cabeza.

—Cuando se escribe con el cálamo —había proseguido Djelal—, todo el cuerpo debe participar en la caligrafía. De

20. Trazos.

21. «Por la gracia de Dios».

los ojos a las piernas. A los pies. ¡E incluso a los dedos de los pies! Como en una danza. ¿Qué hace un danzarín?

—Gira —había respondido Elías.

—Y para eso, debe... ¿Debe...? ¡Respirar!

Djelal le había enseñado los ejercicios que hacían los sufís cuando se preparaban para la danza, series de inspiraciones y espiraciones, muy cortas primero, con la boca abierta, lentas y largas luego, que renovaban el aire de los pulmones y daban al cuerpo toda su fuerza.

Luego le había enseñado a cortar una caña. Luego, a trazar una larga línea recta con el cálamo. Luego a dibujar una voluta. Luego a copiar. Luego a imaginar nuevas formas de escribir los caracteres, respetando la tradición mientras permitía que hablara el sentido de lo bello «que cada cual lleva en su corazón», decía Djelal.

Muy pronto, Elías había adquirido un dominio de gran calígrafo, tanto por la precisión del trazo como por la sensualidad del dibujo. Y cuando Djelal le daba indicaciones, habríase dicho que Elías las había adivinado de antemano.

El muchacho sentía un inmenso bienestar cuando estaba en casa de Djelal. La caligrafía lo apaciguaba. Su rigor le tranquilizaba. Le gustaba el esfuerzo que exigía de él, la posibilidad que le ofrecía de dibujar de modo preciso y lleno de fantasía, a la vez.

La amistad que nació de estas visitas sólo vio pasar una nube, un día en que Djelal había dejado a Elías solo en la tienda, para ir a efectuar una entrega. Esperándole, Elías se había entretenido haciendo, de memoria, su retrato. Cuando Djelal regresó de su recado, Elías le tendió su dibujo, esperando una aprobación. Dibujado al cálamo con

largos trazos negros, el rostro de Djelal parecía surgir de la hoja.

Djelal se puso blanco. Cerró los ojos, dejó que pasara un silencio y, luego, acarició el pelo del muchacho:

—Nuestros profetas proceden de la misma casa. ¿Lo sabías?

Elías le miró con aire inquieto.

—Abraham es el padre de todos nosotros —prosiguió Djelal—. Nosotros lo llamamos Ibrahim. David se llama, entre nosotros, Davout; y Salomón Süleyman. Tenemos el mismo Dios. Le hablamos en lenguas distintas. Eso es todo.

El muchacho bajó los ojos.

—Estoy seguro de que no hay, en todo el mundo, un solo niño de tu edad que pueda hacer un retrato tan hermoso. Pero la Ley nos dice que no debemos representar a Dios ni sus obras. Sólo podemos reproducir los textos sagrados, con humildad, intentando plasmar toda su profundidad y su belleza. Vamos, vuelve a tu casa.

Elías rompió en sollozos. Djelal le acarició de nuevo el pelo:

—Ya está olvidado, hijo mío. Te espero mañana.

Elías besó el dorso de la mano de Djelal, se la llevó a la frente y salió de la tienda.

—Bueno, ¿y esta tinta? —soltó Djelal sonriendo.

—Es como las demás —dijo Elías—. No he notado diferencia alguna. El cálamo se desliza perfectamente.

Djelal tomó la hoja y la pasó lentamente bajo la nariz de Elías:

—¿Qué me dice?

El muchacho retuvo el brazo de Djelal junto a su rostro y cerró los ojos:

—Hay un olor a rosa.

—¡Sí! —dijo Djelal— ¡Muy bien!

Miró la entrada de su tienda, se aseguró que nadie los observara y susurró:

—Para esta tinta, no utilizo goma. Es mi secreto. Mezclo mirra con el negro de humo (sonrió). ¡Esto es lo que da a la tinta su olor a rosa! La gente lee el texto y respira la rosa, pero no se da cuenta, ¿comprendes? ¡Gracias a mi tinta, sienten placer! ¡Sin ser conscientes de ello!

Bajó más aún la voz:

—Algunas veces, añado otra resina que procede de Arabia. La encuentran en un árbol llamado «el árbol del incienso». Sus cristales son muy blancos. También ellos dan un buen olor a la tinta. Y, además, su olor te ayudará a respirar, ya verás.

Había hablado en voz muy baja. Elías comprendió que era por el temor a que uno de los demás se burlara de él, y aquello aumentó más aún su apego por el hombrecillo.

—¡Llevarás una vida de princesa! —dijo Arsinée, ajustando el sujetador de Roza.

Lo aprovechó para acariciar sin contenerse los pechos de la georgiana.

—Criados... Vestidos... Joyas... Perfumes... ¿Qué habrías tú hecho en Georgia? ¡Habrías vivido en plena mugre! ¡Te habrías consumido trabajando! Y, como recompensa, tu marido te habría pegado.

Se detuvo y miró a la muchacha:

—¿Quieres que pase la noche contigo?

Roza bajó los ojos y negó con la cabeza.

Arsinée se reprochó haber hecho la proposición. El tiempo de las caricias había terminado. Las muchachas la evitaban. Con sus roscas de grasa desbordando por todas partes y sus muslos que no lo parecían ya, despertaba la compasión. Y por lo que se refiere a los pechos... Dos bolsas vacías y arrugadas.

Había envejecido, eso era todo.

En palacio, algunos días, la llamaban tres, cuatro veces...

Su vida había cambiado cierta noche en que Gülperi²², una de las favoritas, había ido a despertarla...

—¡Perfúmame los pechos, pronto. El sultán me llama!

Arsinée tenía entonces doce años. Lo que sabía del masaje de los pechos, lo había aprendido de su madre: «Rózalos con tanta dulzura como si acariciaras los pétalos de una flor...».

Apenas había ungido los pechos de Gülperi con algunas gotas de agua de rosas cuando ésta había suspirado:

—Tienes la levedad de un ángel, Arsinée mía... ¡Prosigue belleza mía, prosigue!

Halagada por el cumplido, había proseguido con lentitud el masaje. Tras apenas un minuto, Gülperi había gritado:

—¡Mira mis pezones, como se yerguen! ¡Bésalos! ¡Te lo suplico, bésalos, te lo están pidiendo!

Embriagada de vanidad, Arsinée había entonces besado los pechos de Gülperi con tanta ternura como le había sido posible.

—Acarícialos con la lengua, angelito —había suspirado Gülperi—. Por favor, acarícialos con tu lengua...

Con el corazón palpitante, Arsinée había lamido lentamente los pezones, luego los había chupado y los había tomado entre sus dientes, desorientada por el placer que sentía mordisqueándolos, lamiéndolos, chupándolos de nuevo...

Luego, maravillada por el efecto de sus caricias sobre la favorita, se había detenido un instante, la había contempla-

22. «Hada de las rosas».

do y, luego, le había susurrado al oído, esperando un cumplido:

—¿Os acaricio como deseáis, Gülperi Hanoum?

—Ángel mío... Todo mi cuerpo quiere agradecértelo... Mi vientre.... Mis muslos... Todo mi cuerpo... ¡Bésalo por todas partes, te lo suplico!

Más tarde, Gülperi la había perfumado a su vez:

—Para que también tú tengas un hermoso pecho, mi *hafif*²³.

Había ungido su cuerpecito con agua de rosas y lo había acariciado por todas partes, con habilidad, hasta que Arsinée sintió un vértigo. Luego se había tumbado otra vez de espaldas:

—¡Te toca a ti, mi *hafif*! Mi vientre quiere darte las gracias aún. Mi vientre y el corazón de mi vientre... Bésalos tiernamente... Así... Sí, el vientre... Y ahora el corazón... No tengas miedo... Sí, mi *hafif*... El corazón de mi vientre... ¡Besa sus labios! Lentamente, mi *hafif*...

De pronto, Gülperi fue sacudida por un violento placer, durante el que, con todas sus fuerzas, había mantenido la cabeza de Arsinée apretada contra su sexo:

—¿Ves en qué estado me pones, *hafif djim*²⁴? ¿Ves cómo le gustan a mi cuerpo tus caricias?

Al día siguiente, todas las favoritas querían que *hafif* las perfumara.

Doce años más tarde, Gülperi la había liberado y Arsinée había logrado que Izak Bey la contratara como maestra

23. «Señora».

24. «Mi pequeña hafif».

de las muchachas. El trabajo consistía en preparar a las caucásicas para su futura vida de harén. Cuando llegaban, eran sólo unas pequeñas campesinas a las que había que enseñárselo todo: el turco, la costura, el canto, la danza, todo... Pero la principal tarea de Arsinée consistía en iniciarlas en el arte de hacerse compañía. «Dormiréis más a menudo con una mujer que con un hombre, advertía Arsinée, de modo que mejor aprovecharlo». Tenía razón. Las noches sin hombre eran numerosas en los harenes y, con esta particular habilidad, todos salían beneficiados. Los dueños se aseguraban de que sus mujeres conservaban la afición por el amor y a las favoritas el tiempo les parecía menos largo.

Con el transcurso de los años, las enseñanzas de Arsinée habían producidos afectos, preferencias y celos... Había conocido mil placeres amando aquellos cuerpecillos. Pero era el pasado... Ahora, arrancar a una muchacha la menor marca de ternura era toda una historia. Apenas Arsinée esbozaba un gesto cuando la muchacha gritaba: «¡He comprendido! ¡He comprendido!» o «¡Voy a probarlo con Aleksandra!», o también «¡Ya lo he hecho con Tonya!».

Y así sucesivamente.

Roza había sido capturada en otoño del año precedente, al mismo tiempo que su hermana menor y dos primas. Nasreddine, un capitán que solía recorrer las costas de Georgia, las había raptado una mañana, mientras vendimiaban. Cuando regresó a Constantinopla, había ofrecido las cuatro muchachas a Izak Bey.

Izak no había querido a la hermana menor. Tenía apenas diez años y habría sido necesario mantenerla mucho tiempo antes de obtener un buen precio por ella. O, en todo caso, la habría vendido por una nadería, y ese era el tipo de negocio que evitaba, un inútil vaivén. Las dos primas eran fuertes por todas partes. Mozas de cocina, se había dicho Izak, y tampoco las había querido. Pero ante Roza había comprendido que tenía a una excepcional concubina.

A los trece años, era ya ancha de pecho. Sus cejas eran las de un hombre y sus ojos inmensos, de color carbón... Tenía una boca muy grande, labios carnosos y una nariz fuerte y recta que le daba un aire esquivo.

Arsinée no había conseguido enseñarle gran cosa, apenas dos canciones y un paso de danza. Roza nada en común tenía con esos refinamientos. Era una salvaje, pero por ella, muchos harenes estarían dispuestos a pagar el mayor precio.

—¿No te das cuenta de tu suerte? —prosiguió Arsinée—. Eras sólo una pequeña campesina y hete aquí casi princesa. ¡Dormirás entre seda!

Roza sorbió, Arsinée se encogió de hombros, terminó de vestirla y salió al pasillo donde la aguardaba Sami.

6

—Caramba, caramba, Ratoncillo... Pareces menos apresurado hoy...

Era Zeytine Mehmet.

—Siéntate junto a mí. No sé por qué, pero, esta mañana, no tengo ganas de levantarme...

Miró fijamente a Elías con un aire muy serio, dejó que se hiciera el silencio y, luego, de pronto, soltó la carcajada:

—Bueno, ¿no hay Han, hoy?

Elías se sentó con las piernas cruzadas y miró a Zeytine Mehmet. Era la primera vez que se encontraba a la misma altura que él y observó que Mehmet tenía una anomalía en la oreja derecha. Su pabellón formaba un extraño bucle.

—¡Tú eres un niño inteligente —prosiguió Zeytine Mehmet—. ¡Sabes mirar!

Clavó sus ojos en los de Elías:

—¿Te has fijado en que la mayoría de la gente no sabe mirar? Todo lo que quieren es que los miren a ellos. Que les hagan cumplidos. ¿Y sabes una cosa? No hay en la vida nada más importante que mirar.

Soltó la carcajada:

—Tú, con tus ojos de ratita, acabas de examinar mis orejas.

Elías bajó los ojos y sonrió.

—¡Y has tenido motivos para hacerlo! Cuanto más observas a la gente, más cosas aprendes sobre ella. Y mejor la comprendes (Adoptó un tono misterioso!...) Y más obtienes lo que de ellos deseas... ¡Ja! (Soltó la carcajada de nuevo). Mírame. ¿Qué ves?

—Te veo a ti —dijo Elías—. A Zeytine Mehmet.

—¡Ahora te las das de caballere! ¡No estoy hablando de mis orejas! Estás viendo a un tullido que mendiga, ¡eso es todo! ¿Pero... ? ¿Pero... ?— dijo Mehmet abriendo mucho los ojos —. ¿Pero... ?

Elías vaciló:

—Que mendiga bien...

—¡Exactamente! Soy un *foukara*²⁵. Un pobre. Pues bien, sábelo: ¡Trato a mi mujer y a mi hija como princesas! Las visto... Las alimento... ¡Como princesas, te digo! ¿Y sabes por qué? Porque veo todo lo que ocurre en el Han. Una intendente pasa dos o tres veces ante mí y me fijo en ella. Por sus andares, por su voz, por su corpulencia. ¡Por cualquier pequeño detalle! Incluso si va velada, la descubro. Le suelto unas palabra. ¿Quién va a desconfiar de un tullido? Ella me responde. Tal vez no la primera vez... pero (inclinó lentamente la cabeza y sonrió)... Siempre acaba respondiendo. ¡Y entonces, he ganado! Lo que no descubro de su rostro, lo comprendo por su voz. ¿Sabes tú escuchar una voz?

Elías negó con la cabeza.

—Por el modo como me responde una intendente, adivino sus pensamientos. ¡Me gano sus favores! «Sé buena con

25. La raíz de la palabra es la misma que en *fakir*.

Mehmet, le digo, y Allah te concederá su misericordia». Todas las intendentes sienten el mismo temor: que la concubina que compran no inspire a su dueño (se rió). Lo peor que le puede suceder a una intendente es que su dueño no encuentre sus fuerzas ante una mujer (volvió a reírse, largo rato). Se dicen: «Si ignoro a este tullido, me lanzará un mal de ojo». Y entonces son generosas con Mehmet. ¡Y eso es todo!

Por sexta vez, soltó la carcajada. Elías se levantó.

—¿Tienes miedo de perderte la desnudez? —preguntó Zeytine.

Volvió a soltar la carcajada. Elías le miró, con aire serio:

—Es la séptima vez que te ríes.

—¡Lárgate! —soltó Zeytine Mehmet. ¡No eres más que una ratita!

—Aquella de allí acabará su vida en las cocinas —dijo Arsinée—. ¿Ves ahora tu suerte?

En una estancia que daba al patio del Han, una mujer de gran corpulencia estaba siendo palpada a través del vestido por una intendente.

Roza volvió a llorar y Arsinée no intentó consolarla. Estaba más que harta de las ventas de muchachas, las separaciones, los desgarros. Lo que entonces le preocupaba eran sus piernas. El regreso a Balat era una subida, en cinco minutos, quedaría agotada. Y el trayecto duraba una hora... Al llegar, estaría hecha unos zorros... Ese cerdo de Izak Bey... Bien veía que estaba llegando al final de sus fuerzas... Un día de esos la metería en las cocinas y la haría trabajar por un mendrugo... Hasta que reventara... Y tendría que aceptarlo... ¡No tenía a dónde ir! ¡Estaba sin blanca! Ni una sola piastra. ¡Y él lo aprovecharía! Como se aprovechaba de todo...

Qué tonta había sido...

La cosa había empezado con Iolanda. Una gacela... Ojos de un verde tan claro que casi parecían blancos. Bastaba con que Iolanda posara su mirada en Arsinée para que ésta

sintiese que zozobraba. Y sus muslos... Una de las maravillas del mundo, los muslos de Iolanda... Unos muslos que no acababan nunca... Y cuando terminaba, es decir cuando se transformaban en trasero, peor aún... Cada vez era un vértigo. Y su piel... Sus pechos... Unos pechos de gorda en un cuerpo de flaca... Iolanda que se hacía pagar por cada caricia: «No, no, eso me lo enseñaste ya. Pero si me haces un regalo...». Y Arsinée corría al Bazar para comprarle un anillo o un perfume.

Durante veinticinco años, no había tocado ni uno de los cuarenta *altoun* que Gülpedi le había dado. Cuando Iolanda se marchó, le quedaban cuatro. Y ahora, nada ya. Ni una piastra. Y en lo referente a ahorrar, en el punto en que se encontraba... Las pocas monedas que conseguía robar desaparecían en regalos para una u otra de las muchachas, a cambio de un instante de ternura.

Con los cuarenta *altoun*, habría podido comprarse un techo... Ahora, estaba al cabo de la calle... Izak Bey la metería en las cocinas, y muy pronto incluso. Siempre que no la agarraran antes... Y Sami que iba a morir... Y Elías... ¿Qué iba a ser de Elías? ¡No sabía hacer nada! Izak Bey lo pondría en la calle, seguro. Hubiera tenido que aprender un oficio. Vendedor de esclavos, comerciante, prestamista, cualquier cosa, pero un verdadero oficio. Dibujar no era un oficio.

Enseñar a las muchachas a hacerse compañía, ¡eso sí era un oficio de verdad! ¡Cuántas muchachas había colocado ella! Doscientas, doscientas cincuenta tal vez. Muchachas a las que iba a ver, a menudo incluso, para mantener el contacto con los harenes... Saber qué le gustaba a quien, en las grandes casas... ¡Un verdadero oficio!

Pero nadie se ganaba la vida dibujando.

Sobre todo, no un judío. La Ratita hubiera debido comprenderlo. Con su inteligencia... ¡Pero no! El dibujo, el dibujo, no tenía otra cosa en la cabeza. Y sus tonterías sobre la caligrafía que le ayudaba a respirar... Arsinée le hacía siempre la misma pregunta: «¿Acaso el Corán ha ayudado nunca a respirar a alguien?». En fin... Lo cierto era que Sami iba a morir, que ella acabaría en las cocinas y que a Elías lo pondrían de patitas en la calle.

Hubiera tenido que encontrar otra casa... Aunque sólo le ofrecieran un mendrugo de pan... ¡Nunca había sido perezosa! Cuando era joven y las concubinas se la disputaban, ¡siempre estaba allí! Para un trabajo de costura, un baño, un masaje... Ahora estaba dispuesta a todo: cocinar, a lavar los platos, a limpiar, ¡a todo!

El problema era que no le quedaban ya fuerzas.

Pensó de nuevo en Elías... Cada vez que le miraba haciendo el retrato de una muchacha, se sentía turbada. Habría dicho que había en el aire algo irreal... Como si un ángel guiara sus manos... No era un niño como los demás, de ningún modo... ¿Qué edad tenía cuando le había pedido mamar de su pecho? ¿Cuatro? ¿Cinco años? Cierta noche, mientras ella enseñaba a una muchacha cómo morder un pezón, él había entrado en sus habitación. «¡Lárgate de aquí!», le había soltado ella levantando apenas la cabeza. No se había movido. Ese era el estilo de la Ratita. Permanecía inmóvil, sin decir nada, mirando. En aquellos momentos, podía pensarse que perforaba los secretos de la gente, tan intensa era su mirada.

Arsinée se había puesto la chambra, se había levantado

y le había sacado de la habitación tirando de su brazo. Al día siguiente, tras la comida vespertina, él se le había acercado:

—También yo quiero comer tus tetas.

Ella había sentido que el corazón le daba un salto. Elías le había aguantado, de nuevo, la mirada:

—También yo quiero comer tus tetas.

Ella había acabado sobreponiéndose.

—Ven —había susurrado.

Le siguió con calma. Ella se había tendido en la cama, había liberado su pecho izquierdo y estrechado a Elías contra sí. Él había mamado durante casi un minuto. Luego, ella había devuelto el pecho a su lugar y le había preguntado, con la voz quebrada:

—¿Ya estás contento?

La había mirado a los ojos sin responder. Luego se había marchado.

¿Cuántas veces había vuelto a mamar de ella? Una decena, como máximo. Ella se tendía, descubría un pecho, Elías se acostaba junto a ella y mamaba durante unos instantes. Luego, se marchaba sin decir una sola palabra.

Ahora la preocupaban sus piernas, no sus pechos... Ante ella, Sami se había detenido de nuevo para orinar. Se dijo que muy pronto estaría muerto y que ella se encontraría en las cocinas.

Según su costumbre, Elías subió por la calle de los Mercaderes-de-Oro tan lentamente como le fue posible. La llamaban la calle de los Rostros-Inmóviles, tan aves de presa parecían sus comerciantes. Al acecho, impenetrables, soberanos... Atentos a la menor emoción que pudiera aparecer en el rostro de su cliente.

—*Prezzo pazzo! Prezzo pazzo*²⁶!

Era un marino cuyo retrato había hecho Elías dos días antes, en la taberna. El hombre mantenía una animada conversación ante una tienda. El comerciante asentía, sonriendo, a todo lo que el marino decía, y Elías se dijo que llegarían a un acuerdo en tres minutos, tan seguro de la cosa parecía el vendedor.

El marino le había dicho que era de Zena²⁷. En la taberna, la mayoría de los marinos procedían de una ciudad que se llamaba Venetsia. Éstos, cuando les entregaba su retrato, se lanzaban todos a animados comentarios en los que aparecían sin cesar dos palabras: *Bravissimo y bottega*.

26. «Precio loco».

27. Génova (en dialecto genovés).

Elías había acabado comprendiendo que en Venetsia, algunos niños de su edad trabajaban en talleres llamados boticas, y que aprendían todo lo referente al oficio de pintor.

¿Por qué no había nacido en Venetsia?

Sumido en sus pensamientos subió por la Divan Djaddesi²⁸, sin prestar atención al estruendo de los *eskidji*, los *soudjou* o los *iskemledji*²⁹ que gritaban el nombre de su oficio para anunciar su paso.

En la taberna, la mesa de la cocina estaba cubierta con los *tepsis*³⁰ que había preparado Sofia, sobre todo con coles rellenas de carne y hojas de viña rellenas de arroz y piñones. Elías no les prestó atención y se dirigió hacia la despensa de la que sacó una mina de plomo así como un delgado fajo de hojas de color *beige*.

Se sentó a la larga mesa, empujó con cuidado los platos de manjares cocinados, colocó ante sí el pequeño fajo de hojas y cerró los ojos.

La escena de la mañana acudió a su memoria con precisión. Cuando Roza se había encontrado con los pechos desnudos, sus rasgos se habían relajado de pronto. Había cruzado los brazos sobre el pecho, y, con los ojos gachos, había permanecido inmóvil con una expresión de dolor.

Permaneció unos instantes en ese recuerdo, luego abrió los ojos y trazó el óvalo de la cara, con mano muy segura y

28. Avenida del Diván.

29. Vendedores de antiguallas, aguadores, silleros.

30. Grandes platos de estaño o cobre.

de un solo trazo, como si caligrafiara una voluta. Dio a las mejillas su exacta redondez, plasmó la amargura de Roza indicando el relajamiento del labio inferior e hizo más profundo el negro de la mirada con un sombreado de plomo en los párpados.

Dibujó así durante un cuarto de hora, muy deprisa, observó el resultado y tuvo un sentimiento de despecho. Coloreado, el retrato hubiera tenido un aspecto muy distinto.

Arsinée le recibió con un elocuente «¿De dónde vienes?».

Sin esperar respuesta, se lanzó a una sucesión de amenazas: ¡Tiraré al mar sus tintas y su lápiz! Por lo que a su Djelal Baba se refería, a ese *baba* de tres al cuarto, iba a decirle cuatro cosas, ¡por san Gregorio! Y ya podía olvidar su iglesia de San Salvador, podía olvidar incluso su propia existencia.

Soy armenia, Sofia es ortodoxa y Djelal Bey es musulmán. ¡Cada cual se queda en su casa! Sólo tú quieres mezclarte con los demás. ¡Deberías avergonzarte!

Agitó la cabeza con desdén.

—¡Tu padre está en cama! ¡Sufre! Y tú, entre tanto, vagoando por ahí... ¡Vamos, está esperándote!

No podía ya con Arsinée. Una gorda vieja que cambiaba sin cesar de opinión, eso era. ¡Y mala, además! O, mejor, era amable y luego, de pronto, se volvía mala y, al final, era como si jamás hubiera sido amable. Algunos días le soltaba: «¡Has ido otra vez a dibujar a la taberna! ¡No te da vergüenza!». Pero otros decía: «Vamos, enséñamelo. ¡Enseñamelo de prisa!». Y, una vez el dibujo en sus manos, movía la cabeza de izquierda a derecha, como una campana...

—*Mash'Allah*³¹! ¡Es magnífico! ¡Realmente magnífico!

Cuando él le pedía que le hablara de su madre, dependía de su humor. Algunas veces, le reprendía:

—¡Tu madre era la mujer más hermosa del mundo! ¡Ya está! ¡Y, ahora, déjame en paz!

Otras, se perdía en interminables descripciones:

—¿Qué quieres que te diga, Elías mío? Unos ojos verdes... ¡Inmensos! *Vallahi billahi* inmensos... una nariz larga, pero tan fina, tan delicada... ¡Una nariz de reina! Y su boca... ¡Una fruta roja, Elías mío! ¡Una fruta del paraíso! ¡Su pelo! Oro fino, Elías mío, ioro fino! Y siempre agraciada, siempre siempre siempre. ¡Llevara encima lo que llevara, pobre! Y cómo andaba... ¡Una reina, ya te digo!

Hacía entonces con la mano un gesto de negación, varias veces, como diciendo: «¡No puedes imaginarlo!».

Dos días antes, cuando llegaron al Han, Elías le había preguntado:

—¿Cómo era tu rostro, cuando eras joven?

—¿Mi rostro, dices? ¿Mi rostro? ¿Sabes qué guapa era yo?

Se había lanzado entonces a una voluble descripción de sí misma, uniendo en cada rasgo el gesto a la palabra:

—Mis mejillas eran así (se las había estirado.) Y mi cuello, Elías... ¡Un cuello de cisne! Y mis ojos... ¡Dos almendras verdes, te lo aseguro!

Al regresar, había hecho de ella un retrato como muchacha. Aquel mismo anochecer, ella lo había descubierto con los ojos pasmados. Durante varios segundos había permanecido silenciosa. Luego había roto en sollozos.

31. «Por la gracia de Dios».

Una vez más, Sami se repitió las primeras palabras de la hoja que tenía en las manos. Era un pergamino de color marfil, muy arrugado, del todo cubierto con un texto en hebreo que empezaba así:

PARA QUE LAS NACIONES SEPAN

Los judíos debían aceptar que la desgracia había caído sobre ellos, decía el autor. Aceptarlo y soportarlo...

...para que se proclame en el mundo entero que quienes se consagran al culto de Dios reciben su alimento de modo inesperado.

Cierto día el sol arderá de nuevo, decía Maimónides. Pero, hasta entonces, cada judío debía sobrellevarlo.

Sami cerró los ojos.

Sobrellevarlo... Eso era lo único que conocía. Sobrellevar la pobreza, la enfermedad y la vergüenza... Sobre todo la vergüenza... Vendedor de esclavos... Un trabajo que los turcos reservaban a los judíos como se arrojan a los cerdos los restos de la comida. Y su hijo que los deshonraba ante todos...

Suspiró. ¿Cómo podía estimar a un padre a quién la gente se dirigía como a un perro? Con el tiempo, Sami había acabado adoptando la costumbre de agachar la cabeza antes incluso de que llegara el insulto. Su hijo no era malo. Era lúcido, eso es. Veía a su padre tal y como era. Un ser servil que vivía en la suciedad... Enfermo de los orines. Enfermo de vergüenza. Enfermo de todo.

Treinta años antes, en Granada, un sábado por la mañana, el padre de Sami se encontraba en la sinagoga para el culto del Sabbath. Unos soldados españoles habían ido a saquear y capturar a quienes podían capturar. Los llevaban a la pira, directamente. El padre de Sami había conseguido ocultarse en un armario del economato. Cuando había salido de allí, al finalizar el Sabbath, los libros de la biblioteca estaban hechos jirones. Había recogido una hoja, al azar, y la había conservado como se guarda una reliquia.

Seis meses más tarde, en Constantinopla, se había atrevido a enseñársela al rabino. Éste había lanzado una rápida ojeada al texto y, luego, había tomado un volumen de uno de los anaqueles de su biblioteca:

—Aquí está. *La guía de los extraviados*. Tercera parte. Capítulo XXIV, segundo párrafo. Maimónides lo tituló «El verdadero sentido de las pruebas».

Sami había heredado el folio a la muerte de su padre y lo leía cada mañana y cada noche. En voz alta.

Para que las naciones sepan...

¿Que sepan qué? ¿Que su hijo violaba la Ley de un modo desvergonzado?

Suspiró de nuevo y abrió los ojos. Elías estaba ante él, con el rostro impasible.

La mirada de su hijo le llegaba cada vez como una puñalada. ¿Por qué no tenía un hijo como todos los hijos? ¿Un muchacho que respetara a su padre? ¿Que se dijera: Mi padre hace lo que puede? Pero no... Tenía un hijo que, de una sola mirada, le arrancaba toda su autoestima. Un hijo ingrato. Pues estaban así porque su mujer había muerto... ¿Y por qué había muerto? Para echar al mundo a un hijo que les traicionaba, tanto con los cristianos como con los turcos.

—¿Vienes de la casa de Costa?

Elías le miró sin responder.

—Has dibujado, ¿no es cierto? ¿Y antes estabas en casa de Djelal? Tendrías que avergonzarte... Tras todo lo que hemos sobrellevado... ¡Tu madre y yo nos sacrificamos por ti! Para que pudieras vivir con la cabeza alta. Para que no tuvieras que llevar el sombrero amarillo en un barrio maldito...

La conquista de Granada, las persecuciones, el gueto, los nuevos cristianos... Elías no podía ya más con esas historias.

—Para permanecer fieles a nuestra fe —prosiguió Sami—, lo abandonamos todo. Nos encontramos donde el viento nos llevó. Tu madre se refugió en Livorno... Mis padres se encontraron en Provenza.

Seis meses después de su llegada a Livorno, la familia de su madre se había puesto en camino hacia Constantinopla, donde los judíos, según se decía, eran protegidos por el sultán.

—Acepta el ofrecimiento de Izak Bey —le había dicho su mujer—. Más tarde encontrarás un trabajo mejor.

Con ella, lo habría encontrado, otro trabajo... Ella le habría apoyado... Aconsejado... Juntos, habrían llevado una vida más digna...

Pero ella había muerto y Sami había acabado siendo el despreciado subalterno de un mercader de esclavos. Una piltrafa al que alojaban en un reducto, como un animal.

Y mis padres... Ya sabes que desgracias vivieron... ¡Lo soportaron todo! ¡Y lo hicieron por ti, aunque aún no hubieras nacido! Caminaron hasta Málaga... ¡Tres semanas! ¡Por ti! Y tú se lo agradeces con retratos y caligrafías del Corán... Tuvo un espasmo y se apretó el bajo vientre durante unos segundos. Luego, alargó la mano hacia Elías:

—Ayúdame.

El muchacho tiró de aquella mano hasta que su padre consiguió levantarse de la cama. Luego fue a buscar el orinal.

Efthymios observaba a Elías con incredulidad. Hacía ya veinte años que había sido nombrado Pope en San Salvador. ¡Cuántos niños había visto desfilar! A centenares. Pero un muchacho como Elías, jamás. Y sin duda era la última vez.

Sentado en el ábside, en el santo suelo, Elías dibujaba con inaudita rapidez. Mirando unas veces al techo, otras la hoja, copiaba el fresco de la cúpula, que muestra a Jesús salvando a Adán y a Eva de los infiernos. Utilizaba una pluma de oca que mojaba en uno u otro de los tres frascos que tenía ante sí, sepias de distintas tonalidades, lo que le permitía dar al dibujo relieve y profundidad. Él mismo había fabricado las tintas, en la taberna, con negro de las sepias que Sofia cocinaba.

Cada trazo de pluma era de una absoluta seguridad y, a pesar de la sencillez de los medios que tenía a su disposición, sus personajes tomaban cuerpo con fuerza.

Efthymios lo recordó.

Cierto día, después de la misa, el muchacho se había quedado solo en la nave. ¿Qué edad tenía? ¿Cinco años? Tal vez seis. Sofia no estaba con él. Cuatro niños, más Elías,

más el trabajo de la taberna, era mucho. Había debido de abandonar la iglesia pensando que él iba en el lote...

El muchacho había nacido al día siguiente de aquel en el que ella había parido a Yanaki. La madre de Elías había muerto de parto y Sofia había criado al bebé. En Balat, la gente se ayudaba mutuamente. La mamá de Elías era una vecina y su padre un desgraciado que no tenía para comer. De modo que Elías había crecido entre sus propios hijos. Hablaba el griego como ellos y, el domingo, ella le llevaba a la misa.

Efthymios le veía aún, inmóvil en medio del pasillo central, de espaldas al altar, con los ojos clavados en el mosaico del panel de entrada. Parecía petrificado.

—Es la Dormición —le había dicho Efthymios—. La Virgen va a subir al cielo y Jesús le tiende un recién nacido, ese que puedes ver en brazos de Cristo. Es el Espíritu Santo. Velará por ella.

—Es mi mamá —había dicho Elías en un tono tranquilo, señalando con el índice.

Efthymios había sonreído:

—Si lo quieres así... La santa Virgen es la mamá de todos nosotros...

—Es mi mamá —había repetido Elías—. Arsinée me sacó de su vientre. Mi mamá le dijo que yo era una hermosa ratita y, luego, subió al cielo.

Efthymios no había sabido qué responder y Elías le había preguntado si podía dibujar a su madre subiendo al cielo. Entonces Efthymios le había dado una pluma de oca y una hoja de papel, y Elías había reproducido la escena de la Dormición que tenía ante los ojos, a toda velocidad, sin una vacilación.

Al dibujo le faltaba habilidad, pero su construcción era arrobadora. La disposición de los personajes, las proporciones, el movimiento de conjunto, todo estaba allí. La cantidad de detalles que Elías había reproducido le parecía increíble. Todos estaban de acuerdo con el mosaico, salvo el Espíritu Santo. Elías había representado al recién nacido con una cabeza de ratita, y a Efthymios se le habían nublado los ojos.

Una vez terminado el dibujo, Elías lo había tendido a Efthymios y éste se había sentido desamparado. ¿Quién era ese niño de mirada tan fuerte? Había estado a punto de preguntar: «¿Quién eres?». Pero se había contenido:

—¿Dónde aprendiste a dibujar?

—No lo sé —había respondido Elías.

Efthymios lo había mirado con una especie de inquietud:

—¿Desde cuándo?

—No lo sé.

Ahora, Efthymios debía hablar con él. Convencerle. Decirle que Jesús era judío. Como él. Y pobre, como él. Que también Él miraba a los demás con una extrema atención. Y que si el Señor había querido que Sofia le alimentara con su leche, había sido para que fuera cristiano, como Jesús.

Y él, Efthymios, su muy humilde servidor, tenía el sagrado deber de hacer entrar a Elías en su Casa.

Entonces se decidió:

—Han comenzado en Santa Sofía.

—Lo sé —respondió Elías con calma.

—En Balat estamos tranquilos. De momento... Mientras no haya turcos en el barrio... Pero si mañana vienen a vivir

aquí, nos desplazarán... Un día u otro... ¡Como un rebaño! Griegos, judíos, armenios, nos expulsarán a todos. Nos meterán en alguna parte, en la carretera de Andrinópolis, donde ni siquiera las cabras van a pastar... Transformarán esta iglesia en mezquita, sus frescos y sus mosaicos serán cubiertos de cal, y todo se extinguirá para siempre...

Se detuvo. No sabía ya qué decir. De pronto soltó:

—Tú eres de los nuestros, ¿sabes?

Elías le miró sin comprender.

—Creciste con leche griega. Hablas nuestra lengua. Conoces nuestras iglesias (soltó un suspiro de irrisión)... Las comprendes mejor que nadie... Y, además, eres judío, como lo era Nuestro Señor.

—¿Era judío? —preguntó Elías—. ¿Estáis seguro? Si lo fuera, no tendríamos derecho a dibujar en su casa...

—Era judío, Ilias³² mío. Y aquí puedes dibujar tanto como quieras. El Señor quiso que vinieras a esta iglesia porque sabe que eres de los nuestros.

Elías levantó los ojos al techo y preguntó:

—¿Quién pintó este fresco?

—Unos monjes —respondió el sacerdote—. Hace mucho, mucho tiempo. Unos monjes que vivían en conventos y pasaban su vida pintando y orando.

—¿Existen todavía los conventos?

—Claro —dijo Efthymios—. Aquí en Balat, en Kadiköy, en Büyükkada... A los turcos no les gustan los monjes, pero les dejan vivir en paz.

—Y estos conventos... ¿aceptan niños?

32. Elias (en griego).

—Los aceptan, y muchos. Sobre todo pobres a quienes sus padres no consiguen alimentar.

—¿Y un judío? —prosiguió Elías—. ¿Puede convertirse en monje y trabajar en el convento, como los demás?

—Ya te lo he dicho —dijo Efthymios—, Jesús era judío. Todos los monjes del mundo pueden ser judíos.

Elías inclinó la cabeza; luego, tras un silencio, se levantó y tendió su dibujo a Efthymios:

—Debo regresar. Terminaré mañana.

En el camino de regreso, volvió a pensar en su charla con el pope. Esa historia de que Jesús que era judío, resultaba imposible. Efthymios había debido de decirlo para ponerle cómodo. Si Jesús fuera judío los españoles no habrían expulsado a los judíos.

—Tal vez algún día seas una favorita, Nina mía... Tal vez acabes princesa...

Sentada en su cama, Arsinée acariciaba el pelo de la pequeña caucásica que iba a poner en venta al día siguiente. La muchacha rompió a llorar.

—¿Qué habrías hecho de tu vida? —prosiguió Arsinée—. ¡Habrías recogido uva hasta que te marchitaras! ¡Te habrías casado con un patán! ¡En tu país, lo son todos! Mañana, tendrás una sirvienta para ti sola. Y vestidos... Y joyas...

Arsinée contaba siempre sandeces a las muchachas que se marchaban. ¿Pero qué sabía ella de su futuro? Nada.

Dos semanas antes, Roussiko, una georgiana de apenas doce años, debía ser entregada a un médico que vivía en Bebek, en la orilla norte del Bósforo. Habían hecho el viaje en barca y, durante todo el trayecto, la muchacha no había dejado de cantar melodías melancólicas. «Dinos qué estás cantando, Roussiko mía», había dicho Arsinée varias veces. «Es tan hermoso.» La muchacha no había respondido. Pero cuando iban a desembarcar se había arrojado al Bósforo y la habían perdido.

El destino de las muchachas era una tirada de dados.

Con los ojos cerrados, Sami susurraba con voz entrecortada:

—Los conversos creen que se han salvado... pero un judío sigue siendo un judío... Si lo olvida, un cristiano se lo recordará muy pronto... Son crueles los cristianos... Un capricho y se plantan en nuestras casas... Roban... Degüellan... Violan... Los que permanecen fieles a la Ley conservan, al menos, su dignidad...

Ahora, pensó Elías, dirá que el sacrificio es necesario.

—¿Sabes lo que soportamos, tu madre y yo, para que pudieras vivir libre?

Era la cantilena de su padre. Elías tenía ante sí un camino digno gracias al sacrificio de sus padres. Y él, para agradecerse, les traicionaba... Sami se detuvo, para recuperar algo de aliento:

—Rabbi Alberto quiere verte.

Ya estamos, se dijo Elías.

El rabino le había regañado ya dos veces a causa del dibujo. La primera, no había durado ni tres minutos. Le había hablado sin enojarse. La segunda había sido más larga. El tono se había endurecido. «¡No me obligues a castigar-

te!», había soltado Rabbi Alberto. La tercera podía ser más difícil.

—Irás mañana por la mañana —dijo Sami.

—Te he hecho una pregunta —dejó caer el rabino en tono fatigado.

Elías observó sus rasgos. Rostro cuadrado. Barba enmarañada, de un tono rojizo tirando a negro. Nariz ancha. Ojos de un verde parduzco, redondos, siempre alerta...

Rabbi Alberto hizo un gesto con el mentón:

—Me miras como si nunca me hubieras visto. Pero yo debo hablarte de cosas graves... ¿Sabes que la obra del Eterno es inaprensible?

Elías siguió observando al rabino. Manos gruesas. Dedos amorcillados. Uñas sucias. Dos anillos. Chaqueta de mangas demasiado largas, tan gastada que brillaba. Casquete de seda negra.

Lo dibujaría para la pila, con los ojos gachos, los rasgos flojos. Un rabino que había perdido el valor.

Era cierto. Elías se le escapaba. Con él, Rabbi Alberto perdía sus medios. Cuando otro niño de la comunidad desobedecía, él le reñía, el muchacho volvía al redil y Rabbi Alberto obtenía cierta vanidad por haberlo puesto así en su lugar. Mientras que con Elías... El muchacho le hacía perder los medios. En cierto modo, le humillaba.

Rabbi Alberto procuró hablar con calma:

—Cada vez que hemos violado nuestra Ley, la desgracia ha caído sobre nosotros.

Elías permaneció silencioso.

—¿Bueno? ¿Qué ha ocurrido?

—Ha habido muertos a millares —dijo Elías en un tono impasible.

Rabbi Alberto suspiró de nuevo:

—Te dignas a hablarme... ¿Puedes ponerme algunos ejemplos?

Elías respondió de un tirón. El becerro de oro. Las hijas de Moab, en tiempos de los Jueces, la prosternación ante los Baalim y los Astaroth. Salomón que sirvió a Astarté, la diosa de los sidonios, y Molock, ídolos de los ammonitas. Y Dios que decidió la división del reino...

—Está bien, está bien... La memoria no sustituye el respeto, pero ya es algo... Y, ahora, ¿puedes decirme por qué debemos permanecer unidos?

—Somos el pueblo elegido —dijo Elías con voz átona—. Estamos al margen.

—¿Al margen de quién?

—Al margen de todos los demás.

—Hay algo más.

Elías no chistó.

—Voy a ayudarte —prosiguió el rabino. Somos el pueblo de... ¿De...? Lo repito en cada lección...

—De la Palabra y del Libro.

—¡De la Palabra! —atonó de pronto el rabino—. ¡Exactamente! *Shema Israel adonai eloheinu adonai ehad*. «¡Escucha, pueblo mío! El Eterno nuestro Dios, el Eterno es Uno.»

¡Nuestro vínculo con Dios es la Palabra! ¡No el dibujo! ¡No las imágenes! ¡No los sentidos! ¡El Texto!

Elías contuvo una sonrisa. Le habría gustado preguntarle al rabino: «¿Sabéis cuál es la primera palabra del Corán, señor rabino? Es *iqra*. Y significa: Lee...». Rabbi Alberto se habría atragantado de rabia...

–Dibujos, pinturas, esculturas... ¡Obras de paganos! – aulló el rabino.

Ahora había recuperado todo su vigor:

–¡Sólo pueden atraer la cólera divina! Traduce lo que digo: *â ven*.

–Nada –dijo Elías.

–¡Sí! *Gillulim*.

–Inmundicias.

–¡Sí! *Hevel*.

–Vanidad.

–*Kezavim*.

–Mentira.

–*To-evâh*.

–Abominación.

–¡Sí! ¡Sí! ¡Y sí! ¿Y sabes, verdad, que estas palabras significan todas lo mismo? ¿Lo sabes?

Elías inclinó la cabeza.

–Entonces, di esa palabra.

–¡Ídolo! ¡Inmodestia! ¡Nada! ¡Inmundicias! ¡Vanidad! ¡Mentira! Eso es lo que significa.

Se hizo el silencio. Rabbi Alberto no sabía ya qué decir. Aquel niño traicionaba los suyos cuando estaban en tierra.

–¿Puedo marcharme? –preguntó Elías.

–¡Ve! –murmuró el rabino.

—Estaba agotado.

¿Pero cómo quedarse ahí? Entonces, cuando Elías cruzaba el umbral, soltó sin convicción:

—Vuelve mañana.

—¡Llevaréis una vida de reinas! —exclamó Arsinée—. ¡De reinas! Büyük Ali tiene una de las más hermosas mansiones.

La antevíspera, el secretario del *nishandji*³³ había informado a Izak Bey de que su patrón quería hacer un suntuoso regalo a Büyük Ali, el visir encargado de los astilleros. «Ven con dos muchachas», había dicho el secretario.

Arsinée había elegido a dos hermanas, Bella y Natalia, la primera apenas tenía trece años, la otra quince.

Las hermanas eran encantadoras y todo permitía esperar una doble venta. Pero con su manía de llorar una en brazos de otra el *nishandji* tendría miedo de ofrecer dos tristezas a guisa de regalo... Estas dos, se decía Arsinée desde hacía semanas, no me traerán nada bueno... Izak Bey había cargado ya en sus hombros la muerte de Roussiko... Si la venta de las hermanas fracasaba, iba a encontrarse en las cocinas... Y en seguida...

—La intendente os pedirá que bailéis juntas —dijo Arsinée—. ¡Lo haréis sonriendo!

33. Canciller.

Dejó que se hiciera el silencio, luego añadió:

—Si queréis que os compren a las dos...

El rapto de las hermanas había sido de inaudita violencia. Un día de septiembre, al amanecer, cuatro marinos las habían arrancado del lecho que compartían con su madre. Mientras las arrastraban fuera de su cabaña, habían oído aullidos y ruidos de caídas procedentes de la estancia vecina, donde dormían su padre y sus tres hermanos. ¿Acaso uno de ellos había sido herido? ¿Había muerto? ¿Todos, tal vez? ¿Cómo saberlo? Se habían encontrado en casa de Izak Bey sin comprender lo que les sucedía. Durante semanas, habían sollozado como se solloza en una gran desgracia, cuando ni siquiera se sabe ya si se solloza o no. Con el tiempo, se habían calmado, claro. Pero el abismo iba a abrirse de nuevo. ¿Qué sería de su vida si estaban separadas? ¿Y si la intendente las rechazaba a ambas? Izak Bey las vendería como a mozas de cocina, habían oído cien veces la amenaza en boca de Arsinée: «Si no aprendes nada irás a sudar en los sótanos».

—Aquí estoy —dijo Sami—, podemos marcharnos.

Estaba empapado.

—Te encontraremos un mulo —dijo Arsinée.

Se volvió hacia las dos hermanas. Las muchachas sollozaban con toda su alma, soldadas la una a la otra.

Estas dos me darán mal fario —se dijo Arsinée.

Sentado en los peldaños que llevaban al ábside, Efthymios no conseguía apartar los ojos del dibujo que Elías le había dado. Aquel niño tenía la gracia. Y él, Efthymios, servidor de la Iglesia, debía intentarlo todo para que entrase en la casa de Cristo y expulsara de ella las tinieblas. En Constantinopla, los griegos habían caído en el lodo. Antes, los señores eran ellos. Ahora, regentaban tabernas y sus hijos se corrompían por las callejas del Bazar. Por su parte, su vida estaba hecha de miedo y vergüenza. ¿Cómo consolar a otro cuando uno mismo está en la tristeza? ¿Cómo servir al Señor con dignidad cuando se sufre la humillación? Su única esperanza era Elías.

He venido para realizar y no para abolir, había dicho Cristo. Había creado la Nueva Alianza sin abandonar la Antigua. Eso era lo que él, Efthymios, debía decir a Elías. La religión cristiana no era sino la religión judía más algo. No tendría que renegar de sus raíces y se le abrirían todos los conventos del mundo.

—¿Quieres que regresemos? —preguntó Arsinée.

Sami no tenía fuerzas para hablar ni caminar. Y sólo estaban al principio de Ouzoun Tcharshi Djaddesi³⁴...

—Voy a buscarte un mulo —dijo Arsinée.

Por tres aspres, un aguador aceptó que Sami montara en su asno hasta la entrada del Bazar.

34. Avenida del Largo-Bazar.

El rabino tenía que correr de la mañana a la noche. Estaban los cultos y las *brit-mila*³⁵, las bodas y los entierros, los bar-mitsvah, y los pobres y los enfermos y todos aquellos a quienes el destino había derribado... El rabino corría y corría.

–Lo que nos mantiene unidos –dijo en tono fatigado– es la Ley.

Estaba agotado. Abrió uno de los libros que estaban sobre la mesa:

–Lee de aquí hasta aquí. Deuteronomio, capítulo V.

Elías leyó sin vacilar:

–*Lo taasse lekha fèssèl vekhol temounah acher bachamayim mimaal vaacher baaretz mitahat.*

–Muy bien. Y ahora traduce –dijo el rabino.

–No harás imagen alguna...

–Tallada –añadió el rabino–. Prosigue.

–Imagen tallada, o imagen...

–De representación...

–De representación de las cosas del cielo y de la tierra...

35. Circuncisiones.

—Prosigue...

—No te inclinarás...

—No te prosternarás —corrigió el rabino con calma—. No representarás la figura de un hombre ni la de una mujer. Ni la de un animal en tierra. Ni la de un pájaro en el cielo. Ni la de una bestia que se arrastra por el suelo. Ni la de un pez que vive en las aguas. ¡Nada! ¡No representarás nada ni a nadie! Eso es lo que dice la Ley.

Acercó su mirada a la de Elías y dijo en voz baja:

—Si te prosternas, no hay ya diferencia entre nosotros y los demás, ¿comprendes? Ya no hay nosotros. Ya no hay pueblo elegido. ¿Qué dice nuestro Libro? «¡Soy el Eterno, tu Dios, un Dios celoso!». Y tú representas la obra de Dios como si quisieras embellecerla...

De pronto, estalló:

—Si la Ley dice que no hay que reproducir, tiene una razón. ¿Cuál?

—Para preservarnos de la idolatría —respondió Elías con calma.

—Y entonces, ¿por qué no la respetas? —aulló el rabino—. ¡Copias el Corán! ¡Vas a su iglesia de San Salvador! ¡Del supuesto San Salvador! ¿Y no te da vergüenza?

Elías no respondió.

—¿Qué?

Elías miró al rabino a los ojos:

—¿Y si aquel cuyo retrato hago es feliz?

—¡Este sentimiento estará basado en una impostura! ¡Una ilusión! ¡No somos como los demás! ¡Somos el pueblo elegido! ¡Cada vez que dibujas, traicionas a tu padre y a tu madre!

—¡No! —aulló Elías—. ¡No! ¡Mentís! ¡A mi madre no! ¡No traiciono a mi madre!

—¡La traicionas! —gritó el rabino—. ¡Acabarás rechazado por todos!

Elías se levantó con un movimiento brusco, derribó la silla y abandonó corriendo la estancia.

19

—Te dejo aquí —dijo el aguador a Sami.

Habían llegado a la puerta de los Peleteros.

Sami no se movió.

—Baja —soltó el vendedor—, ¡Estás a dos pasos!

Arsinée se abrió paso, adelantó al borrico y se volvió.

Sami lloraba en silencio.

—¡Sami! ¿Qué te pasa?

Él indicó con el mentón su bajo vientre.

Se había orinado encima.

Tendido sobre las tablas del desván, Elías aguardaba la llegada de Bella y Natalia. Pero por mucho que imaginara a las dos muchachas desnudas, sus pensamientos regresaban a su discusión con Efthymios.

Una pregunta aparecía sin cesar. Si su padre moría, ¿podría acaso ir a un convento?

Cuando pensaba en la muerte de su padre, la vergüenza le invadía. Pero se esfumaba. Y pocos minutos más tarde la pregunta le obsesionaba de nuevo.

Se dijo que, la próxima vez, trataría con Efthymios algunos detalles precisos. ¿Qué conventos tenían los mejores pintores? ¿Aceptaban éstos a niños judíos? ¿Podría Efthymios llevarle a uno de esos conventos?

Una voz le arrancó de su ensueño:

—¡Seis etíopes de una vez!

Procedía del patio:

—¡Todos soberbios! Y el más viejo no tiene veinte años.

—¿Seis?

—¡De una vez! Un rico llegado de Italia.

—¡El veneciano!

—¿Lo conoces?

—Buscaba kapoudjous³⁶ negros para su palacio.
—¿Cuánto?
—Dos mil quinientas piastras por los seis.
—¡Había que ver cómo se atareaba su criado para alimentarlos!
—¿Cuándo se van?
—Mañana por la mañana. En el *Arabella*.
—¡Mira quién llega! —soltó una voz.
—¡Sami! ¿Cómo estás? —dijo otra en castellano.
Elías oyó pasos en el pasillo. Luego el ruido de alguien que recupera el aliento.
—Siéntate.
Era la voz de Arsinée.
—¿Estás bien?
De nuevo Arsinée. Había susurrado.
No hubo respuesta.
—Apóyate en la puerta.
Imaginó a Arsinée ayudando a su padre a poner la espalda contra el batiente de la puerta.
En aquel momento se escuchó una conversación en turco. Luego rumor de pasos en el pasillo. Los guardias de la intendente, se dijo Elías.
—Que el día te sea propicio, Zübeyde Hanoum³⁷ —dijo la voz de su padre.
Un ruido sordo hizo temblar todo el Han. Arsinée comenzó a aullar:
—¡Sami! ¡Sami!

36. Portereros.

37. Señora Zübeyde.

—El tipo está enfermo —dijo una voz de hombre.

—*Porta lo dentro* —gritó alguien.

Elías vio que la puerta se abría y su corazón dejó de latir. Dos guardias transportaban a su padre.

Lo tendieron en el suelo. Sus pantalones eran de un rojo vivo.

—¡San Gregorio! —gritó Arsinée.

Su padre estaba inmóvil, con la cabeza inclinada hacia un lado y los ojos fijos.

—¡Vuelve! —aulló Arsinée—. ¡Vuelve!

Uno de los guardias se inclinó sobre Sami, puso su oreja a la altura del pecho y miró a Arsinée:

—Eso se ha acabado, hermana mayor.

—¡Sami! —gritó Arsinée—. ¡Sami!

Elías se sentó en las tablas y rompió a llorar. Arsinée levantó la cabeza hacia el techo:

—¡Elías!

—¿Quién está arriba? —aulló uno de los guardias.

—¡Yo lo atraparé! —soltó otro.

—¡Huye, Ratita! —gritó Arsinée.

Corrió tan deprisa como pudo por las callejas del Bazar, salió por la puerta de los Peleteros, y bajó por las callejas que llevaban al frente marino.

—¿A dónde vas así, Elías? —soltó una voz.

Él siguió zigzagueando a toda velocidad entre los viandantes y los mozos de cuerda, cayó, se levantó muy deprisa y siguió su carrera hasta el Cuerno de Oro. Cuando llegó a la orilla, estaba sin aliento y se echó a llorar. A su alrededor se formó un grupo:

—¿Qué te pasa? —dijo alguien.

—Que le den un vaso de agua —dijo otro.

Elías se soltó y prosiguió su carrera, esta vez hacia la escollera, al pie de la colina de Sultanahmet.

A medio camino, tomó conciencia de que necesitaba dos aspres para ir a la otra orilla. Desanduvo el camino y corrió a lo largo del frente marino hasta la taberna, muy deprisa aún, se lanzó hacia la cocina y, con las manos temblorosas, tomó de la despensa su piedra negra, sus plumas y tres frascos de sepia. Se lo metió todo en el bolsillo de su *gömlek* y corrió hacia la sala, donde un marino aceptó que hiciera su retrato por dos aspres. Dibujó a toda velocidad,

se embolsó los dos aspres y se disponía a largarse cuando Costa le agarró del brazo:

—Elías... ¿Qué ocurre?

Besó a Costa y salió corriendo de la taberna.

—Troyanos —se repetía Elías—. Ilias Troyanos.

Saltó al primer caique que cruzaba el estrecho, pagó el pasaje y se volvió hacia Andrinópolis. Adivinó, en el horizonte, la puerta de Eyir, donde se encontraba el cementerio judío. Tal vez, en aquel instante, enterraban a su padre. No esperaban para enterrar, sobre todo en los meses cálidos.

Se levantó, miró hacia la puerta de Eyir, se puso la diestra en la cabeza, a guisa de casquete y murmuró:

It Kaddal veit Kaddash
Sheme rabbah

Que Su gran nombre se extienda y sea santificado.

Recitó el Kaddish³⁸ hasta el final, luego repitió las dos últimas estrofas, de acuerdo con el rito.

En Gálata, descubrió el *Arabella*. El galeón estaba en plena agitación. Marineros, mozos de cuerda y comisionistas se apretujaban en cubierta, lotes de mercancías se amontonaban alrededor de una pequeña escalera que llevaba a la cala. Un hombre gritaba órdenes. Elías se acercó y le dijo en castellano:

—*Quiero venir con vosotros a Venetsia.*

—*Non ho tempo* —escupió el hombre—. *Via!*

38. La oración por los muertos.

Elías se batió en retirada y se encontró en el muelle. El navío próximo enarbolaba la misma bandera que el *Arabella* y se llamaba *Tizzone*.

Elías preguntó por *il capo*:

—*Quiero venir con vosotros a Venetsia.*

El marino se encogió de hombros con gesto brusco e hizo ademán de alejarse. Elías puso en seguida la mano en su brazo:

—*Prego. Carta*³⁹!

El marino le miró sin comprender.

—*Carta! Ritratto!*

Elías hizo el gesto del dibujante. El marino le miró con curiosidad y le volvió la espalda, aunque sin despedirle. Instantes más tarde, regresó con un papel arrugado en la mano. Elías sacó su piedra negra y, en menos de un minuto, hizo un magnífico retrato del hombre, de gran parecido salvo por la mirada, a la que dio una expresión más feroz de la que en realidad tenía.

El marino hizo una mueca de vanidad:

—*Bene, bene... Tuo nome?*

—Ilias —dijo Elías—. *Ilias. Greco.*

El marino pareció satisfecho.

—*Nome di famiglia?*

Elías le miró a los ojos:

—*Troyanos.*

Era el nombre de soltera de Sofia.

—¿Ilias Troyanos?

—Sí —respondió Elías—. *Ilias Troyanos. Greco.*

39. «Papel».

—*Tuoi affari? ¿Tus cosas?*

Elías le miró sin responder.

El marino lo observó con atención durante unos segundos, luego soltó:

—*Va bene.*



II

VENECIA

Agosto de 1574





I

—*Quid petis ab Ecclesia Dei?*

¿Qué pides a la Iglesia de Dios?

Las palabras de Angelo Gandolfi resonaron bajo las cúpulas de la basílica y regresaron a él en un eco de interminable vibrato. *Quid* se convirtió en *quu-uid*, *petis* se transformó en *pee-tiis*, *ab Ecclesia Dei* se alargó interminablemente, y aquellas grandilocuentes estelas aumentaron más aún la ridiculez de la ceremonia de bautismo.

«¿Qué estoy haciendo en esta ciudad?», se preguntó Gandolfi. Pero sabía lo que estaba haciendo allí... El Papa le había nombrado en Venecia precisamente porque nada tenía que hacer en esa ciudad. «Quiero un *paesano*», le había dicho Pío V dos años antes. También el Papa había nacido pobre. Como Gandolfi, había crecido en la dureza. En Venecia, quería un nuncio que se pareciera a él. Que supiera resistir las facilidades. La Reforma había devorado ya la Toscana. Y se tragaría de un solo bocado una ciudad que se había transformado en lupanar. «Necesito un verdadero nuncio, había dicho el Papa con una cólera contenida, no un pequeño marqués.»

Gandolfi se volvió hacia el padrino y la madrina, aguar-

dando su respuesta. *Fidem!*, tenían que decir. ¡La fe! Pero tenían la cabeza en otra parte... Sus ojos daban brincos de hilera en hilera. ¡Querían saber! ¿Quién les miraba? Y, sobre todo, ¿cómo? ¿Con admiración? ¿Benevolencia? ¿Envidia? ¿Desprecio? Sin duda querían saber también quién no les miraba...

Toda aquella vanidad crispó a Gandolfi. Sintió de pronto que toda su jaqueca regresaba con violencia. A cada pulsación, la sangre le comprimía el cerebro con tanta fuerza que tuvo que cerrar los ojos. Cuando volvió a abrirlos, unos segundos más tarde, vio que el padrino y la madrina le miraban sin comprender. Les susurró con humor:

–*Fidem!*

–*Fidem!* –repitieron ellos a coro.

–*Fidem, quid tibi praestat!*

¿Quién te procura la fe?

Susurró de nuevo, sin esperar:

–*Vitam aeternam.*

La vida eterna.

–*Vitam aeternam!* –soltaron a coro el padrino y la madrina.

Ahora, también ellos parecían tener prisa. Era perfecto. Aceleró el tempo:

–*Diliges Dominum Deum tuum ex toto corde tuo, et ex tota anima tua, et ex tota mente tua.*

Amarás al Señor, tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con todo tu espíritu.

De nuevo se sintió irritado por la reverberación de sus palabras. Aquel palacio de Oriente no era más que un monumento de vanidad.

Se volvió y su mirada se posó en el padrino. Un bribón de primer orden, el tal Cuneo. Pero un bribón ambicioso. Hábil... Que había organizado la ceremonia como un general estableciendo un plan de campaña. «El Turquetto me ha pedido que sea el padrino de su nieta, le había dicho al dux, ¿tendríais vos la extremada bondad de intervenir ante el nuncio para que le imparta el bautismo?». Cuneo conocía a los venecianos... Sabía que la presencia del nuncio haría asistir al dux, que la del dux atraería a los nobles, y que éstos tendrían tras ellos a los ricos.

El dux no había tenido elección. En Venecia, las cofradías se encargaban de la caridad. Sant'Antonio, la que dirigía Cuneo, era la más joven y la más poderosa, al mismo tiempo.

A su vez, el dux había convencido a Gandolfi:

—Los ricos...

Su expresión revelaba la fatalidad:

—¿Qué quieres?, hay que honrarlo... Te molesta, lo sé. Pero, en Venecia, Cuneo cuenta. Sería idiota tenerle contra nosotros... Y, además, hace mucho por nuestros pobres, preciso es admitirlo...

La maniobra había funcionado a las mil maravillas y San Marcos se había guarnecido con la mejor gente.

Gandolfi barrió el presbiterio con la mirada. El Turquetto estaba sentado en primera fila. Entre su mujer Stefania y su hija Eleonora. Hasta la mañana del bautismo, Gandolfi no le había visto nunca. Le habían dicho que el hombre trabajaba mucho, que era bastante patán y que no perdería nada conociéndole.

A pesar de todo, sentía curiosidad. En Venecia, el Tur-

quetto no era querido, ni detestado, se le veía poco. Pero todos estaban de acuerdo en decir que sus cuadros provocaban selectas emociones, que daban ganas de silencio. Que, de entre todos los pintores de la ciudad, él era el más grande. Superior a Tiziano y al Veronese. Y que era el único que había conseguido la milagrosa fusión del *disegno* y del *colorto*, de la precisión florentina y la dulzura veneciana.

Porque Venecia pintaba otra cosa. Senos, muslos y vientre... Carne. Los temas sacros eran representados con talento, pero también con malicia, en una ambigüedad que pretendía satisfacer los sentidos más que elevar el alma. Había que gustar.

Unos minutos antes del inicio de la ceremonia, Gandolfi había saludado a un hombre pequeño, pesado, musculoso, de nariz muy ancha, moreno de piel y cuya cara hacía pensar en la de una gran rata. El Turquetto había permanecido silencioso, pero la fuerza vital que emanaba de su persona había impresionado a Gandolfi.

De nuevo sufrió una punzada. Ni siquiera el polvo que había tomado por la mañana actuaba ya.

En semejantes momentos, era como si su cabeza fuese a estallar. Cerró los ojos, dejó que el dolor pasara y prosiguió:

–*Diliges proximum tuum sicut te ipsum.*

Ama a tu prójimo como a ti mismo.

–Amén –dijeron Cuneo y Giovanna Ronchi.

Gandolfi se volvió hacia Cuneo y vio que sonreía... Una sonrisa de prostituido... Sin embargo, no podía decirse que intentara seducir. No. Lo que Cuneo quería era ser reconocido. Y lo conseguía, ¡el muy granuja! Gracias a una inteligencia fuera de lo común.

Por lo demás, en él todo estaba fuera de lo común: la ambición, la afición al trabajo, el dinero acumulado, la astucia, la vanidad, el deseo de revancha... Tenía en él todas las fuerzas y las debilidades de los hombres.

En aquel instante, Gandolfi advirtió que la sonrisa de Cuneo se dirigía a Riccardo Tisi, el *guardian grande*⁴⁰ de San Rocco. La gran, la rica, la formidable cofradía de San Rocco... Ahora, eran numerosos los que la abandonaban para unirse a las filas de Sant'Antonio. Cuneo les echaba el gancho sin la menor vergüenza. Sobre todo a los más ricos... Y he aquí que, ahora, se mofaba de Tisi.

Decididamente, se repitió Gandolfi, Venecia no le gustaba. Aquella ciudad encarnaba la humanidad en toda su perversidad. Bastaba con observar a sus ciudadanos. Eran patéticos. Enfermos del deseo de aparentar. Impacientes sin cesar por ser tenidos en cuenta. Por quien quiera que fuese. El dux, el nuncio o el último de los nobles, no importaba, siempre que llegara una mirada, un gesto, una sonrisa, una simple inclinación de cabeza, cualquier cosa... «Dios mío, debían de pensar, haz que se fijen en mí.»

Gandolfi se volvió a su izquierda. El dux presidía sobre un estrado de tres peldaños de alto. Habríase dicho el Papa en San Pedro... Decididamente, Venecia se ahogaba en el ridículo. Tenía demasiado de todo. Demasiado oro, demasiado mármol, demasiadas sedas, demasiadas ambiciones insatisfechas. En Asís, las casas estaban hechas de madera o de adobe. Pero la gente que las habitaba era gente de verdad. No cortesanos crueles y vanidosos, cuya mirada estaba

40. Gran Maestro.

siempre en otra parte, por encima del hombro de la persona que tenían en frente, en busca de alguien que fuera más importante... Más lioso... Más honorífico... Los venecianos tenían los ojos muy huidizos. En Asís, la gente olía a bestia. Pero estaban presentes. Miraban a los ojos.

En el fondo, la única persona con la que Gandolfi se sentía cómodo, en Venecia, era Gianni, su secretario. Ambos hombres se hablaban en el dialecto de los Abruzos.

Se volvió hacia la niña y, con el pulgar, persignó su frente y su pecho:

–Accipe signum Crucis tam in fronte, quam in corde.

Recibe la señal de la cruz en tu frente y en tu corazón.

Algún día, aquella niña sufriría la envidia. Conocería los celos. Caería en la mentira. Pecaría, por concupiscencia, o por crueldad, o por afición al disimulo. Antes o después, necesitaría consuelo. Para eso servía la Iglesia. Para consolar. No para prevenir el pecado.

Ahora era Tisi el que posaba los ojos en Cuneo, y su mirada, intensa y glacial a la vez, remitió a Gandolfi a una escena de su infancia.

Un anochecer, mientras devolvía a su rebaño un corde-ro demasiado tozudo, había oído un roce extraño, dulce y precipitado a la vez. Se había inmovilizado por completo, de golpe. Luego, muy lentamente, había vuelto la cabeza. A su derecha, a tres pasos, dos serpientes entremezcladas luchaban al pie de un roquedal. Había reconocido una pequeña víbora por su cabeza triangular. En su redondeado hocico, lucía una mancha negra. Veía muchas víboras semejantes. Eran de un carácter plácido. La otra serpiente era una culebra inmensa y amarillenta, que se había enrollado

alrededor de la víbora. Acercó su cabeza al pequeño hocico y, de una dentellada, la aplastó.

Tisi acabaría haciendo eso con Cuneo. Éste tenía demasiados deseos... Demasiada afición a la maniobra... Demasiadas ganas de revancha...

La niña se echó a llorar. Gandolfi posó la mano en su cabeza:

–Omnipotens sempiterne Deus, Pater Domini nostri Jesu Christi, omnem caecitatem cordis ab ea expelle.

Dios omnipotente y Eterno, Padre de nuestro Señor Jesucristo, rompe todos los vínculos con los que Satán la tenía atada.

Con la yema de los dedos, tomó algunos granos de sal de una caja de piedra azul puesta en el altar mayor y los metió, lo mejor que pudo, en la boca de la niña:

–Accipe sal sapientiae: propitiatio sit tibi in vitam aeternam.

Recibe la sal de la sabiduría. Que te purifique para la vida eterna.

La niña empezó a aullar.

–Amén –dijeron Cuneo y la madrina.

Los gritos de la niña provocaron una nueva serie de punzadas. Gandolfi cerró los ojos y fingió orar hasta que los aullidos se atenuaron. Luego recuperó el aliento, espiró largo rato y trazó por tres veces la señal de la cruz en la frente de la niña:

–Exorcizo te, immunde spiritus, in nomine Patris, et Filii, et Spiritus Sancti, ut exceas, et recedas ab ak famula Dei.

Yo te exorcizo, espíritu inmundo, en nombre del Padre,

y del Hijo, y del Espíritu Santo, vete, apártate de esta hija de Dios.

Se acercó a la madrina:

–*Francesca, abrenuntias Satanae?*

Francesca, ¿renuncias a Satán?

–*Abrenuntio.*

Renuncio –respondieron Cuneo y la madrina.

–*Et omnibus pompis ejus?*

¿Y a todas sus pompas?

–Renuncio.

–Descúbrela –dijo Gandolfi a la madrina.

Cuando la niña estuvo desnuda, mojó él dos dedos en un bol de óleo y le dio la unción, persignándola en el pecho y entre los hombros:

–*Francesca, credis in Deum Patrem omnipotentem, Creatorum coeli et terrae?*

¿Francesca, crees en Dios Padre omnipotente, Creador del cielo y de la tierra?

–*Credo* –dijeron los padrinos.

–*Francesca, vis baptizari?*

Francesca, ¿quieres ser bautizada?

–*Volo* –respondieron Cuneo y la madrina.

Gandolfi vertió tres veces el agua bautismal en la frente de la niña, siguiendo el signo de la cruz, al tiempo que pronunció estas palabras:

–*Francesca, ego te baptizo, in nomine Patris et Filii et Spiritus Sancti.*

Francesca, yo te bautizo, en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

2

Stefania cerró los ojos y suspiró. Estaba agotada. Había tenido que prestar atención a tantas cosas... A tantas personas... Y sonreír... Sonreír como aquellos que siempre están a gusto.

—Todo ha ido bien —le dijo Elías con voz dulce—. No te preocupes.

—Ha sido un hermoso bautismo, ¿no es cierto?

—Muy hermoso.

Su problema era que ella no comprendía lo que ocurría a su alrededor. Era preciso que Teresina se lo explicara. De lo contrario, nunca sabía qué pensar. Ni qué decir... Salvo con las cosas muy sencillas, las que se refieren al cuidado de la casa o a la cocina.

Ahora, estaba agotada.

—Deberías dejar de tener miedo —dijo Elías—. Todo el mundo estaba contento.

Era cierto. El dux, el nuncio, los nobles, las familias ricas, todos habían ido a Cà⁴¹ Ronchi después de la ceremonia.

41. *Casa*, en veneciano.

—Y las palabras del dux... —prosiguió Stefania—. ¡Dilas de nuevo! ¡Por favor!

Se las había repetido tres veces ya. Pero ella quería que la tranquilizara. «Sois el más grande», le había susurrado el dux a Elías. Le había mirado y, luego, había añadido sonriendo—: ¡Pues sí! ¡En Venecia, el más gran pintor es un pequeño turco!

Le había dado el sobrenombre cuarenta y cuatro años antes. El intendente del taller al que se había presentado le había preguntado de dónde venía.

—Soy griego de Constantinopla —había respondido Elías.

El intendente sonrió:

—Un *turchetto*⁴²... ¿Y hablas español?

—Mi madre murió cuando yo nací. Fui criado por nuestros vecinos, judíos de España.

El intendente había señalado entonces con el dedo, el dibujo de una Madonna:

—Hazme una copia. ¿Pluma o mina?

Elías había elegido la mina de plomo. Ofrecía menos posibilidades, era pues un mejor modo de mostrar su talento. Había reproducido la Madonna en menos de diez minutos. Al pie de su dibujo había firmado: *Turchetto*.

La mirada del intendente se había dirigido, primero, hacia la firma: ¿Lo has escrito a la española?

Elías le había mirado con aire inquieto:

—¿Está mal?

42. «Pequeño turco».

El intendente había sonreído de nuevo:

—¡Está muy bien! Conserva este sobrenombre.

Tras ello, había mirado la copia de Elías en silencio y había palidecido. En treinta años no había conocido ni un solo muchacho de aquella edad que dibujara así. «Quédate aquí», le había dicho a Elías. Luego, se había marchado corriendo a buscar al maestro.

Éste apenas había lanzado una ojeada al dibujo:

—¡Te quedas con nosotros!

Elías le había besado el dorso de la mano, a la oriental. Cuando devolvió la hoja al intendente, el maestro se había fijado en la firma:

—*Turquetto*... ¿Por qué...?

Había sonreído, también, y el apodo había permanecido.

Elías había aprendido a limpiar los cepillos, a fabricar los baños (de treinta clases por lo menos), a machacar cristales (hasta obtener el grano justo), a mezclar los polvos con los aceites y las resinas, y, para cada matiz, a obtener las proporciones perfectas, los colores y las transparencias. Tras dos años de taller, tuvo derecho a preparar las capas de fondo. Primero las simples, luego las que debían aplicarse en degradado. Un año más y pudo trabajar el acabado de las telas. Aprendió a pintar drapeados, encajes y rostros, cabelleras y narices, bocas y, para terminar, manos, guantes y miradas. Un año más tarde, lo pusieron a reproducir algunas obras del maestro cuyas copias le encargaban.

Durante aquellos seis años de taller, recibió por su trabajo lo necesario para alimentarse, ropas usadas y una yacija que compartía con otros muchachos, a orillas del río

Sant'Angelo, una estancia húmeda y de olor pestilente, tanto en verano como en invierno.

Vivió esa dureza con impaciencia, con intensidad. Quería comprenderlo todo, retenerlo todo. Dominar cada detalle. Hacer como el maestro. Tan bien como el maestro. Y mejor que todos los demás.

A los dieciocho años, fue admitido en la cofradía y aquello le dio derecho a abrir taller.

Para revelar su talento y su seriedad, tuvo que forzar el destino. Un anochecer del otoño de 1537, cuando sólo era aprendiz, Zuanne Corner, un grande de Venecia, visitó al maestro en su taller de Biri Grande. Iba acompañado por sus hijos, Alvise y Giorgio. Los muchachos parecían jóvenes prelados. Dos calculadores al acecho, se había dicho Elías al verles observándose mutuamente y siguiendo por el rabillo del ojo a su padre que conversaba con el maestro. La discusión se refería a un retablo que Zuanne había encargado para la iglesia de Santa Maria dei Miracoli, un Cristo en la cruz, cuyas manos acababa de pintar Elías. La conversación entre ambos hombres apenas había durado un minuto, pero le había bastado para grabar en su memoria los rasgos del padre y los de ambos muchachos, la desconfianza que sentían el uno por el otro y los miedos que agitaban sus miradas.

Una hora más tarde, elegía un cartón en el taller y corría al desván del río Sant'Angelo, donde guardaba su material. Antes de que cayera la noche había hecho, de Zuanne y de sus hijos, un pasmoso retrato de grupo, una combinación de piedra negra, pluma y carboncillo. Zuanne estaba representado de tres cuartos, sentado en un sillón, con el brazo posado en el del sillón y el rostro apoyado en tres dedos de su

mano izquierda. Miraba a sus hijos con aire ausente. Éstos parecían en plena huida, tan retirados estaban sus cuerpos. Elías había dibujado con precisión a los tres personajes, luego había añadido, gracias al carboncillo, una profundidad que hacía que cada uno se revelara. La mirada del padre era la de un hombre sin ilusiones. Por lo que a los hijos se refería, parecían dos aves de presa, malignas y asustadas.

Concluido el dibujo, había corrido a Cà Grande, el palacio de los Corner. El mayordomo no le había dejado entrar y él se había resignado a entregarle el cartón:

—De parte del Turquetto —había dicho—. Como homenaje y respeto.

No se había producido reacción de Zuanne Corner alguna. Sin duda, uno de los hijos había visto el cartón y lo había destruido, por temor a que su padre descubriera sus sentimientos.

Seis semanas más tarde, Elías había recibido la orden de entregar una *Adoración* a Grazio Bontempelli, un mercader de paños. Había llegado precisamente cuando el dueño de la casa abandonaba su palacio, y aquellos instantes frente a frente le habían bastado para conservar en la memoria cada detalle de su fisonomía. Luego, había corrido a Biri Grande para tomar un cartón.

La mirada crítica que había posado en Zuanne y sus hijos al dibujarlos no le había servido, y decidió hacer un retrato halagador del mercader. Le plasmó como un guerrero romano. Bontempelli era alto y gordo, y su representación como soldado le sentaba bien. El cuadro, hecho a pluma y con tinta sepia, era tan delicado como Bontempelli grueso. Aquel mismo anochecer, entregaba su dibujo.

—De parte del Turquetto, con respeto y gran estima —le había dicho al guardia del palacio.

Durante cuatro meses, no se había producido eco alguno. Luego, cierto día, Grazio Bontempelli había acudido al taller. Por fortuna, el maestro estaba ausente y Elías lo había aprovechado para presentarse. ¿Le habían entregado un dibujo a pluma que le representaba como guerrero romano? Bontempelli inclinó la cabeza, lentamente, sin responder. Luego había mirado a Elías con aire desconfiado.

Un mes más tarde, le mandaba buscar:

—¿Has sido admitido en la cofradía?

Elías había asentido.

Bontempelli quería regalar un retablo a la iglesia Santo Stefano. Le hizo el encargo a un precio ridículo y adelantó cinco ducados para la compra de telas, pinceles y colores. Elías se despidió del maestro el mismo día. «Es justo que te marches», le dijo éste. Elías contrató a dos aprendices y alquiló una estancia en un depósito abandonado del río San Cassiano.

Durante doce años se ganó la vida más por el trabajo que por la notoriedad. No conocía a la alta sociedad y no le gustaba ponerse de relieve. Pero pintaba mucho y eso era lo esencial. El camino recorrido desde Balat le parecía milagroso, y estaba satisfecho con los encargos que recibía, aunque se tratara sólo de obras modestas y casi todas profanas, retratos o alegorías. Los pintaba como colorista, al estilo del maestro, y tal vez tan bien como él, pero sin querer desmarcarse. Era feliz, sencillamente feliz, teniendo tantas telas y colores que podía utilizar. Pintaba y pintaba sin cesar, como artista y como galeote.

Sin embargo, cierto día, un encargo, un simple encargo, hizo que todo en su vida cambiara. Un notario llamado Amedeo Ronchi le mandó llamar para pintar a su hija mayor, Stefania. Tenía ya la edad de estar casada y su retrato debía ser enviado a unos primos de Roma.

La muchacha era simple, como solía decirse. Era además rechoncha, sufría estrabismo y, cuando se había adelantado para adoptar la pose, Elías advirtió que cojeaba.

Decidió representarla ante un murete de mármol, con un paisaje de campiña como fondo, con la intención de darle un aire novelesco. Su pelo, negro y rizado, era escaso y él había tenido que aumentar la abundancia. Sus ojos, de un hermoso pardo claro pero muy pequeños, caían por los extremos. Los agrandó y los levantó. También le amplió el rostro, pues lo tenía demasiado estrecho.

—No me deis un aspecto estúpido —le había dicho Stefania al iniciar la primera sesión—. Por favor.

Tenía lágrimas en los ojos. Elías se había puesto a trabajar sin responder.

Cuando hubo terminado el retrato, insistió en entregárselo a Ronchi en propia mano.

—Vuestra hija es una persona delicada —le había dicho.

Ronchi le había mirado con atención antes de examinar el cuadro. Luego había soltado:

—¿Eres romano?

—Griego.

—Quiero decir de religión. ¿Católico romano?

—Cristiano de oriente.

—Ven a mi casa el domingo, después de misa —había dicho entonces Ronchi.

Dos meses más tarde, Elías se había convertido a la Iglesia de Roma y se había casado con Stefania.

Ronchi le abrió las puertas de las grandes instituciones. Las cofradías y los conventos le hicieron encargos de obras sacras. Elías no abordó su ejecución en la fe, que no tenía, sino en el recuerdo de San Salvador, de la pintura bizantina, de su desnudez y su misterio.

Cierto día, hizo el viaje a Padua y acudió a la capilla de los Scrovegni, para ver los frescos. La visita le conmovió. *La Huida a Egipto*, la *Pietà* y la *Resurrección de Lázaro*, sobre todo, le convencieron de que la verdad de su arte estaba allí, en la prolongación de ese pensamiento, de que era preciso pintar de modo tierno y neto a la vez, suntuoso pero fiel al trazo, como la caligrafía de Djelal Baba. Lo que había aprendido del maestro debía encontrar su lugar en una pintura nueva, que aliara la precisión del dibujo con la magnificencia del color.

Su modo de pintar se transformó. Le invadió una obsesión de limpieza y comenzó todas sus telas con un elaborado esbozo. Recuperó los gestos de la caligrafía y fabricó todos sus barnices a partir de cristales de incienso, del mismo modo que Djelal los utilizaba para ligar sus tintas.

Poco después del viaje a Padua, el cura de la iglesia San Francesco della Vigna le visitó. Quería una *Adoración de los Magos* para la mayor de sus cinco capillas. Las dimensiones de la tela serían de ocho brazas de largo por cuatro de alto⁴³. El cuadro iba a tener 15 metros cuadrados, lo que le convertiría en el encargo más importante que Elías hubiera recibido nunca.

43. Una braza valía dos pies, es decir 68 cm.

El cura le ofreció treinta y cinco ducados por una *Adoración* con diez personajes... «y, si lo deseas, otros tres o cuatro. No tenemos dinero para más. Venimos a tu casa porque, de entre los buenos, no eres el más caro».

Por primera vez se le ofrecía la oportunidad de pintar una obra sacra de grandes dimensiones y se lanzó a ese trabajo con furor, sin ahorrar esfuerzo ni dinero. A pesar de su gran coste, dio a la tela un fondo de oro sobre el que pintó más de treinta personajes. Utilizó pasteles oscuros, violetas, mucho gris, rojos anaranjados y verdes, colores todos ellos que casaban con el fondo de oro.

El resultado fue prodigioso y el cuadro consolidó la reputación de Elías. Había ahora en Venecia un pintor distinto a todos los demás, que aliaba la espiritualidad de los antiguos y la sensualidad de los mejores. La *Adoración* de Sant Francesco della Vigna acarreó encargos importantes y, durante meses, Elías pintó obras sacras marcadas por el *disegno*.

Al mismo tiempo, la pintura del maestro se hacía sin cesar más evanescente e, incluso, vaporosa. Elías se liberaba de la precisión, lo sabía. Le habían hablado de un autorretrato en el que la mano izquierda del maestro parecía tan difusa que las uñas estaban apenas esbozadas. Le habían dicho, también, que en ese cuadro todo conmovía, que la mirada era estremecedora y que nunca el maestro había conseguido crear una emoción tan fuerte.

Esta creciente distancia entre su nuevo modo de pintar y la del maestro, que iba en sentido opuesto, perturbaba a Elías. ¿Estaba en el error? ¿O, incluso, en la traición?

Entonces, cierto día, se dirigió a Biri Grande. No había

regresado desde hacía doce años, no reconoció a nadie y permaneció de pie esperando al maestro entre proveedores y mendigos, más conmovido que en su primera visita al taller, dieciocho años antes.

Cuando el maestro le descubrió, soltó sin ni siquiera saludarle:

—Te han hablado del autorretrato, ¿no es cierto?

Elías bajó los ojos.

—Sígueme —dijo el maestro.

Cruzaron varias estancias donde Elías recordó haber trabajado. De pronto, el maestro se detuvo en mitad de un pasillo y le miró con intensidad:

—No me has olvidado.

—Cada segundo de los que viví aquí está en mi corazón —respondió Elías—. Y cada palabra que tu boca pronunció ante mí está grabada en mi memoria.

El maestro permaneció unos segundos inmóvil, con los ojos en los de Elías, luego prosiguió su marcha hasta una puerta cerrada con llave. Elías recordó que se trataba de su *studio*, el lugar donde pintaba el maestro. La estancia era grande, pero por todo mobiliario tenía sólo una cama, una mesa larga y manchada, cubierta de pinceles y de frascos, un pequeño sillón de madera y un caballete en el que había una tela de cuatro pies de alto. El cuadro parecía terminado. Elías reconoció a Francesco Donato, el dux.

El maestro lo había pintado en todo su drama. Donato parecía frágil, con los rasgos demacrados, enfermo, pero tenía en la mirada un desesperado deseo de honrar su cargo, de ser dux, de mantener su rango. Iba vestido con una capa de seda roja bordada con hilo de oro, llevaba la cabe-

za cubierta con un gorro hecho de la misma tela. Los dedos de su mano derecha estaban desplegados, en horizontal, con una postura benevolente, como si se dispusiera a dar la bendición. Su mano izquierda, que llevaba un anillo de oro en el anular, estaba encogida sobre sí misma y parecía agarrarse a la capa. Era una mano gruesa, robusta, una mano de hombre de labor, mientras que la derecha tenía unos dedos largos y tan finos que habrían podido tomarse por los de una mujer. Entre la ejecución de la capa, pintada con la punta del pincel como una miniatura, y la de las manos y el rostro, para los que había procedido por pinceladas sobrepuestas, ligeras y vibrantes, que creaban un efecto vaporoso, el contraste era turbador.

—Lo que cuenta es lo que sientes ante el cuadro —dijo el maestro—. Nada más tiene importancia. Y, sobre todo, no lo que piensen tus colegas de tu habilidad, ¿no es cierto?

Elías se encogió de hombros. El maestro esbozó una sonrisa:

—No protestes. Todos prestamos atención a la opinión de los mejores pintores. Digamos que es nuestro modo de honrarlos...

Sonrió de nuevo y señaló con el dedo la mano izquierda del dux. Era la parte más difusa del cuadro:

—Las emociones son olas que te barren sin que puedas comprender lo que te sucede. Pinté la capa a pequeños trazos, con una precisión absoluta, me lo concederás...

Hizo un gesto de irrisión.

—La capa es hermosa, de acuerdo... Pero no es la vida. Sin embargo, en esta mano me alejé de la precisión. ¿Qué quieres...? Así está hecha la condición humana. Vacila. Vive

en la angustia. En la búsqueda. Intento pintar la existencia, ¿sabes? La existencia...

Elías agachó la cabeza.

—Me apruebas —dijo el maestro, sonriendo—, pero pintas de otro modo, lo sé. Haces *disegno*... Vi tu *Adoración*, en San Francesco. Tienes que proseguir.

Elías no respondió. Con los ojos en el cuadro, estaba sumido en la admiración. A través de la figura del dux, el maestro había pintado toda la condición humana, en toda su fragilidad, con la esperanza de poder superar la necesidad, algún día, mañana o más tarde, no importa, pero algún día. Todo era tan profundamente humano en aquella mirada de hombre enfermo que luchaba para mantener su dignidad, en aquellas manos, una de las cuales habría podido pertenecer a un violista y la otra a un mozo de cuerda, que recordaban que el hombre era forzosamente inaprensible.

El maestro sabía describir como nadie las pasiones y las emociones. No las apaciguaba. Las exacerbaba. Era la pintura de las pasiones hecha por un hombre capaz de dominarlas. La pintura de un hombre sin defectos. Fuerte y seguro de sí mismo. El maestro era una fortaleza.

Elías buscaba otra cosa. Una pintura que acogiera y tranquilizara.

Cerró los ojos e hizo un cálculo. Hacía veinticuatro años que se había producido el encuentro en Biri Grande. Ahora, tenía para las cofradías cuatro encargos en curso, todos de muy grandes dimensiones. Y le había correspondido un taller en la Giudecca, donde empleaba a catorce personas. De

las cuatro telas, la principal era una *Entrada de Cristo en Jerusalem*, destinada a la sala del consejo de San Rocco. Había pedido un azul «huevo de tordo» para la toga de Cristo y estaba impaciente para comprobar su plasmación. Al día siguiente acudiría a la Giudecca y lo aprovecharía para adelantar el esbozo de una *Crucifixión*. El contrato estipulaba que la tela debía tener, por lo menos, treinta y cinco personajes además de los crucificados, así como cuatro caballos y un paisaje rico en árboles y ruinas. El tercer cuadro, una *Huida a Egipto*, encargado por la Scuola Grande di San Teodoro, y el cuarto, *Transporte de Cristo*, destinado a Santa Maria della Carità, estaban prácticamente terminados.

Los trabajos destinados a las Scuole apenas le proporcionaban lo necesario para cubrir gastos, dado lo que era necesario gastar en colores, telas y pinceles. Pero rechazar esos encargos era dejar el lugar a otros pintores. Las reputaciones se establecían en las Scuole. Éstas eran conscientes de ello y lo aprovechaban pagando poco.

Hizo luego la cuenta de las obras sacras que tenía en curso y llegó a la cifra de veintidós. Todas se realizaban en el taller de San Polo. Dejaban más dinero, entre cuarenta y sesenta ducados por una composición de dimensiones medianas.

El taller del río San Cassiano, el primero que había abierto, ejecutaba los encargos de los privados. Eran en su mayoría ricos recientes que querían un retrato suyo o una halagadora alegoría, con los rasgos de ese o aquel santo. Elías sacó la cuenta. El taller trabajaba en cincuenta y seis retratos y nueve alegorías. Los privados eran quienes más desembolsaban.

Entre las Scuole, las iglesias y los privados, tenía en curso noventa y una telas, cuatro de las cuales ocupaban por sí solas a catorce personas... Nadie en Venecia pintaba tanto. Ni el maestro, ni el Veronese, ni el Tintoretto, ni los Bassano o los Palma. Su éxito sobrepasaba el entendimiento. Y en todas partes se hablaba sólo del talento de aquel hombre de corta talla que procedía de Constantinopla y pintaba de modo divino.

—Somos felices, ¿no es cierto? —preguntó Stefania.

Se sentía inquieta.

—Claro que somos felices.

La miró. Habían hecho muy poco el amor, siempre a toda prisa, ella con la vergüenza de su cuerpo y él con la preocupación de ocultar su circuncisión. Ahora, ya no lo hacían. Pero se amaban profundamente.

—Giovanna parecía contenta —dijo Stefania.

Él no respondió. ¿Para qué? Su hermana la despreciaba.

—Cuneo me ha dicho que ibas a pintar la más hermosa *Cena* de toda Venecia.

Tres semanas antes, Cuneo le había visitado en San Cassiano. Cuando iba a marcharse, había añadido:

—Quiero que en Venecia sólo se hable de ella.

Elías había ido a buscar una *Virgen con el Niño* y se la había regalado.

—Le gustó mucho el cuadro que le diste —añadió Stefania.

Habló sin levantar los ojos.

Él permaneció silencioso.

—¿La Madonna, es la tal Rachel?

—Es ella —respondió con dulzura—. Posa muy bien.

Stefania abrió la boca, vaciló y, finalmente, no dijo nada. Pero, tras unos segundos, no aguantó más y soltó con voz tensa:

—¿Posa ella para tu *Deploración*?

—No te preocupes —dijo él con dulzura—. Todo va bien.

Hubo un nuevo silencio.

Él la observó. Con los años, su rostro había adquirido cierta redondez y era como si fuera menos fea.

3

—¿Nos haréis el honor de una visita en Sant'Antonio?

Gandolfi acababa de abandonar Cà Ronchi y, por el modo como Cuneo apareció ante él, comprendió que le acechaba.

Cuneo había apoyado su invitación con una sonrisa servicial. Puesto que Gandolfi permanecía silencioso, añadió con una pizca de nerviosismo en la voz:

—Nuestro amigo el Turquetto la ha embellecido ya en más de un lugar. Su *Adán y Eva expulsados del paraíso terrenal* es una maravilla.

Gandolfi respondió que le visitaría con gusto, aunque lo hizo en un tono reservado, y Cuneo se despidió muy deprimida, consciente de que había halagado en exceso.

Un crápula, se dijo Gandolfi.

Aquel hombre le repugnaba. No le gustaba la gente con quien trataba y su modo de lucir sus éxitos. Por lo que se refiere a su Scuola Grande, se había vuelto arrogante hasta el punto de resultar insoportable.

Pero el muy bribón había comprendido lo que debía ofrecer a los ricos: un modo fácil de mostrarse cristiano. Fácil y visible... En Venecia, la gente se fijaba en los de

Sant'Antonio. En las procesiones, en la acogida de indigentes, en los grandes funerales sólo se les veía a ellos. En las últimas Pascuas, su cortejo era dos veces mayor que el de San Giovanni Evangelista, tres veces que el de la Misericordia... Los *fadigenti* de Sant'Antonio, que tenían a su cargo las más duras tareas, que lavaban los cuerpos de los muertos o llevaban las imágenes y las reliquias en las procesiones, incluso éstos eran más a menudo ricos que pobres. Cuneo era hábil...

A pesar de todo, su vanidad le perderá, se dijo Gandolfi. No verá llegar el golpe.

Rachel se acercó al espejo colgado cerca de la puerta, se puso de tres cuartos y se observó con atención. No sólo era bonita. ¡Tenía distinción! ¡Habría podido pasar por una aristócrata! Su único problema eran las mejillas... Dos sacos de grasa, ieso era lo que tenía en el rostro! Además, a fuerza de ponerse carmín en los pómulos, había irritado la piel... Por lo demás, nada debía cambiar. Sus ojos, de un verde muy denso, ascendían hacia las sienes, y aquello daba a su rostro una especie de airecillo diabólico que le gustaba mucho. Su boca era perfecta. Bien dibujada... Muy roja... ¡Per-fec-ta! Su nariz era delgada. Aguileña, pero con distinción. Por lo demás, ino sólo las judías tenían una nariz aguileña! ¡Muchas cristianas tenían la nariz aguileña! ¡Y no todas eran tan finas como la suya!

Salvo que las cristianas de nariz aguileña no tenían que encasquetarse un gorro amarillo...

Lo había probado cien veces, en la esquina de una calle o en el recodo de un canal, cuando nadie la veía. Se quitaba el gorro muy deprisa, lo escondía en un bolsillo, reanudaba su camino como si nada y, de pronto, la gente la miraba de otro modo.

Llevar el gorro amarillo era andar en plena calle con un

escupitajo en pleno rostro. Gran escupitajo, que no tenían derecho a limpiar. Ese escupitajo no escapaba a nadie. No había ni un solo viandante que no le echara una ojeada. Luego, muy deprisa, miraba hacia otra parte, como si posar los ojos en el escupitajo fuera ya ensuciarse.

Se puso de frente, movió las cejas con unos breves movimientos provocadores y dejó que flotara una sonrisa afectada.

Luego su sonrisa desapareció. Se encogió de hombros, se encasquetó el gorro tanto como pudo y salió de su habitación.

Nada del ghetto le gustaba. Ni su vida monótona, ni la obediencia que las mujeres debían ni, claro está, las tareas duras y sin brillo que les correspondían. Pensaba poco en sus padres. Habían muerto cuando ella tenía siete años y el recuerdo de sus rostros se había esfumado por completo. Había crecido en una especie de pensión organizada por los vecinos, algunas habitaciones a las que cada cual llevaba algo para alimentar y vestir a los niños que se habían quedado huérfanos, tras el paso de la peste. Esta especie de exilio en el exilio la había hecho solitaria, y descarada incluso. Se decía que su madre habría deseado, sin duda, verla casada, pero resultaba que había muerto y, a fin de cuentas, a nadie apenaba que trabajase como modelo. Yendo a ganarse la vida en casa de los cristianos, se ponía al margen de los suyos, bien lo veía. Pero se adaptaba a los silencios despectivos y aceptaba, de antemano, la suerte que le aguardaría cuando fuera demasiado vieja para posar. No tendría más salida que trabajar como sierva para una de las familias del ghetto. Pero, entre tanto, vivía una vida de verdad, en la efervescencia de los talleres, en medio de los cuadros y los olores a pintura.

Había comenzado a posar cuando tenía quince años, en casa de los Bassano. Cierta día, por indicación de uno de los *garzoni*⁴⁴, se había presentado en casa del Turquetto, en el taller de San Polo:

—Se dice que buscáis un modelo para una Virgen con el Niño.

—¿Sabes posar? —le había preguntado el jefe de taller.

—Trabajo desde hace dos años para maese Bassano.

—¿Cuál es tu nombre?

Ella había bajado los ojos.

—Rachel.

—¿Y el de tu familia?

—Albuquerque.

—¿Hablas español?

Había dejado brotar un sí inaudible.

El gorro amarillo sobresalía de su bolsillo. Pero era perliroja, magnífica, una verdadera veneciana. El jefe de taller la había llevado al *studio* de Elías.

Era la primera vez que una judía se presentaba a él como modelo. Y sentía cierta molestia. Observó en silencio a la muchacha, se puso a buscarle defectos y debió reconocer que, salvo por las mejillas algo rotundas y una nariz levemente aguileña, era espléndida.

La contrató.

—Gracias, maestro —había murmurado Rachel, con los ojos gachos.

Y había añadido:

—Debo regresar antes de que anochezca.

44. Aprendices.

Él había cerrado los párpados en señal de asentimiento. Conocía las reglas del ghetto. Aunque durante cuarenta y tres años hubiera huido de los judíos.

No había querido hablarles, ni rozarles. Sobre todo, no había querido escucharles. Cuando algunas briznas de castellano llegaban a él, se tapaba los oídos y apresuraba el paso. Cada palabra le hacía sufrir.

La presencia de Rachel lo devolvía a Constantinopla. A las disputas con Arsinée. A la imagen de su padre orinando. A las callejas de Balat, por las que bajaba hasta el frente marino para ir a dibujar en la taberna. Recuperaba esos recuerdos con asombro y, al hilo de las sesiones de posado, su infancia le parecía más armoniosa de lo que había sido realmente.

Un día, después de la sesión, le susurró a Rachel:

—¡Ven a ver!

La superficie de la tela había sido alisada con *gesso sottile*⁴⁵, y los más ínfimos detalles brotaban del cuadro. El encaje del velo, trabajado con la punta del pincel, parecía más ligero que al natural. La caída del drapeado y el plasmado de las manos eran pura maravilla. La mirada de la Virgen tenía una infinita dulzura.

Los ojos de Rachel se humedecieron. Se volvió hacia Elías, le tomó la mano y la besó:

—Gracias, desde lo más hondo del corazón.

Había dicho esas palabras en español y, de pronto, el temor de verse descubierta le había procurado una extraña sensación, hecha de angustia y alivio.

Unos días más tarde, cuando Rachel miraba el cuadro,

45. Yeso fino.

había soltado en castellano, con aire ausente: «*Esto es muy hermoso.*»

—Mi Virgen es bella gracias a ti —había respondido Elías también en castellano.

Ella había lanzado un grito.

—*¿Sois de los nuestros?*

De nuevo tenía lágrimas en los ojos.

Él había tomado su rostro entre las manos y la había besado, sin dulzura.

Cuando la había penetrado de un solo golpe, ella había esbozado un movimiento de retirada.

Después del amor, él le había preguntado:

—*¿La primera vez?*

Ella había vuelto la cabeza.

A vuelo de pájaro, el taller de San Cassiano no estaba lejos del ghetto. Pero, para llegar a él, era preciso rodear Cannaregio, cruzar el Rialto y remontar el río San Cassiano hasta la calle dei Morti. Aquello requería más de veinte minutos y, cada día, Rachel hacía el trayecto con una creciente emoción, a medida que iba acercándose al taller.

Le gustaba que Elías le hiciera el amor. Siempre sin florituras. La penetraba y ella se agarraba, con todas sus fuerzas, a su cuerpo fornido, como si fuera a salvarla de una desgracia.

Cuando estuvo a pocos pasos de San Cassiano, se detuvo bajo una puerta cochera y se aseguró de que nadie la viera. Luego se quitó el gorro, se lo metió en el bolsillo e hizo el resto del trayecto con la cabeza desnuda.

—¡Te sienta bien! —dijo Teresina—. ¡Te lo aseguro!

—¡Pero mírame! —protestó Stefania, dispuesta a deshacerse en lágrimas—. ¡Parezco un gallo desplumado!

Su gobernanta había procurado poner de relieve su pelo o, más bien, enmascarar su escasez. Había llevado algunos magros mechones hacia lo alto del cráneo, en una especie de moñito ensortijado, y el resultado era grotesco.

—¡Te aseguro que te sienta bien! —prosiguió Teresina en tono severo.

«Tu hija tendrá siempre necesidad de que se ocupen de ella», le había dicho el médico a Ronchi cuando Stefania tenía dos años. Era preciso darle masaje en la pierna corta. «Lo mejor, había añadido el médico dirigiéndose a Teresina, es que le des masaje en las dos piernas. Y, ya puestos a ello, hazlo por todas partes, eso no le hará mal alguno.» La costumbre se había instalado y Teresina había ocupado un lugar esencial en la vida de Stefania.

Una decena de años antes, cierto día en que le había dado un largo masaje, Stefania se había sumido en el sopor. Sin comprender bien lo que pasaba por su cabeza, le había susurrado a Teresina:

—¿Me das un masaje en lo que debe lavarse más?

—¿Por delante o por detrás? —había preguntado su gobernanta tras un silencio.

Stefania no había respondido.

Desde entonces, cuando ella decía: «Dame un buen masaje», Teresina procuraba a su dueña uno de sus escasos placeres.

Aquella mañana, sin embargo, Stefania no quería masaje. Tenía que hablar con su hija y la perspectiva la angustiaba. Su hija la despreciaba, lo sabía muy bien y, además estaba Achille, su yerno, que le daba miedo. Y ahora esa judía a quien el marido pintaba sin cesar...

Así llamaba a Elías. El marido. No mi marido. No se sentía autorizada a hablar de un hombre como Elías diciendo: mi.

Ella habría querido preguntarle: «Es una modelo como otra, ¿no es cierto? No es una modelo especial». Pero bastaba con que ella dijera dos palabras al marido, sobre cualquier cosa, para que le faltara el aliento.

Debía hablar de esa joven judía con su hija. Esto le creaba una espantosa angustia, pero era preciso que hablara de ello. De lo contrario, acabarían como los Boccadoro...

Buscó con la mirada a Teresina:

—Hoy va a ser difícil, ¿verdad? ¿Necesitaré valor?

—Todo irá bien —dijo Teresina—. A fin de cuentas es tu hija.

Había oído con frecuencia estas palabras... Era tonta, pero se daba cuenta de algunas cosas...

Salieron de Cà Ronchi por la puerta trasera. Leonora vivía en un *palazzetto* que su abuelo había hecho edificar

en el patio, para exponer allí los cuadros que la casa no podía ya contener. Y, luego, lo había transformado en residencia.

Con los ojos en el suelo, Stefania se lanzó:

—¿Cuneo le ha hablado a tu marido de una *Cena*?

—Han convocado a papá para confirmarle el encargo. Será el miércoles.

Stefania inclinó la cabeza, tomó aire, vaciló, espiró y luego, por fin, se atrevió:

—Hablando de Cuneo...

Espiró de nuevo, tragó y añadió:

—Tu padre le dio una *Virgen con el Niño*...

Leonora se encogió de hombros. Su padre ofrecía a menudo telas a sus comanditarios...

Su madre permaneció silenciosa.

—¿Bueno? ¿Qué iba mal en esta tela?

—Es difícil decirlo.... —dijo Stefania.

—¡Habla de una vez!

—¡Sé amable con tu madre! —intervino Teresina.

—Es la misma joven que está en todas las Vírgenes con Niño. Una rubia de ojos verdes...

—¿Y?

Su madre la aburría. ¡Y que ocurrencia hacer que la peinaran de un modo tan ridículo!

—¡Bueno! —prosiguió Leonora.

—Se llama Rachel. Ya sabes, como con los Boccadoro...

—¿El que fue enviado a galeras? ¿Qué tiene que ver?

Stefania no sabía ya qué decir.

—No te llamas Rachel si no eres judía, ¿no te parece?
—dijo Teresina.

Leonora se puso blanca.

Si su padre mantenía una relación con una judía y la cosa se sabía, sería llevado ante el tribunal del Santo Oficio... La familia tendría que abandonar Venecia en plena humillación... Achille perdería todas sus funciones...

—Naturalmente, tu padre ve a muchos modelos en sus talleres...

—He comprendido —dijo Leonora.

Miró a su madre sin ternura. Nadie retiene a un marido con un tocado tan ridículo. Sobre todo cuando no se tiene más ingenio que una gallina.

—Hablaré de ello con Achille —prosiguió Leonora—. Y esta misma noche, ¡créeme!

—Treinta y siete votos para el Turquetto.

La cofradía contaba con dieciocho gobernadores. Más los seis que representaban al gobierno. Más el vicario, un secretario, dos síndicos y doce decanos.

Sin olvidar a Cuneo, su gran maestro. En total, cuarenta y un votantes. La reunión del segundo domingo de agosto era la más importante del año, nadie o casi habría faltado. Treinta y siete votos, se dijo Elías, es un plebiscito.

—Mis felicitaciones —dijo Cuneo—. Pero de todos modos ha sido necesario defenderte...

Estaba sentado en el centro de la larga mesa del consejo, en el salón del primer piso. El secretario, los dos síndicos y los doce decanos estaban sentados del mismo lado que él. Elías se mantenía ante ellos, de pie.

Uno de los decanos susurró:

—Treinta y siete votos de cuarenta y uno, es casi demasiado...

Se escucharon algunas risitas.

—En Venecia, si no tienes enemigos no eres nada —dijo el vicario sonriendo a Elías.

Cuneo lanzó una ojeada a la hoja que tenía ante él:

—Así pues... Decisión de embellecer el gran refectorio de nuestra cofradía con una Santa Cena... Se encarga a Ilias Troyanos, llamado el Turquetto. Precio fijado en doscientos cincuenta ducados, de ellos cincuenta pagados a la firma, para la compra de colores de excelente calidad, telas, pinceles, yesos finos y demás materiales, todos de primera clase. La obra se distinguirá por su inspiración espiritual tanto como por la calidad de su ejecución.

Se interrumpió y miró a Elías:

—Sea cuál sea tu impaciencia por aceptar el encargo, Turquetto, debemos leerte primero los elementos del contrato. Escúchalo. Te toca, vicario.

—En 1550 —prosiguió el vicario con énfasis—, Venecia reacciona por fin. Debiera decir: algunos ciudadanos de Venecia reaccionaron ante los excesos de la Reforma y sus perversiones. ¡Algunos! Entre los que Venecia tuvo la suerte de contar con un ciudadano llamado Filippo Cuneo —se volvió hacia Cuneo, inclinó la cabeza y prosiguió—: Un hombre que, a pesar de su juventud, ayudó a la ciudad a recuperar sus valores. Y el Consejo de los Diez concedió a una muy joven cofradía el rango de Scuola Grande porque vio en ello, efectivamente, una necesidad. Y, desde hace dos años, las demás cofradías ven como sus miembros las abandonan en favor de Sant'Antonio porque encarnamos la salvación de una ciudad que se pierde (su voz se hinchó) en los placeres profanos. ¿Pues qué ven los venecianos en todas partes donde posan su mirada? Por las calles, cortesanas que a miles exponen sus carnes. Una Iglesia despreciada, burlada. Ven obras sacras que sólo muestran muslos y pechos, ofrecidos sin recato.

El vicario se detuvo, miró a Elías y prosiguió en un tono más sobrio.

—Hemos tenido que llamar en nuestro socorro a san Antonio. Para que nos ayude a recuperar lo más valioso que hemos perdido: el pensamiento de Cristo.

El vicario miró a Elías:

—Cuando nuestro gran maestro, que no tenía todavía veintiocho años de edad, compró el terreno del campo Santo Stefano para edificar allí nuestra cofradía, todos en Venecia comprendieron que, un día, iba a ser uno de sus grandes. El día ha llegado.

Cuneo dejó que el vicario prosiguiera. Ya le llegaría, dentro de algunos minutos, la hora de hacerse el modesto.

La construcción de la Scuola no había durado ni cuatro años, prosiguió el vicario, y esa era una hazaña debida al talento de un solo hombre. Cuneo iba cada día a la obra, para espolear a unos y a otros, para descubrir una pared mal enlucida, una cal mal enjugada o una piedra escodada a toda prisa. Y cuando el trabajo tenía que rehacerse, sabía ordenarlo. En conclusión, Cuneo había realizado un milagro.

—Gracias, mi querido vicario, gracias —intervino Cuneo—. Eres demasiado indulgente. Dile al Turquetto las condiciones del contrato.

El vicario prosiguió:

—Tendrás que entregar tu obra puesta en bastidor y enmarcada con dorado sobre madera el 12 de junio del año siguiente al próximo, la víspera de la fiesta de nuestro santo. Cubrirá de punta a cabo y de una sola pieza el gran

muro del refectorio, con una longitud de veintiséis brazas⁴⁶ y cuarto, y una altura de cinco brazas y tres cuartos, marco incluido.

Elías sabía que, en Venecia, ninguna de las Cenas se aproximaba a estas dimensiones. Estaba, en efecto, la del Veronese, pero no era realmente una Cena. El pintor había representado en ella a cachorros y alabarderos, y el tribunal del Santo Oficio había exigido que la tela fuera modificada. Finalmente, el Veronese se había salido de aquella con una pirueta. El cuadro se llamaba ahora *La comida en casa de Levi*. Salvo ésta, la mayor Cena era la que el maestro había pintado para la iglesia de San Juan y San Pablo. Pero medía menos de la cuarta parte de la que le encargaban.

—Sólo mostrarás a Cristo y los doce apóstoles —continuó el vicario—. Excluirás cualquier personaje cuyo propósito fuera sólo divertir. No pintarás revoloteos estéticos. Tu obra tendrá que alcanzar la más profunda espiritualidad, de acuerdo con el regreso a las raíces de nuestra Santa Iglesia. Nuestra cofradía es la más joven, es preciso pues que sea la más fiel al pensamiento de nuestros Padres. Finalmente —añadió el vicario—, he aquí otras dos visiones que te encargarás de llevar a cabo. Tu obra hablará de la gloria de Venecia y superará en belleza todas las Cenas que se han pintado hasta hoy.

Cuneo interrumpió al vicario con un ademán:

—Para decirlo todo, Turquetto, es preciso que toda Venecia nos admire. Pero no es preciso que nos envidie demasiado (rio). Digamos que de tu obra tendrá que emanar

46. Es decir, una superficie de unos 70 metros cuadrados.

una emoción cristiana tan fuerte que la fe derribe la envidia...

—Bravo —dijeron unas voces.

—San Rocco nos maldecirá, seguro —susurró uno de los decanos—. Pero, a fin de cuentas...

—Venecia se ha transformado en lupanar —dijo otro—, alguien debe reaccionar.

Cuneo inclinó la cabeza:

—Turquetto, no olvides *La comida en casa de Levi*... Hónranos y honrarás tu nombre. Que tu *Cena* proclame el verdadero cristianismo y cante la gloria de nuestra ciudad.

Se interrumpió, lanzó una ojeada a un lado y otro de la mesa, luego preguntó con voz fuerte:

—¿Turquetto, aceptas esa tarea?

—La acepto, *guardian grande* —dijo Elías—. Con gratitud.

—¡Cálmate, gatita! —dijo Teresina.

Sentada en su bañera, Stefania no dejaba de llorar. Achille mandaría al marido a galeras, estaba segura de ello. ¿Por qué le había hablado a su hija? Y, sobre todo, ¿por qué el buen Dios no le había concedido un cerebro de verdad, como a todo el mundo? Por su culpa, el marido acabaría su vida remando día y noche.

Teresina la enjabonaba y le hablaba como cuando era pequeña y acababa de descubrir un ratón o una rata. Como todas las casas de Venecia, Cà Ronchi estaba infestada de roedores y a Stefania le daban mucho miedo. Teresina le decía entonces que era una gatita y que los ratones y las ratas eran los que debía tener miedo de ella.

—¡Todo irá bien, gatita mía! Y has hecho muy bien hablando con tu hija. ¡Levanta los brazos!

Stefania no se movió.

—¡Deja ya de sollozar! —continuó Teresina—. ¡Y levanta los brazos!

Stefania obedeció.

—¡Muy bien! ¿Y ahora? ¿Qué vamos a encontrar?

Teresina la miró sonriendo, levantando las cejas como si le preparase una sorpresa:

—¿Y a dónde va ese ratoncito que se ha disfrazado de jabón? Va aquí y aquí y aquí y aquí...

Era su ritual. Teresina puntuaba sus palabras con pequeños movimientos del jabón que hacía resbalar por las axilas de Stefania, y ésta, sacudida por las cosquillas, reía, gritaba, bajaba un brazo, levantaba el otro, y así sucesivamente. Teresina volvía a empezar, el agua brotaba a grandes salpicaduras de la bañera, ambas mujeres se reían tanto que no conseguían ya hablar, y el juego proseguía hasta que quedaban sin aliento.

Cuando se calmaron, Teresina agarró la pierna corta, la sacó del agua y, con los dos pulgares, masajeó la planta del pie, largo rato y con vigor. Tras ello, subió por la pantorrilla, muy flaca y apenas perceptible sobre el hueso, luego a lo largo del muslo. Era un muslo extraño, fino sobre la rodilla, pero muy grueso en la ingle. Teresina lo lavó con cuidado, lo devolvió al agua y empezó de nuevo con la pierna normal.

—¿Me lavarás por detrás? —preguntó Stefania.

—Claro que te lavaré.

—¿Y por delante?

—Por todas partes, gatita mía. Incorpórate.

Teresina le enjabonó el vientre, luego la entrepierna y el trasero, mientras Stefania lanzaba pequeños gruñidos de placer. La enjuagó con mucha agua, por medio de una jofaina que vació sobre Stefania lanzando un «¡cuidado, cascada!». Stefania soltó pequeños gritos guturales, Teresina la enjabonó una vez más, limpió con el dedo cada pliegue íntimo y, de nuevo, la enjuagó:

—¡Bueno, ya estás limpia!
—¿Y arriba? —preguntó Stefania—. ¿No te olvidas de arriba?
Teresina hizo girar a Stefania y la enjabonó desde los
hombros hasta por encima de los riñones.
—Vuélvete, gatita.
Stefania sonrió. Era el momento que más aguardaba.
Teresina extendió la espuma sobre su pecho y Stefania
empezó a canturrear:

*Xe la storia d'un gran gatto
Che'l ga magnà un bel sorzeto*

Es la historia de un gran gato
Que se comió una buena rata
Y que se puso tan gordo
Que lo tomaron por un ternerito

Stefania cantaba el estribillo y Teresina seguía el ritmo
pellizcándole los pezones y riéndose.

—Ahora siéntate.

—¡Otra vez! ¡Por favor! —imploró Stefania con los ojos
ardiendo.

Permaneció de pie y repitió la cancioncilla. Teresina ce-
dió a su capricho, luego la miró con aire falsamente severo:

—¿Ves qué mojada estoy? Vamos, ¡siéntate!

Estaba empapada, humedecida a la vez por el agua de la
bañera, por el vapor que llenaba la estancia y su transpira-
ción.

—Mmmmmmm. Ahora hueles mal tú —dijo Stefania en
tono alegre.

—¡Pues sí! Tu Teresina debe lavarse también, ahora que tú estás guapa y limpia. Vamos, ¡siéntate!

—Así las dos iremos a dormir oliendo bien.

—¡Eso es! —dijo Teresina—. Vamos, ¡siéntate!

Stefania soltó una risita, se sentó y, de pronto, rompió de nuevo a llorar.

—¡Va a denunciarle! ¡Sé que va a denunciarle!

—¡Achille tiene mil cosas en la cabeza! ¿Crees que va a preocuparse por una pequeña judía del tres al cuarto?

—¿No va a morir el marido?

—¡Claro que no! —dijo Teresina—. ¡Olvida todo eso! Y levántate para que te seque.

8

Cierto día, después del amor, Rachel le preguntó, con aire turbado:

—¿Cuándo fue, para ti?

—¿Qué?

—La primera vez.

Él le besó el seno izquierdo, primero en un lado, luego en la areola:

—Si quieres saberlo todo...

—Lo quiero —dijo Rachel.

Durante cuarenta y tres años no se había abierto a nadie. Ni de Balat, de Arsinée o de Djelal, ni del Han. Nunca había evocado la muerte de su padre. Ni una vez, ni una sola vez, se había reído de buena gana, abandonándose, sin pensar en enmascarar una emoción, sin temer que se le escapara una palabra o un nombre que habría podido traicionarle. Siempre había hecho el amor de modo furtivo, en la oscuridad. No se había desnudado ante ninguna mujer. Había vivido sin poder jamás abandonarse.

Entonces contó acerca de los pechos de Arsinée.

Ella rompió a sollozar, se sobrepuso y, muy pronto, quiso hacer de nuevo el amor, en seguida.

Luego, él le contó lo demás. Las georgianas y el desván con el suelo agujereado, los pasillos del primer piso y las salas de la planta baja donde se vendían hombres. Le habló de Djelal Baba y de cómo le había enseñado a confeccionar una tinta antes de saber hacer un color, cómo había trazado una voluta con el cálamo antes incluso de haber tocado un pincel. Le describió a Zeytine Mehmet que sabía todo lo que ocurría en el Bazar y adivinaba lo demás. Le contó que su madre le había llamado *kütchük fâré muy lindo*, bonita ratita y que, después, había muerto. Le habló de su padre y de lo que debía hacer para ganarse la vida, de cuando le había visto morir y que había huido, a medias para salvar la piel y a medias porque no podía más, de todas las cosas que le prohibían. Y que, de lo contrario, habría entrado en un convento.

Rachel le dijo en la lengua de su madre palabras que él no había oído nunca, *Mi corazón es vuestro*, o también *Os es mi vida* o también *Os amo más que a mi vida*.

Cuando dejó de hablar, él se apartó de ella y posó la palma de la mano en su bajo vientre. Estaba todavía cálido y era suave, y se dijo que en ella todo era siempre cálido y suave. Sus muslos, sus brazos, sus piernas, sus pechos, sus mejillas, todo. Siempre.

Filippo Cuneo bajó los peldaños de Sant'Antonio, cerró los ojos, venteó el aire y sonrió. Era en efecto el olor de Venecia lo que respiraba. Una mixtura de pescado podrido, deyecciones y efluvios marinos. Espiró lentamente, inspiró de nuevo, con los ojos cerrados aún, y creyó descubrir, además del resto, cierto olor a esperma.

La ciudad se sumía en placeres fétidos. Necesitaba a alguien que la despertara. Que le devolviera el gusto por la exigencia y la devolviera al camino de la verdadera grandeza.

Naturalmente, si él hubiera nacido en una de las familias... Con su sentido de la maniobra, habría podido cambiar las cosas. Pero he aquí que era un plebeyo... He incluso menos que eso. Un niño abandonado... La vida pública le estaba prohibida, salvo por lo que se refería a la caridad. Y entonces proseguía ese camino, con la feroz decisión de quienes intentan tomarse sobre la suerte una revancha absoluta.

Había sido educado en orfelinato y nada sabía de sus padres. «Mañana irás con los hermanos», le habían dicho un día. Así, a los nueve años, se había encontrado entre los dominicos.

Los pequeños seminaristas tenían doce, por lo menos, cuando eran colocados, y muchos trece o catorce, y sospechó que habría algún motivo para que le metieran tan joven en el convento.

Se enteró poco tiempo después de su llegada, una mañana, en el pasillo que llevaba a las celdas de los hermanos. Por una puerta que permanecía entreabierta le llegaron los retazos de una discusión. «¿Es tuyo el nuevo pequeño?», había preguntado una voz. La respuesta había llegado antes de que Filippo tuviera tiempo de huir. Fue un «¡he!» pronunciado a la veneciana, un modo de decir: «¿Qué quieres?, ¡Sí!».

¿Quién había dicho aquel «he»? No había querido saberlo.

Según la tradición, cada pequeño seminarista era confiado a uno de los hermanos del que se convertía en protegido hasta el día de sus votos. Anselmo, el superior, había confiado Filippo a Amalrico, por irrisión más que por amabilidad. El niño era corto de talla y flacucho. Tenía cara de zorro, una nariz estrecha y muy larga, y su rostro estaba picado de viruela. Amalrico era enfermizamente tímido, bajo y flaco también. Sentía inclinación por el estudio y le habría gustado permanecer solo en la celda. Pero a los veintidós años, y con su carácter, era incapaz de oponerse a una decisión del superior. Entonces instaló a Filippo en su celda, como era regla para los hermanos que estaban a cargo de un seminarista.

Muy pronto, la inteligencia del muchacho le impresionó. Le enseñó el latín erudito, el griego y la filosofía con un constante placer. A Filippo le gustaba todo, lo comprendía todo. Le complacía la vida del convento. La plegaria y el

estudio creaban una atmósfera tranquilizadora. Todo estaba ordenado.

A la edad de diez años, se sabía de memoria el primer canto de la *Eneida*, setecientos versos latinos que recitaba con naturalidad. Le llamaban al refectorio cuando el superior recibía a visitantes que era preciso honrar.

Y además estaba Amalrico, y Filippo pasó junto a él cinco años de felicidad, los únicos de toda su vida en los que recibió verdadera ternura.

Hijo de un sastre, Amalrico había nacido en Treviso. Su padre había muerto cuando él tenía seis meses y su madre le había dejado con una de sus hermanas que era viuda. Cuando ésta murió, lo habían llevado con los hermanos. Filippo no le había confiado en seguida la conversación que había oído poco después de su llegada al convento. Se lo había impedido el miedo, el de perder la amistad de Amalrico, pero también el de saber de quién era hijo, de quedar decepcionado e, incluso, humillado al descubrir que aquel que le había concebido era vulgar e inculto, como la mayoría de los hermanos del convento.

Pero había acabado contándolo. «¿Quieres dormir a mi lado?» le había preguntado Amalrico aquella noche. Filippo se le había reunido en la cama y ambos muchachos habían pasado la noche abrazados el uno al otro, incrédulos ante la felicidad que les procuraba semejante intimidad.

Se convirtió en un hábito. Filippo tomó conciencia de las erecciones de Amalrico y descubrió que podía aliviarlas procurando a su amigo un inmenso placer. Éste demostraba agradecimiento, con delicados gestos y palabras muy dulces que Filippo no había escuchado jamás.

Con el transcurso del tiempo, las relaciones entre ambos muchachos se hicieron más fuertes. Filippo se hizo púber y, durante lo que iba a ser el último año de su compañerismo, ambos muchachos se amaron sin reserva.

Cierto domingo, la casualidad puso en el camino de Filippo a un tal Guido Cuneo, antiguo seminarista del convento y, ahora, mercader de paños, que de vez en cuando iba a compartir una comida con los hermanos. Filippo había recitado a Virgilio en el refectorio y el hombre había captado el partido que podría sacar de aquel niño, exhibiéndolo en sus salones. Pidió hablar con el superior y, en los siguientes días, encargó al taller de los Palma varias telas, entre ellas un gran retablo, y afirmó a quien quisiera oírle que los destinaba al convento. Tres meses más tarde, obtuvo de Anselmo el derecho de adoptar al niño.

Por la tarde de aquel mismo día, Amalrico fue informado por el superior de que Filippo iba a marcharse «para la gran mejora de su vida». Amalrico tuvo derecho a comunicarle la noticia y a permanecer con él el resto de la tarde. «No volveremos a vernos», había dicho Amalrico. «Vendré a visitarte, había respondido Filippo, muy a menudo».

Abandonó el convento aquel mismo anochecer. Cuando regresó tres meses más tarde, le dijeron que Amalrico era ahora hermano de un convento en Emilia.

Guido Cuneo se mostró como un padre atento. Enseñó a Filippo las artes de la casa y el buen funcionamiento de los negocios. Le inculcó también la afición a la abundancia de dinero.

Ocho años después de haberlo adoptado (Filippo tenía entonces veintidós años) Guido Cuneo murió brutalmente.

Filippo se encontró solo y rico. Muy pronto, le complacieron los astutos montajes para desarrollar su comercio. En los dos años siguientes a la muerte de su padre adoptivo, abrió factorías en Damasco, Constantinopla y Famagusta. Al oeste, creó sucursales en Lyon, Brujas y Rotterdam. Se descubrió bien dotado para la astucia tanto como lo estaba para el estudio y, de rico, se volvió riquísimo.

Pero Venecia sólo veía en él a un advenedizo, y comprendió que nada, nunca, podría convertirle en un hombre importante tanto como la construcción de una cofradía. La financiación de una Scuola Grande exigía, por lo menos, doce mil ducados, tal vez quince incluso, pero tenía esos medios y, además, no tendría herederos, lo sabía. Entonces, compró un soberbio terreno en el campo Santo Stefano, contrató al gran Sansovino como arquitecto e hizo erigir la más hermosa de todas las cofradías. Eso fue veinticuatro años antes.

Dio algunos pasos por la *piazza* y se volvió. Esa fachada... Era su marca... Clásica, controlada, fulgurante... Sansovino la había provisto de columnatas de los tres órdenes: dórico en la planta baja, jónico en el primero y corintio en el segundo. El tímpano de cada ventana era de mármol rosado y, según el piso, tenía forma de trapecio, de arco o de triángulo. Naturalmente, San Rocco y San Giovanni Evangelista tenía también ornamentos en sus fachadas, pero éstas estaban demasiado recargadas. Sant'Antonio aliaba la grandeza con la sencillez. Precisamente la imagen que quería dar de él... Con el Turquetto, iba a dar un paso más. A la grandeza y a la sencillez, añadiría el arte. El arte inmenso... El de las grandes obras cristianas... Sonrió. Toda Vene-

cia querría formar parte de su entorno... En cuanto a las demás cofradías, iban a sufrir... Estaban sufriendo ya. Las defecciones se multiplicaban. Sobre todo en San Rocco... A decenas... ¡Era pura justicia! ¡Las grandes cofradías pagaban a sus *fadigenti*! ¡Había que ser muy bobo para mostrar tan falsa caridad! Los levantamientos de cuerpos, los entierros, los cortejos de penitentes, itodo aquello se confiaba a indigentes pagados por día! ¡Las tareas más cristianas! Esas cofradías no merecían ya el nombre de cofradía. En fin... Eran mediocres y, a fin de cuentas, mejor para él.

Pensó en la presentación de la *Cena*. La veía ya, cubierta con una tela bordada con hilos de oro... No, con hilo rojo... Era preciso evitar la ostentación. En la sala, se pondrían trescientos cubiertos, quizás trescientos cincuenta incluso... El dux, el nuncio apostólico, los del Consejo de los Diez, el patriarca-obispo, el presidente del Senado, el del Gran Consejo, el canciller, los secretarios, todos estarían ahí... Luego se produciría el descubrimiento... Y la impresión... La inmensa impresión ante la más grande y más hermosa de las Cenas...

Se le ocurrían las ideas a ráfagas. Puesto que se trataba de hacer caridad, ¡habría que invitar a algunos pobres! Resultaba evidente. Y no diez o veinte, ¡no!, ¡la mitad de los invitados!, ¡un rico, un pobre! Un prelado, un pobre. ¡A todo rico, su pobre! ¡Y que el rico le sirviera! ¡Que el prelado le sirviera! ¡Según las tradiciones de Cristo! ¡Venecia hablaría de ello semanas enteras! ¡Que formidable regreso a las raíces! Los más altos personajes le profesarían un agradecimiento infinito por haberles hecho parecer tan buenos a tan poco coste... Sí, realmente sería un día involvi-

dable... Sin mencionar la emoción que provocaría la *Cena*... El deslumbrador estilo del Turquetto... La precisión del trazo... Los fulgurantes colores... y sus personajes... interiorizados... Conmovedores... Imaginó a Cristo rodeado por los apóstoles, espléndidos, monumentales... Y se vio, entonces, como el hombre más reverenciado de Venecia.

Atrapado en el torbellino de su vanidad, se preguntó qué debía hacerse para que su victoria fuera más deslumbrante, más mordiente, y concluyó que, en el fondo, su verdadera victoria serían las envidias... Las que iba a provocar con la inauguración de la *Cena* serían violentas, y se alegraba por ello. Odiaba a esa Venecia en la que cada cual podía hacer brotar su esperma en tantas mujeres como quisiera, descarriarse, revolcarse en la orgía... Entonces, siendo muchachos, estaba prohibido amarse, so pena de la hoguera... Mientras que se hacía el amor sin amor, a escondidas y con miedo.

Esa ciudad era injusta.

Llegó al río dell'Orso y despidió a su gondolero. Remontar el Canal Grande a pie le valía la ocasión de encontrar a gente. Algunos le dirigirían una señal y agacharían sus ojos, en sumisión. No había dado diez pasos aún cuando varios viandantes le saludaron con deferencia, y no consiguió dominar su orgullo al haber sido así reconocido. Entonces les respondió de modo exagerado, y lo lamentó en seguida, pero a lo hecho pecho. Luego se dijo que aquellos viandantes habían debido de sentirse honrados por haber sido saludados así, y dirigió de nuevo sus pensamientos al Turquetto. El Turquetto era un valor seguro... Con él, al menos, no corría el peligro de encontrarse ante el tribunal, como

aquellos imbéciles de Zanipolo⁴⁷ y su maldito Veronese... ¡Pero qué idea esa de meter cachorros y alabarderos en una cena! En el fondo, el Veronese era sólo un bobalicón. Un buen pintor pero bobalicón. Dicho eso, también los monjes de Zanipolo eran unos cretinos. Por lo demás, no eran ya verdaderos monjes... Más bien jueguistas disfrazados de monjes... Y aquel tribunal que había utilizado una pirueta... Tontos también, los jueces del Santo Oficio. Y corruptos incluso. El inquisidor del tribunal era el tal Scanziani... Un dominico que debía juzgar a un pintor cuyos comanditarios eran dominicos... Una grosera fechoría... *Última Cena* se había convertido en *La comida en casa de Levi* y el Veronese había evitado tener que remar para la República... Realmente, con el Turquetto, no había podido elegir mejor. El horizonte era radiante.

De pronto, una sombra cayó sobre su placer. Ahí estaba la judía de la que Achille le había hablado.

Cinco años de galeras, a eso se arriesgaba el imbécil del Turquetto... A menos que la muchacha fuera virgen aún y, en este caso, lo dudaba. Las mujeres sólo servían para sembrar la división, y esa judía no era distinta a las demás.

Le pediría al Turquetto que no volviera a ver a la muchacha, eso resolvería la cuestión, fueran o no amantes.

Lo mejor sería que esta separación fuese una condición del contrato. Un artículo podría precisar: «En ninguno de los talleres del Turquetto podrán utilizarse los servicios de modelos de confesión judía.» Más aún: exigiría que todo el personal de los talleres fuera «de buena y declarada fe cris-

47. Contracción en veneciano de Zovanni (Juan) y Polo.

tiana». Sería más claro. El Turquetto sólo tendría que buscarse otra amante.

Se detuvo. Ahora, se sentía muy inquieto. Esa judía podía poner en peligro todo el proyecto.

Le diría al notario que incluyera la cláusula, claro. Pero eso podía no bastar. Debía asegurarse de que la muchacha no pudiera causar perjuicio alguno.

—Hemos previsto un artículo según el que todos los empleados de tu taller sean cristianos de fe plena y asumida —dijo Cuneo—. Y la cosa valdrá también para tus modelos.

—La condición, por lo general, no se precisa —intervino el notario—. Pero en tu caso...

Elías había mirado a Cuneo sin comprender.

—Tienes una muchacha que posa como modelo. Es judía. Es la de la *Virgen con el Niño*, ¿no?

Se hizo el silencio.

—Vives la vida a tu guisa, Turquetto mío. ¡Eres un artista! Pero la chica es demasiado hermosa. Demasiado tentadora... Y además, si no es esta será otra. Te arriesgas a las galeras. Te gustan las judías, de acuerdo, ¿pero qué será de nosotros, luego?

Elías recordó que Stefania le había preguntado por Rachel, la tarde del bautismo... ¿Habría hablado con Leonora? ¿Con Achille? Bueno, Turquetto, ¿qué me dices? —prosiguió Cuneo.

—Incluye la cláusula —respondió Elías—. La respetaré.

11

La separación sería sólo temporal. Le diría:

—Cuneo no quiere que yo vuelva a verte.

Ella le miraría sin comprender.

Tras un silencio, añadiría:

—Teme el proceso.

Ella le preguntaría, con aire atónico:

—¿No volveremos a vernos más?

—Durante unos meses. Después, volveremos a encontrarnos.

Ella se cubriría con una punta de la colcha. Él le diría:

—Lo pone en el contrato. Todos mis empleados y todos mis modelos deben ser cristianos. Ella apartaría la colcha con la que se habría cubierto y comenzaría a vestirse.

Él permanecería inmóvil.

Ella se pondría de cualquier modo el gorro en la cabeza.

Él le diría:

—¿Vas a traicionarme?

Ella le miraría largo rato, incrédula, y se echaría a llorar.

Luego se marcharía, sin decir palabra.

Empujaría a los viandantes y la injuriarían.

Al llegar a su habitación, permanecería de pie, sin saber

qué hacer. Luego buscaría una pluma, papel, tinta, y escribiría:

—Así estarás tranquilo.

Doblaría el papel, se lo metería en un bolsillo y saldría corriendo. En la entrada del ghetto, el guardián le lanzaría:

—Cierro dentro de veinte minutos.

Ella no respondería nada y recorrería de nuevo el trayecto que la llevaba al taller. En la puerta, uno de los aprendices le diría:

—El maestro acaba de partir.

Ella le entregaría el pliego:

—¿Se lo darás?

—Mañana lo tendrá, queda tranquila —añadiría el aprendiz.

Ella haría de nuevo el camino, dirigiéndose a su casa.

En el puente de Rialto, subiría uno a uno los peldaños, contándolos, como hacía cuando era pequeña. Treinta y siete.

Al llegar a lo alto, franquearía la balaustrada y se arrojaría al canal.

Él la esperó todo el día. A las ocho de la tarde, no había llegado aún. Preguntó a los dos aprendices que trabajaban aún. No habían visto a Rachel. Y nadie había entregado el pliego.

12

A la mañana siguiente, hacia mediodía, un policía fue a interrogarle. Una judía llamada Rachel, de la que le habían dicho que trabajaba para su taller, había sido asesinada. Los malhechores eran tres, enmascarados como en Carnaval, había dicho un comerciante que había visto la escena desde la rivera de enfrente. «Me daba la impresión de que regresaban de una noche de juerga. Cantaban hasta desgañitarse hasta que, de pronto, uno de ellos le destrozó el cráneo de un garrotazo, así. Ella no había tenido tiempo de derrumbarse cuando la arrojaron al agua. «Yo no creía lo que estaba viendo», había concluido el comerciante.

¿Tenía Elías algún indicio que pudiera ayudar a la policía en su investigación? Judía o no, era un ser humano, a fin de cuentas.



III

VENECIA

Junio de 1576





1

Cuneo examinó con mirada indiferente la dorada que su mayordomo acababa de servirle. Era una pieza espléndida, de tres libras al menos, perfectamente asada, y las huellas del hierro, claras y crujientes, marcaban la piel plateada del pescado. Durante un buen rato, Cuneo dudó antes de empezar a comer. Luego suspiró, tomó su cuchillo, cortó con gesto preciso la carne de la dorada a lo largo del flanco, separó con la punta los dos filetes y los miró. Eran magníficos, blancos y firmes. Pero los dejó intactos. No le apetecían en absoluto.

Y, además, su cabeza estaba en otra parte. Dentro de unas horas, Venecia sólo hablaría ya de la *Cena* del Turquetto y de su bienhechor, Filippo Cuneo, fundador de la Scuola Grande di Sant'Antonio, la cofradía que había devuelto a los venecianos el verdadero sentido de la caridad.

Mañana, se dijo. Mañana... Es decir en seguida, dentro de muy poco tiempo, una noche, apenas unas horas... Mañana, Venecia estaría obligada a reconocerle. A inclinarse ante él. Ante el bastardo. A aceptarlo como a uno de sus grandes. Entonces lo tendría todo. La amistad de los poderosos y la veneración del pueblo. Todo.

Levantó los ojos del plato y recorrió con la mirada su inmenso comedor. En el suelo, losas de mármol rosado, cuadradas, de tres pies de lado, estaban enmarcadas por rectángulos de mármol verde y engastadas de cabujones blancos. El techo estaba adornado con un inmenso fresco que había pintado Tiepolino. Mostraba un genio encaramado en Pegaso, que perseguía el Tiempo. En las paredes, unas treinta telas estaban colgadas una junto a otra. Cuneo las había encargado a Tiziano, al Veronese, al Tintoretto, al Turquetto y a otros, todos venecianos. A su izquierda, un marco de pórfido, de medio pie de ancho, rodeaba una *Recogida del maná*, de Palma el Joven, que cubría toda la altura de la pared, quince pies por siete de ancho. Cristales blancos, verdes y violetas estaban hundidos en la piedra rojiza y aquel juego de colores daba al fresco un suntuoso aspecto. La mesa, cubierta con un mantel carmesí, adamsado y orillado de oro, estaba puesta para un solo cubierto a cuyo alrededor el mayordomo había dispuesto unas treinta piezas de porcelana, plata o cristal. Tres candelabros iluminaban suavemente la mesa.

El gusto de Cuneo le habría inclinado a una mayor sobriedad. Pero, en Venecia, era preciso tener en cuenta los ojos de los demás...

Su mirada se posó en la *Virgen con el Niño*, el cuadro que había recibido del Turquetto cuando le encargó la *Cena*. La imagen de Rachel le molestaba, y había hecho colocar la tela al fondo de la estancia. Pero la mantenía en su comedor, a pesar de la incomodidad que le causaba. Mejor era evitar las preguntas.

Volvió a pensar en los acontecimientos que habían pre-

cedido la muerte de Rachel. Toda aquella historia era muy desagradable... Pero si no hubiera actuado con tanta decisión, las cosas habrían terminado en una catástrofe. ¡Sin sombra de duda! Así, al menos, tendrían el mejor aspecto posible.

2

—¿Tiro, maestro?

El aprendiz sujetaba el extremo de una larga cuerda a la que se habían cosido, una junto a otra, siete grandes telas. La cuerda subía hasta el techo, pasaba por la llanta de una polea fijada a la derecha de la *Cena*, volvía a bajar hasta el suelo donde se amontonaba la tela, luego volvía a subir al techo donde su otro extremo estaba enrollado alrededor de un clavo fijado en lo alto del muro, muy a la izquierda. El montaje había sido concebido para que la cuerda pudiera tensarse hasta lo alto del techo. Las telas ocultarían entonces la *Cena* por completo.

Sin responder, Elías bajó los peldaños del estrado, se dirigió al fondo del refectorio, se volvió y contempló la *Cena*.

Todo estaba allí. Las raíces del cristianismo. La grandeza de Jesús y de sus apóstoles. La gloria de Venecia. Todo, plasmado con nobleza y sobriedad. Había respetado su contrato. Tomado decisiones que consideraba justas. Durante veintidós meses, había trabajado, comido, dormido, vivido para esta *Cena*. Ella se había apoderado de sus días y de sus noches. Dentro de algunas horas, no le pertenecería ya.

Barrió la tela con la mirada, intensa, largamente, luego soltó:

—¡Cubrimos!

—¡Cubrimos! —gritó el aprendiz.

La cuerda se tensó, las telas se desplegaron y, pocos instantes más tarde, la *Cena* estaba por completo oculta bajo un inmenso tejido blanco.

3

¿Cómo iba a hacerlo? Le haría mil preguntas... ¿Había visto la *Cena*? ¿Qué le parecía? ¿Y qué decía, de la obra, su marido? Y que si eso, y que si aquello... A cada una de sus respuestas, la gente sonreiría. Como siempre... Se sentiría superada. Perdida.

Su problema era que no tenía un cerebro como todo el mundo. La gente lo sabía. Y entonces, dijera lo que dijese, le respondían como a una cretina.

El marido había cambiado... ¿Por qué había cambiado? Parecía... ¿Cómo decirlo?... ¡Preocupado! Eso es, aquella era la palabra que buscaba. Preocupado. Como si tuviera más preocupaciones aún que de costumbre. Y Leonora, que ya sólo le hablaba con la boca pequeña... ¡Realmente muy pequeña! Como si le hablara a un animalito. Ni siquiera los baños de Teresina la hacían reír ya. Todo se había vuelto triste. ¿Y la judía? Nadie hablaba ya de la judía. ¿Qué había sido de ella? Cada vez que le preguntaba a Teresina, ésta respondía de mal humor: «¡Ha ido a posar a otra parte, qué quieres que te diga!», o también: «¡Pero hablemos de otra cosa, vamos! ¡Me aburres con tus historias!».

Hacía más de dos horas que Gandolfi estaba tendido en su gabinete de escritura, con los ojos cerrados, la cabeza entre las manos. A cada pulsación, la sangre le comprimía el cerebro y el dolor era tan violento que mantenía constantemente los dedos en las sienes, para atenuar las punzadas. Eso producía otros dolores, tras las órbitas y en el cristalino, pero eran más soportables.

Acabó abriendo los ojos, se levantó y se dirigió lentamente hacia una biblioteca cuyos anaqueles estaban cubiertos de cajas y redomas.

Las cajas eran de tres tamaños. Las más pequeñas, de porcelana, contenían polvo de estramonio, de beleño o de mandrágora. Otras cajas, de tamaño superior y de terracota, estaban llenas de hojas secas. En las más grandes, de madera, Gandolfi había guardado cuidadosamente raíces de mandrágora. Las redomas, todas de las mismas dimensiones, contenían vino dulce en el que se maceraban algunas raicillas.

Gandolfi recogía la mandrágora en primavera, en un bosque que había descubierto cerca de Treviso, separado de Venecia por un día entero de marcha. Las demás plantas

eran más fáciles de encontrar. El beleño crecía a lo largo de un camino pedregoso, junto a un cementerio abandonado, en Santa Maria di Sala. Por lo que se refiere al estramonio, abundaba en los yermos que rodeaban la laguna, del lado de Spinea.

Gandolfi conocía de siempre las plantas. En Campo Imperatore, donde había pasado su infancia, todos se curaban con mandrágora, y había aprendido a encontrar la planta estuviera donde estuviese, en los barbechos o en los bosques. Según el viento, conseguía descubrirla incluso por su olor. Más tarde, cuando era obispo en Asís, un boticario llamado Artioli le había curado, milagrosamente, con mandrágora, y ambos hombres se habían hecho amigos.

Con el paso del tiempo, tras haber probado mil mezclas, había aprendido a aliviar sus jaquecas de dos modos. Uno consistía en absorber polvo de mandrágora, un buen pellizco disuelto en un té caliente. Podía repetir la toma una vez durante el día y empezar de nuevo al siguiente, sin arriesgarse al desvanecimiento. La mandrágora apaciguaba el dolor, pero lo hacía de modo imprevisible, casi caprichoso, y algunos días, a pesar de una segunda toma, tenía la sensación de no haber absorbido nada. De todos modos, con el efecto de la mandrágora únicamente, sólo se trataba de un alivio. La jaqueca le mantenía despierto por la noche y, tras algunos días de insomnio, acababa siendo incapaz de seguir una conversación. La mandrágora calmaba los dolores, pero una dosis demasiado fuerte podía producir una narcosis, y el peligro de morir por ello era real. Según qué día, a las jaquecas se añadían los vértigos, y entonces tenía la sen-

sación de haberse convertido en un mostrenco, incapaz de alinear tres frases seguidas.

Recorría entonces a un remedio más eficaz pero más arriesgado, una mezcla de mandrágora, beleño y estramonio que disolvía en vino dulce, para enmascarar su horrendo sabor. La mandrágora apaciguaba el dolor. El estramonio era fortificante pero provocaba, de vez en cuando, alucinaciones. El beleño tenía un efecto euforizante. La combinación de las tres plantas permitía a Gandolfi tener una noche de verdadero sueño. Pedía entonces a Gianni que no le molestara con ningún pretexto, dormía ocho horas seguidas y despertaba descansado. Pero aquel era un remedio muy poderoso que sólo podía utilizar una o dos veces por semana, y lo reservaba para las vigilias de los días en que iba a tener representación, cuando todos aguardaría de él que se mostrara elocuente y benévolo.

Pensó en el día siguiente, en los cumplidos que debería hacer ante todo lo que la ciudad tenía de glorias y vanidades, y se decidió por el vino.

Habían acudido. Todos. Los nobles y los ricos. El Estado y la Iglesia. Iban a asistir a la presentación de la *Cena*. Pero lo quisieran o no, le rendían homenaje a él, a Filippo Cuneo.

De pie en el estrado, barrió con la mirada el refectorio sintiendo su triunfo. Los acomodados habían sido colocados en alternancia con los pobres, a quienes debían servir y, ante el cuidadoso modo como ricos y pobres buscaban su lugar, Cuneo sintió que le recorría un estremecimiento de placer.

Había ganado.

En tiempo normal, las mesas eran seis, cada una de ellas de treinta y dos plazas. Cuneo había hecho instalar otras cuatro. Por primera vez, el refectorio de Sant'Antonio tenía diez mesas. ¡Diez! Cubiertas de cacerolas que desbordaban comida, trozos de pan y redomas de vino... La comida sería modesta: pescado seco, maíz cocido y garbanzos hervidos. Pero de aquellos amontonamientos idénticamente repetidos se desprendía una impresión de gran fuerza.

Se había instalado una undécima mesa, en el estrado. Sólo tenía diez plazas, cinco de la cuales estaban ya ocupa-

das por desarrapados, una por Elías y otra por el nuncio. Las tres restantes serían ocupadas por Cuneo, el dux y el patriarca-obispo.

Todo transcurría a las mil maravillas. La Venecia rica iba a alimentar a sus pobres. Lo haría ante los ojos de todos, y él, Cuneo, obtendría de ello una gloria inmensa. Por la astucia de su gran maestro y el talento de su pintor favorito, Sant'Antonio estaba a punto de acceder a un nuevo estatuto: el de Scuola Grandissima. Aplastadas las San Rocco, San Teodoro, Santa Maria della Carità... Cofradías de sedes suntuosas, con grandes escalinatas y dos salas en el primer piso para gloria de sus dirigentes, es cierto. Pero cofradías que sólo pensaban en una cosa: deslumbrar. Mientras que Sant'Antonio... Suntuosa, también, cubierta de mármoles y enriquecida por ciento cincuenta telas, a cual más hermosa... Pero su mayor estancia era un refectorio cuyo propósito era alimentar a los pobres... Una cofradía cristiana, eso era... Ni un solo momento de autocelebración. La genialidad de Cuneo, era el refectorio. Y, claro está, la *Cena*... Dentro de unos minutos, su descubrimiento iba a consumir una victoria sin concesión. En adelante, estarían Sant'Antonio y las demás, todas de un rango inferior. Como le gustaba esa expresión que se le había ocurrido momentos antes: Scuola Grandissima... La introduciría en la conversación, como si nada. La expresión arraigaría, estaba seguro de ello... Scuola Grandissima... Una delicia para el oído.

Buscó con la mirada a los grandes maestros de las demás cofradías. Todos estaban allí. Descubrió a Tisi, sentado ya, con mirada maligna.

Un estruendo saludó la llegada del maestro, aquel con quien Elías había aprendido el oficio. Acudía, a pesar de sus ochenta y cuatro años, ayudado en el andar por un joven que le daba el brazo. Elías abandonó su lugar y se acercó a él. El maestro le besó. Varios invitados aplaudieron.

Cuneo estaba en la gloria.

—¿Y cada domingo alimentas a tanta gente?

Era Gandolfi, el nuncio, quien le interpelaba con aire burlón.

Debe de sentirse vejado por haber llegado antes del dux, se dijo Cuneo. Fue a sentarse a su lado:

—A la mitad, monseñor. Ciento veinte comidas, ciento cincuenta como máximo.

—¿Y qué nos has preparado, aquí?

El nuncio había hecho un gesto con la cabeza en dirección a la pared cubierta de telas blancas.

De pronto, la pregunta del nuncio sumió a Cuneo en la angustia. ¿Qué *Cena* había pintado Elías? No lo sabía. Durante los seis días que habían sido necesarios para fijar la tela en el bastidor, arreglar los roces causados por el transporte e instalar el marco dorado alrededor de toda la tela, se había prohibido el acceso al refectorio.

Pero estaba el contrato... El Turquetto habría dado, sin duda, lo mejor de sí mismo... Le debía un encargo excepcional...

—Descubriré la *Cena* al mismo tiempo que vos, monseñor —dijo Cuneo.

El nuncio sonrió. En aquel momento, se oyeron unos gritos:

—¡El dux!, ¡el dux!

Cuneo se sintió embargado por la felicidad. Ahí estaba el dux.

En aquel instante, su mirada dio de nuevo con Tisi. Leyó en él tanta amargura que su complacencia reapareció por completo. Pero sus ojos encontraron luego los de Elías, y la angustia le invadió de nuevo. El hombre hubiera debido de estar contento, ¡por el amor de Dios! ¡Era su día de gloria! ¡Y parecía indiferente! Como si toda aquella agitación no le concerniera.

Cuneo cruzó el refectorio saliendo al encuentro del dux, vio en aquel mismo momento que el patriarca se dirigía hacia él, y la llegada de todos aquellos personajes le tranquilizó. Dentro de unos minutos se produciría el descubrimiento. Todo iría a las mil maravillas. Podría respirar... A fin de cuentas, ¿no era normal que el Turquetto pareciese inquieto? Se sentía angustiado, como cualquier artista antes de la presentación de una obra importante...

—¿Bueno? —soltó el dux—. ¿Tu Turquetto nos ha preparado una maravilla?

Cuneo sintió, de nuevo, que la angustia le oprimía. Tenía que sobreponerse. Aquel hombre era un pupilo de Venecia. Sabía cuál era su lugar...

—Lo debe todo a nuestra ciudad —dijo Cuneo, como para convencerse—. Nos mostrará su afecto y todo su talento, estoy seguro de ello.

—Me pongo en tus manos —respondió el dux sonriendo.

Ocupó su lugar, Cuneo se acercó al borde del estrado y se dirigió a la sala.

—Queridos conciudadanos...

Había dicho aquellas palabras con una voz tensa que ascendió hacia los agudos.

—Henos aquí reunidos para descubrir la Santa Cena que nuestra cofradía encargó al Turquetto. Un cuadro para el que le pedimos que siguiera tres reglas. En primer lugar, representar sólo a Cristo y sus apóstoles, para dejar a cada cual su justo y pleno lugar. Luego, regresar a las raíces del cristianismo. Ya conocemos a los artistas... A menudo les puede su genio... Su creatividad les aleja a veces de la verdadera vida...

Se oyeron algunas risas.

—Y, por fin, hacer un cuadro que cante la gloria de nuestra hermosa Venecia.

Se interrumpió para permitir que los invitados aplaudieran.

—Saludo al genio de nuestra ciudad —prosiguió Cuneo—. Os invito a llenar vuestras copas, y pido al Turquetto, ¡por fin!...

Le interrumpieron los aplausos.

—... que nos descubra su obra maestra.

Se volvió hacia Elías. Éste hizo una señal con la cabeza y el aprendiz que aguardaba en el estrado dejó que la cuerda corriera. Por el peso de las telas, se elevó, resbaló por la llanta de la polea y, instantes más tardes, la inmensa *Cena* apareció ante los ojos de todos.

Se escuchó un «Oh» general.

Cuneo palideció. Sin aliento, murmuró:

—*Oddio*⁴⁸...

48. «Dios mío».

El dux abrió la boca, pero no emitió sonido alguno.

Cada cual intentaba recuperarse. El cuadro que acababa de ser descubierto era de una belleza, una fuerza y una audacia nunca vistas. Pero no era el que los invitados esperaban.

Elías había pintado a Jesús y los doce apóstoles según el modo clásico, sentados todos del mismo lado de una larga mesa. Aparecían en primer plano, de modo que cada uno de ellos era de impresionante tamaño, más de dos metros a partir del talle.

—¡Tiziano! —soltó una voz insegura—. ¡Mirad! ¡Es Tiziano!

—¡Y Giorgione! —dijo otro.

De la sala brotaron otros nombres:

—¡He aquí al Turquetto!

—¡Bassano!

—¡Gentile Bellini!

—¡El Veronese!

—¡Carpaccio!

—¡Giovanni Bellini!

—¡EL Tiziano joven! —gritó un hombre de edad avanzada—, ¡lo reconozco!

—¡Carpaccio!

—¡Del Piombo!

Elías había representado a los doce apóstoles con los rasgos de los más grandes pintores de Venecia. Tiziano aparecía dos veces. En el extremo izquierdo del cuadro, estaba pintado en la edad proveya que ahora tenía, dialogando con el Veronese, bajo la atenta mirada de los hermanos Bellini. Al otro extremo del cuadro, se le representaba en plena juventud, con los ojos vueltos hacia el personaje situado a la derecha. Éste, con aire inquieto, miraba al espec-

tador, con el brazo izquierdo extendido hacia el suelo. Su mano sujetaba una bolsa de cuero rojo. Era Judas. Elías lo había representado con sus propios rasgos.

Giorgione, colocado a la diestra de Cristo, le hablaba al oído a Del Piombo. Carpaccio y el Tintoretto (sentado a la izquierda de Jesús) miraban hacia los hermanos Bellini, colocados a la derecha del Tiziano joven.

Pasada la primera impresión, las cualidades de la tela se advertían mejor aún. Elías había utilizado óleos muy finos, y eso le había permitido pintar en transparencia, por capas superpuestas. Para las encarnaduras, había elegido un blanco de San Juan muy diluido, y eso daba a los rostros un efecto nacarado de gran dulzura. La precisión del trazo se añadía a la belleza de los colores. Los personajes eran vivaces, vibrantes, como dispuestos a brotar de la tela. El cuadro mostraba, en su cima, el arte del Turquetto.

Jesús y sus apóstoles estaban a la expectativa, grandes e íntimos a la vez, arrebatadores de presencia y de fuerza. Elías había pintado la humanidad, en su potencia y en su esperanza.

—¿Cómo se ha atrevido? —susurró Cuneo para sí.

Sobre la mesa, cubierta con un mantel bordado en rojo a punto de cruz, Elías no había representado hogazas de pan, como todos los pintores hacían. Había respetado la historia y pintado tortas. Jesús y sus discípulos celebraban la Pessah, la Pascua judía. Conmemoraban el final de su esclavitud en Egipto, de donde habían tenido que huir, y el pan no había tenido tiempo de subir; entonces, como recuerdo y durante una semana, los judíos comían pan sin levadura.

Elías había representado también los tres grandes platos. Uno con las hierbas amargas, las hojas de lechuga y el huevo duro. Otro con huesos de cordero. Otro más con confitura de manzana, dátiles y pasas. Cada uno de esos ingredientes tenía, en la tradición judía, un significado religioso que Elías no recordaba ya. Pero conservaba de esos platos un recuerdo preciso, del tiempo en el que su padre y él celebraban la Pascua en casa de Izak Bey.

Jesús y sus apóstoles iban vestidos de negro, como rabinos, cubriéndose la cabeza con un casquete que Elías había plasmado con hoja de oro y punzón. De los bordes del casquete salían unos rayos de oro que formaban la aureola, para la que había utilizado un procedimiento por superposición de finas pinceladas de amarillo claro, pintadas sobre un amarillo más sostenido. Para los rayos de luz, había obtenido un efecto de relieve plasmándolos con pequeños trazos, de ocre oscuro. Solo entre los apóstoles, Judas llevaba un casquete negro. Por encima de Cristo, sobre un fondo azul celeste, Elías había escrito, en letras griegas:

INRI

Jesús de Nazareth, rey de los judíos

Allí estaba él, judío aún y ya cristiano, en una representación apaciguadora y, a la vez, de inaudita fuerza. Sobre la mesa había un pequeño fascículo y, en su cubierta, en letras hebraicas, podía leerse:

HAGGADAH

El libro de las plegarias judías. «He venido para consumir y no para abolir», había dicho Cristo.

Ahí estaban, por enteros, las raíces del cristianismo, pintadas como nunca nadie las había pintado.

Cuneo miró hacia el dux. Éste se encontraba en animada conversación con el nuncio, y Cuneo captó estas palabras:

—Dice la verdad, ¿qué quieres?

El dux hizo un gesto fatalista y Cuneo se dijo que tal vez la situación no fuera desesperada. Se volvió hacia la sala y advirtió, por fin, que reinaba allí un extraordinario desorden. Todos comentaban la *Cena*. Algunos con vehemencia, otros con admiración. Cuneo quiso tranquilizarse. Pero, un instante más tarde, sus ojos encontraron los de Tisi. Sonreía y Cuneo sintió de nuevo mucho miedo. ¿Qué ponía tan contento a ese bribón de Tisi? ¿Qué golpe bajo estaría preparando? Barrió de nuevo la sala con la mirada. Los invitados estaban tan ocupados mirando la tela y comentándola que ninguno comía, ni siquiera los más famélicos. La comida de caridad se transformaba en un desastre. Ese cerdo de Elías le había entregado a quienes sólo esperaban una ocasión para derribarle, ¡a él, a su bienhechor!

Quiso decirle cuatro cosas, allí, al momento, y abandonó bruscamente el estrado, pero un movimiento de la multitud se lo impidió. Dos hileras de invitados rodeaban a Elías.

—Has conseguido lo que nadie ha conseguido —le dijo el maestro.

Levantó los ojos hacia la tela y añadió, con aire pensativo:

—El *disegno* y el *colorito*... Eres el más grande de todos nosotros, Turquetto...

Se echó a reír:

—Además, nos has hecho más guapos de lo que somos...

Hubo algunos aplausos. Dio un abrazo a Elías y se dirigió lentamente hacia la salida. Los invitados que le rodeaban se dispersaron y Cuneo pudo por fin acercarse a Elías. Le lanzó en tono seco:

—¿Vas a explicarme tu tela?

Elías aguantó su mirada:

—Se me ocurrió, sin más.

En el mismo instante, Gandolfi se acercó a ellos y puso la mano en el hombro de Elías:

—Está muy bien, Turquetto, realmente está muy bien.

Lo pensaba. Once años después de las resoluciones del Concilio de Trento, nada quedaba de ellas. La Iglesia se alejaba del cristianismo y Venecia seguía siendo un lupanar.

Miró la tela. Era difícil imaginar una más hermosa representación de la *Cena*. Leyó de nuevo la inscripción en letras griegas: «Jesús de Nazareth, rey de los judíos».

—Está muy bien. Y, además, esta ocurrencia de honrar a Venecia, con todos sus pintores...

Añadió sonriendo:

—Es hábil, Turquetto mío. Eso te protege...

Cuneo se volvió hacia Elías:

—Te has pintado como Judas...

—Siempre se necesita uno —soltó Tisi con la sonrisa en los labios—. El Turquetto es un artista modesto. Se ha reservado el mal papel...

—A pesar de todo —dijo Cuneo—, habría podido pensar en la reacción...

6

Tisi salió de Sant'Antonio en un estado de extremo nerviosismo. Qué idea esa de ir a sonreír ante las narices de Cuneo... El otro estaba en carne viva... Añadir sal a la herida era cosa de un cretino. Ahora, Cuneo estaba alerta... Iba a hacer cualquier cosa para recuperarse... Se volvería peligroso... El gran error sería permanecer así. Era preciso ir hasta el fin de esta historia. Hasta el fin. Pues, dejando las cosas en ese estado, San Rocco iba a encontrarse en segunda fila... Y sin tardanza... Por lo demás, el resbalón había empezado ya. Bastaba ver cómo le saludaban. Una hora antes, el dux le había tendido tres dedos. Ni siquiera una mano... Tres dedos ofrecidos como una limosna, con la mirada vuelta hacia otro...

Era lógico. San Rocco perdía terreno. Menos miembros, menos dinero y, por lo tanto, menos honores...

Hubo un tiempo en el que le saludaban de otro modo... Pero era antes de que ese invertido de Cuneo se pusiera a exhibir su caridad como si paseara un oso sabio... Y aquella arrogancia en el discurso... El regreso a los valores, el regreso a los valores... ¡Se llenaba la boca con estas palabras! ¡Como si todas las demás cofradías se hubieran vuelto he-

réticas, de pronto! Arrogancia y nada más... Era necesario arreglarle las cuentas.

Siendo eso así, con el Turquetto había apostado por el mal caballo... Se había dejado engatusar... En el fondo, Cuneo era un ingenuo... O, más bien, su sed de reconocimiento era tan grande que se había vuelto bobalicón. Confiar una *Cena* a un extranjero... ¡Y con los ojos cerrados, además!

Evidentemente, todo el mundo se había deshecho en cumplidos. A fin de cuentas no podían decir: «¡El Turquetto os ha hecho una buena jugarreta! Vivan los judíos...» Pero, viendo las caras de la gente, no dejaban de pensarlo... Y esas historias de regreso a las raíces... En el fondo, le hacían el juego a los reformados.

Debía dejar escapar esta idea... En el momento oportuno y ante las personas adecuadas... En el consejo de San Rocco, por ejemplo: «¿No os parece que este modo de pintar la *Cena* tiene un olorcillo algo... cómo decirlo sin querer polemizar... algo... protestante...?». Toda Venecia hablaría de ello al cabo de veinticuatro horas...

Dicho esto, el tal Turquetto tenía algo de opaco... Esa extraña ocurrencia de representarse como Judas... El hombre no debía de tener la conciencia tranquila... Además, parecía una gran rata... En el fondo, nadie le conocía...

Cuando se disponía a bajar por los peldaños de San Moisè, Tisi se detuvo. Un pensamiento cruzó por su cabeza, pero tan deprisa que no consiguió captarlo. Un pensamiento molesto y jubiloso, a la vez... Acerca de Judas... Permaneció inmóvil en el puente y concentró toda su atención para recuperarlo. Tenía cierto vínculo con la traición... ¡Sí!

Con la traición... Judas no era el único traidor entre los doce... ¡También Pedro había traicionado a Cristo! Y tres veces, incluso... ¡He aquí que la idea regresaba! La marca de Judas entre los apóstoles, no era la traición... Era otra cosa... ¿Pero qué? Judas era el único, el único... Tisi sacudió lentamente la cabeza... Rozaba la verdad... Ignoraba de qué verdad se trataba, pero sentía ya como su pecho se hinchara de alegría... La verdad estaba allí, a dos pasos, a un paso, a nada en absoluto...

Siguió inmóvil, deseando no cambiar nada del estado en el que se hallaba. Pero nada llegaba, ningún indicio. Esperó más aún, luego hizo un movimiento de hombros y decidió reanudar su camino.

La verdad surgió en aquel mismo instante. Lo que hacía a Judas distinto de los demás apóstoles era que ser el único, sí, el único de todos ellos... ¡que llevaba un casquete negro! ¡El único que no tenía aureola! ¡Y con razón! ¡Judas era el único de ellos que había permanecido judío!

Entonces, de pronto, Tisi estuvo seguro. El Turquetto era judío.

Cuneo era presa de una mezcla de rabia y vergüenza. Se había dejado engañar. Burla. Esa historia de rabinos. Le había faltado atención. Y Turquetto... Un desarrapado con disfraz de pintor veneciano... Tisi debía de estar diciéndose: Cuneo está herido, es el momento de arreglarle las cuentas...

Tenía que reaccionar. Invertir la situación. Hacer que la *Cena* del Turquetto fuera indiscutible. Lograr que se admitiese la interpretación cristiana. El muy bribón del Turquetto obtendría de ello una mayor gloria, pero no importaba. Tenía que restablecer el rango de Sant'Antonio. A toda costa.

Su ingenio comenzó a funcionar muy deprisa. Había una baza que jugar... La baza que transformaría el desastre en aplastante victoria... ¡Haría que viniese Gregorio! ¡El Papa! Y le pediría que alimentara a los pobres de la cofradía. ¡Ante la *Cena*! ¡Y el Papa vendría! ¡Ya lo creo que vendría! Sant'Antonio, en Venecia, era la primera cofradía que luchaba abiertamente contra la Reforma. ¡El Papa se lo debía! Por lo demás, Gandolfi había pronunciado benevolentes palabras con respecto al Turquetto. Había bautizado a

la pequeña Francesca, de la que Cuneo era el padrino... Le pediría que interviniese.

Y, además, había otros medios de convencer al Papa... Por ejemplo, ofrecer una iglesia a su santo... Venecia no tenía basílica dedicada a san Gregorio... Haría levantar una contigua a la Scuola, que diera al campo Santo Stefano... Naturalmente, el terreno que quedaba a disposición era exiguo... La basílica sería, a la fuerza, pequeña... Pero podía darle prestigio... Convertirla en una joya... ¡Recurriría a Sansovino! Le costaría tres mil ducados para la construcción y otros tantos para las telas. ¡Pero que gloria, entonces! ¡Que brillo! Evidentemente, la cosa requería tiempo. No podía pensarse en aguardar a la inauguración... No, haría que Gregorio viniera para poner la primera piedra... Esa era la idea... Y apoyaría su petición enviándole un cuadro.

Sintió de pronto un rayo de alegría. ¡El Papa! ¡Él era quien había fundado el colegio de los neófitos! ¡Reservado a los judíos conversos! ¡Claro está, apoyaría la interpretación del Turquetto!

Las cosas estaban poniéndose en su lugar de un modo soberbio. Primero obtendría el apoyo de Gandolfi. Gregorio le escucharía. A fin de cuentas, era su legado. Era preciso acuciar a Sansovino, para los planos de la basílica. Y elegir una tela para Gregorio. En seguida. *El Descendimiento de la Cruz* o *La Anunciación* que tenía en su biblioteca, pintados por el maestro, espléndidos ambos.

Con ojos brillantes, barrió el refectorio con la mirada y decidió regalarle ambas piezas.

Gandolfi no conseguía conciliar el sueño. Por una vez, no eran las punzadas lo que le impedía dormir. Era la tristeza. Esta ciudad le resultaría siempre ajena. Aquí era inútil. Demasiadas pasiones la agitaban. Demasiadas envidias. Tisi iba a aprovechar la turbación causada por la *Cena*, no cabía duda. Pero Cuneo se anticiparía a la maniobra y, al final, ambos se encontrarían atrapados en la trampa de la venganza, sin más opción que derribar al otro. Como la culebra y la víbora. Salvo porque no habría supervivientes.

Echaba en falta Asís. Su iglesia, los olores de su campiña, sus campesinos... También sus animales. Cuando tres o cuatro bueyes cruzaban el pueblo, se respiraba de inmediato cierto aire de ternura. Y los frescos... El octavo... Aquel en el que el santo predica a los pájaros. Durante una misa o, sencillamente, cuando cruzaba la nave, a Gandolfi le bastaba echar una ojeada al octavo fresco para tranquilizarse. Convencerse, una vez más, de que su función tenía sentido. De que la Iglesia era útil a todo ser viviente, estaba ahí para escucharle como si sólo él estuviese en la tierra. Para decirle: «Confío en ti».

La *Cena* del Turquetto mostraba el verdadero cristianis-

mo, al igual que los frescos de Asís. Allí estaba Jesús, inmenso, a la escucha, dispuesto a tomarlos a todos en sus brazos y consolarlos. Pero Venecia iba a destriparse por ese cuadro que hablaba de la inmensa caridad.

Se revolvió en su cama y pensó en la comida de Sant'Antonio... Ricos que jugaban a ser buenos cristianos... Nobles que se agachaban ante el dinero... Ciudadanos que se odiaban... Una mascarada.

Era necesario que abandonara esta ciudad.

Con el transcurso de los días, Elías sentía que el malestar aumentaba. Las miradas de la gente con la que se cruzaba eran huidizas. Cuneo fue tres veces en diez días al taller de San Cassiano: «La obra maestra de Sant’Antonio... De todas las cofradías... De toda Venecia... Una *Cena* única... Profunda... Impresionante...» Pero faltaba en aquello el corazón y sus palabras sonaban como quejas. Intentaba sin duda convencerse de que todo iba del mejor modo, de que las cosas volverían a su lugar.

La *Cena* del Turquetto incomodaba a Venecia.

Algunos días después de su presentación, cuando Elías se dirigía a su taller de San Cassiano, divisó a Tisi. De pie en los peldaños de un puente, iba acompañado por dos hombres mal vestidos. Parecía escucharlos con gran atención, y a Elías le extrañó verle demostrar tanto respeto por hombres de condición tan inferior.

En cuanto Tisi le vio, le llamó por su nombre, de modo ostentoso, y empezó a saludarle a lo lejos, con grandes gestos, como no solía hacerlo.

Elías devolvió cortésmente el saludo a Tisi y prosiguió su camino hasta San Cassiano, donde se encerró en su *stu-*

dio y permaneció sentado largo rato, con el espíritu agitado. ¿Qué ocultaba Tisi?

Hacia mediodía, eligió una tela de lino con armazón simple, la instaló en su caballete y la recubrió con una capa clara. Una mezcla de yeso y cola animal, en la que aplicó una segunda capa, hecha de pigmentos terrosos y de negro, muy aceitoso. La coloreó de gris, para atenuar la blancura de la de abajo y preparar los efectos de claroscuro.

Comenzó el retrato de un joven patricio, con el brazo izquierdo apoyado en un bloque de mármol rosa, en un abandono que le daba una gran distinción. Su mano izquierda, cubierta con un guante, apretaba a otro, muy arrugado, y Elías pintaría sus dos guantes entremezclados con tanta sutileza que parecerían brotar de la tela. Pondría en su mirada esa especie de benevolente paciencia que sólo tienen algunos ricos, y plasmaría todos los detalles de su persona con una extremada precisión. Para los colores, utilizaría una paleta restringida, a excepción de una pincelada de rojo anaranjado, para la joya que el joven llevaría. El resto del retrato sería de tonalidades blancas, grises y negras, hechas con blanco de plomo, ocre y tierra de sombra.

Pintó hasta muy avanzada la noche sin descanso, y durante los cinco días que siguieron.

Al terminar esos cinco días, bajó el cuadro del caballete, lo apoyó contra la pared y lo miró largo rato.

Era un retrato de su padre como joven patricio.

Permaneció sentado, con los ojos clavados en la tela. Luego tomó un pincel, firmó con una T mayúscula en el ángulo inferior derecho, volvió a sentarse y la contempló de

nuevo. Era su cuadro más delicado y más tierno. Se lo ofrecería al maestro, para agradecerle sus palabras, y haría que lo llevaran a su casa ya a la mañana siguiente.

Cuando advirtió que la estancia estaba a oscuras, abandonó el taller y se encontró en la plaza. Estaba desierta.

No había dado diez pasos cuando una pandilla de hombres cayeron sobre él y lo agarraron. Por una pierna unos, por un brazo otros. Un instante más tarde, eran tres o cuatro los que le tenían sujeto en el suelo. Sintió que un pie se ponía sobre su pecho. Uno de los hombres, que seguía de pie, llevaba en la mano una linterna.

—No tengo ni un chavo —dijo Elías.

Uno de los hombres soltó:

—¡Queremos de ti lo más valioso que tienes!

—¡Vamos —soltó otro en un grito—, acabemos de una vez!

El que llevaba la linterna la acercó al rostro de Elías:

—Es él.

Elías le reconoció. Era uno de los hombres que había visto en compañía de Tisi.

El hombre dejó la linterna en el suelo y ordenó: «¡Sujetadle bien!», desabrochó el cinturón de Elías y, de un brusco movimiento, tiró de su ropa hasta medio muslo. Luego hizo lo mismo con el calzón y acercó la linterna al sexo de Elías:

—¿Lo veis?

—*Che bel casso*⁴⁹.

—¡No hagas el idiota! —prosiguió el que llevaba la linterna—. El juez te interrogará. ¿Qué ve?

49. «Que hermosa polla» (en veneciano).

- Un sexo circunciso. Sin la menor duda.
—¿Todo el mundo lo ha visto?
—Visto —soltaron varias voces.
—¿Entonces, vámonos! —dijo el que llevaba la linterna.

—Me meterán bajo los plomos⁵⁰.

Con todas sus fuerzas y toda su flaca inteligencia, Stefania intentaba comprender lo que su marido acababa de decirle:

—Los plomos son para los ladrones y los asesinos. ¡No para los pintores! ¿Por qué van a meterte bajo los plomos?

—Por herejía.

Había dicho aquellas palabras con dulzura, como si así pudiera no herirla.

—Pero (sacudió varias veces la cabeza, como diciendo no)... ¡Una herejía va contra la religión! ¡Tú no vas contra la religión!

Su voz temblaba.

—Es el crimen de quien se hace pasar por cristiano. Dije que era cristiano y no lo soy.

—¿No eres cristiano?

Había hablado susurrando. No iba peinada y advirtió que en lo alto de su cráneo tenía huellas de calvicie.

50. El edificio de la prisión tenía un techo de planchas de plomo. En Venecia, «estar bajo los plomos» significaba estar en prisión.

Él negó con la cabeza y ella le miró con una mezcla de angustia e incomprensión en los ojos:

—¿Pero cómo que no eres cristiano?

—Soy judío.

¡Era imposible! ¡El marido no podía ser judío! Y ella iba a despertar, Teresina le daría un baño, la enjabonaría por todas partes, jugarían al ratoncito y, luego, todo iría bien. Tenía que esperar a despertarse, eso era todo...

Pero el despertar no llegaba...

—¿Judío... Como Rachel, la que tú pintabas?

—Como ella.

Stefania no comprendía nada de esta historia de judíos.

—Está muerta —añadió Elías.

—¿Muerta? ¿Pero cómo, muerta?

—La golpearon y, luego, la arrojaron al canal.

Ella le miró fijamente, con los ojos desorbitados. Luego su mirada se perdió en el vacío. Permanecieron silenciosos unos largos segundos. De pronto, frunciendo el ceño, Stefania empezó a agitar la cabeza con vehemencia:

—¡Teresina me ha dicho que hice bien hablando con Leonora! ¡Puedes preguntárselo! Incluso dijo que Achille es demasiado importante para ocuparse de una pequeña judía de nada. ¡Lo dijo!

Él le acarició el pelo:

—Hiciste bien hablando con ella. No te preocupes.

11

El aire matinal era ya opaco, como el de agosto.

Cuando llegó al taller, no había nadie aún. Se dirigió a su *studio* y se sentó ante el retrato de su padre.

A las ocho, les oyó llegar. Pidió que llevaran al maestro, sin tardanza, el retrato de su padre. Luego fue a cada una de las estancias del taller. Los aprendices le hicieron preguntas, acerca de una veladura, o de un color que debía corregirse, o también sobre un fondo que debía repararse.

Respondió a sus preguntas, regresó a su *studio* y advirtió que el retrato había desaparecido. Eso le procuró cierto apaciguamiento.

Se tendió, cerró los ojos e imaginó lo que le aguardaba. Poco después de las nueve, sería denunciado a Scanziani, el juez inquisidor. A las diez, habrían establecido el atestado. A las once, habrían decidido su inculpación. Poco después, vendrían a detenerle.

Pensó en Scanziani, siempre pimpante con su alba de lino blanco. Cierta día, cuando se habían encontrado uno junto a otro, le había impresionado la finura del tejido y se había dicho que lo habría pintado con la punta del pincel, como se pinta una miniatura.

Oyó dar la media de las nueve. Ahora, los hombres de Tisi debían de estar con Scanziani. Les imaginó, intentando contener sus risas.

¿Cuántos vendrían para detenerle? ¿Iban a encadenarle las manos? ¿Los pies?

Oyó dar las diez, luego las once, las doce y después la una, las dos, hasta las siete, y nadie llegó.

En los pasillos, los aprendices se saludaban y abandonaban el taller. Poco después de las nueve, decidió regresar.

El aire era más espeso aún que por la mañana, con un olorcillo a azufre y vinagre. Se llenó con él los pulmones, con los ojos cerrados, y decidió volver a casa por un itinerario desacostumbrado. Sin razón particular alguna, pasó por el campo San Polo y el campo San Stin. En el canale della Chiesa, dos adolescentes se reían e insultaban mientras descargaban mercancía de un pontón. Uno de los muchachos lanzaba los fardos y el otro los atrapaba al vuelo, en el muelle. Elías se detuvo y les observó. Ni un solo día en toda su vida había conocido, nunca, semejante libertad.

En Cà Ronchi, Teresina le aguardaba con aire despavorido. Stefania estaba en la cama aún. No había querido comer ni beber en todo el día.

—Se ha hecho las necesidades encima —añadió Teresina.

Guelfo Scanziani salió del convento de Zanipolo con paso apresurado, para huir de los olores de Cannaregio y, al mismo tiempo, porque era consciente de tener buen aspecto cuando caminaba a grandes zancadas.

Una pizca de brisa le azotó el rostro y cerró los ojos de placer, sólo para aprovechar el instante, pues de lo contrario el aire tenía olorcillos de letrinas y el canal de los Mendigos, que flanqueaba el convento, estaba cubierto de excrementos, de ratas muertas y de detritos.

Con gesto furtivo, se acarició el alba a la altura del hombro y contuvo una sonrisa. Imposible ocultar el placer que le procuraba aquel contacto. Decididamente, el lino de Brujas era inigualable... Y aquel corte... El pequeño Edoardino sabía como nadie ajustar un alba a los hombros y ceñirla al talle... Un artista, el tal Edoardino... Cuando Scanziani iba así vestido y subía con rápidos pasitos los peldaños de un puente, o dejaba atrás una aglomeración apresurando el paso, tenía la sensación de estar danzando.

Su vida habría podido ser la de un seductor. De talla alta y atlética, tenía unos rasgos delicados, y esta combina-

ción de fuerza y refinamiento le convertía en un hombre de turbadora belleza, viril y femenina a la vez. Sin embargo, a pesar de todas estas facilidades, las conquistas no le atraían. Y cuando se entregaba a ellas, era por urbanidad o por ambición, jamás por gusto.

Le definía y, para decirlo todo, le obsesionaba la búsqueda de lo bello. Lo quería en todas partes de su vida. Aquello valía para el cuidado que ponía en su guardarropía, para el elegante orden en que tenía su apartamento oficial, en Zanipolo, y sobre todo para las cosas del espíritu. Scanziani era un intelectual insólito cuya pasión era el derecho canónico. Encontraba en él la suprema armonía: una implacable construcción formulada con elegancia y astucia con un supremo propósito: la dominación de todas las cosas de este mundo por la Iglesia.

Su función de juez inquisidor en el tribunal del Santo Oficio le ponía de relieve, lo sabía. En Roma, se hablaba de él. Su reputación era la de un jurista feroz, capaz de interpretar el derecho canónico con un lacerante oportunismo. Veían también en él a un hombre de una lealtad sin reservas para con la Iglesia. Esperaba ser nombrado obispo. Pero sólo tenía treinta y un años de edad... Dicho esto, el asunto del Turquetto venía al pelo. Todo el mundo hablaría de él... Iba a interrogar, a probar que había existido crimen, a establecer el atestado, a encarcelar, tal vez a hacer ejecutar incluso... Tal vez... En Venecia, se mataba poco... El nuncio era de tanta blandura... Y, además, el Turquetto no era un cualquiera. Sabría defenderse... Soltaría algunos camelos... Pretendería que una enfermedad venérea había exigido su circuncisión... Tenía que esperar resistencia...

Dicho esto, para acceder a la verdadera gloria, nada como una buena batalla...

Contuvo de nuevo una sonrisa. Los cinco procesos por circuncisión que había instruido habían concluido, todos ellos, por una condena. Cada vez había bastado con hacer examinar al detenido por dos cirujanos. Éstos testificaban que la ablación del prepucio databa del nacimiento, tras ello el detenido confesaba en seguida, por miedo a que, además de ser condenado por herejía, lo fuera también por ultraje al tribunal.

De todos modos, ese proceso era una ocasión única... Personajes importantes le verían hurgando en la herida: el patriarca, los miembros del Consejo de los Diez, el dux, el canciller... Gentes de influencia... Naturalmente, si el tribunal hubiera estado presidido por un nuncio fuerte, las cosas habrían tenido otro aspecto... Habría podido pedir el ahorcamiento... El tal Gandolfi era sólo un sentimental... A pesar de todo, el proceso iba a hacer ruido...

Acabó sonriendo francamente. No había razones para que las cosas fueran mal... Siempre había tenido suerte... ¡Empezando por la de haber nacido rico!

Su padre era notario en Bolonia, como antes lo había sido su padre. De modo que, con toda naturalidad, Scanziani empezó los estudios de derecho. Los hacía con talento y descuido cuando, cierto día, su camino se cruzó con el de Paolo Bergamini, un clérigo llegado de Roma para perfeccionarse en derecho canónico. Bergamini le hizo descubrir una materia mucho más sutil y mordaz que el derecho civil o penal. Scanziani se deleitó con tanta argucia vestida con tanta fe. Y además, comparada con la vida del notario, la de los dominicos ofrecía una carrera de ilimitados horizontes.

Una vida de poder, de gloria y de inmensos honores para quien tenía la capacidad de aceptar las constricciones de una jerarquía y el gusto de comprender sus mecanismos y sus fallos. Entonces pronunció sus votos, presentó una tesis sobre la querrela de las Investiduras, escribió mucho sobre temas difíciles y adquirió, entre los juristas de la Iglesia, una reputación de intransigencia.

Tres años después de haber presentado su tesis, le nombraron profesor en el convento de Zanipolo, en Venecia. Y cuando el Papa pidió al monasterio que delegara al tribunal del Santo Oficio un nuevo juez inquisidor, el nombramiento de Scanziani fue decidido sin que se le opusiera concurrente alguno. Tenía veintinueve años.

Desde entonces, las causas que había instruido se habían limitado a pequeños delitos. Marranos que seguían practicando la religión de Moisés, mujeres que leían las cartas, magos que ofrecían ungüentos, algunos blasfemos, nada de espectacular. El caso del Turquetto era otra cosa...

Al llegar a la plaza de San Marcos, vio a Tisi que le acechaba con aspecto agitado:

—¡No se sabe ya quién es quién en nuestra República!

Scanziani le estrechó la mano, pero no respondió.

Las opiniones de Tisi no le importaban.

Precisamente cuando cruzaba el umbral del tribunal, un asesor se levantó:

—El Turquetto ha sido detenido, monseñor.

—Tráemelo —dijo Scanziani.

Dos minutos más tarde, un esbirro entraba en su despacho seguido por el Turquetto, un segundo esbirro y el asesor.

El Turquetto parecía sereno y eso incomodó a Scanziani. La vida de aquel hombre iba a derrumbarse... Hubiera debido de mostrar angustia e, incluso, desesperación... Se dijo que aquello no iba a tardar.

—Ilias Troyanos —le dijo al Turquetto—. Eres pintor, vives en Cà Ronchi, tienes cincuenta y seis años...

Scanziani levantó los ojos hacia Elías, esperando una reacción.

Elías le miraba sin responder.

—Tres testigos afirman que estás circuncidado. ¿Tienes algo que decir?

—Es cierto —dijo Elías.

—¿De cuándo data tu circuncisión?

—Fui circuncidado al nacer. En Constantinopla.

—¿Es decir que eres de religión judía o mahometana?

—Judía —dijo Elías—. Nací judío.

—De modo que te convertiste a la Iglesia griega, ¿por ello te declaraste griego aquí antes de abrazar la fe romana?

No, respondió Elías, nunca se había convertido a la Iglesia Ortodoxa.

—¿Mentiste entonces sobre tu identidad?

—Mentí.

Scanziani no había esperado una confesión tan rápida. Se sintió desamparado de nuevo:

—¿Entonces, tu identidad es...?

No pudo terminar su frase.

—Elías Soriano.

—¿No eres pues Ilias Troyanos?

—Quería pintar. Entre nosotros...

—Lo sé —interrumpió Scanziani— conozco las leyes de la Antigua Alianza.

Reflexionó unos instantes, garabateó durante casi un minuto, se releyó, pareció contar las líneas y, por fin, levantó los ojos:

—¿Sabes cuántas leyes y decretos has violado?

—Soy consciente de mis actos —respondió Elías.

Scanziani movió la cabeza:

—Te abruman, ¿lo sabes?

—Lo sospecho —soltó Elías.

Scanziani prosiguió:

—Prohibición de tener una residencia fuera del ghetto. Prohibición de tener relaciones con una cristiana. Prohibición de enseñar un oficio cualquiera. Prohibición de entregarse al comercio, al margen de los reservados a los judíos. Prohibición de circular sin gorro amarillo. Cinco delitos graves, punibles, cada uno de ellos con de uno a diez años de galera. Y además, finalmente, un crimen por el que te arriesgas a la muerte: entraste en nuestra religión engañando a la Iglesia. Durante más de veinticinco años, te has hecho pasar por cristiano, fingiendo ser un converso sin serlo. Eres un hereje que se ha burlado de la Iglesia de Nuestro Señor Jesucristo, mancillándola con tus obras. ¿Reconoces cada uno de estos delitos? ¿Reconoces este crimen?

—Reconozco cada uno de estos delitos y reconozco este crimen —dijo Elías con voz pausada.

—Entonces, te detengo por herejía y blasfemia —dijo Guelfo—. Tienes derecho a un abogado. Lo nombraré como

me ordena nuestra Iglesia, pues es justa. Y aguardarás tu proceso bajo los plomos.

Le vio salir del despacho, rodeado por los dos esbirros y acarició su alba con lento gesto. Las cosas tenían mal aspecto... Si ese imbécil del Turquetto comenzaba a rebajarse ya, ¿dónde estaría su triunfo?

—Quisiera contaros algo de mi vida —dijo Riccardo Scarpa, el abogado nombrado de oficio—. Eso nos permitirá crear confianza, comprendéis...

Era un hombre de talla pequeña, sin edad, con un escaso pelo castaño y labios carnosos. Primero había estudiado teología, con la idea de tomar las órdenes. Pero había cambiado de opinión al ir a hacer los votos e inició estudios de derecho, «para olvidar los años de seminario, ya sabéis»...

Elías comprendió que aquel buen muchacho iba a embrollarse en complicadas montañas y le dejó hablar.

El abogado estaba casado. «No hemos conseguido tener un hijo... Y como mi mujer tiene cuarenta años, la cosa parece lista, ya comprendéis...» Se sentía muy orgulloso de haber sido elegido por el juez inquisidor. El encargo no le produciría nada, o casi, pero «la complejidad del caso era apasionante, claro está»... Sobre todo, se sentía honrado, muy honrado, al poder ayudar a «alguien tan excepcional» como el Turquetto... Y utilizaría «todos los argumentos de la teología y el derecho», y realmente litigaría de todo corazón.

—Habéis admitido vuestras faltas —añadió Scarpa—. No

podéis negarlas ya... A pesar de todo (movió la cabeza antes de proseguir)... he pensado en una línea de defensa...

De pronto, parecía alegre:

—¡Voy a hacer que atestigüe un rabino! Pretendisteis ser cristiano y eso está mal, ya lo sabemos. ¿Pero por qué lo hicisteis? ¡Para poder dibujar! ¡Esta es nuestra línea de defensa!

Demostraría que la culpa era de la religión judía. Era ella la que había impedido a Elías ejercer su arte. Semejante argumento obtendría el apoyo de la Iglesia, estaba seguro de ello.

Elías le miraba en silencio.

—¿Advertís la astucia? Los tres jueces verán que os habría sido imposible ser pintor sin esta mentira. Evidentemente, parto de la idea de que no podíais vivir sin ejercer vuestro arte, ¿es así?

—Es así —soltó Elías.

El recuerdo de sus discusiones con Rabbi Alberto volvió a su memoria. Y he aquí que querían apelar a un rabino para defenderle... La idea le pareció descabellada.

—Con la voz de un rabino, conseguiremos establecer este punto preciso —prosiguió Scarpa—. Y eso nos ayudará mucho, ya veréis.

—Me pongo en vuestras manos —dijo Elías con voz neutra—. Estoy seguro de que lo haréis del mejor modo.

Corrado, el guardián, le había propuesto algunos acomodados: «Si me das lo necesario, te compraré comida de verdad, ¡un faisán, si quieres! También puedo encontrar ropa limpia y una cama.»

Elías lo había declinado. Las condiciones de vida bajo los plomos eran esas y tenía que aceptarlas.

El aire era fétido hasta perder el sentido. Las pulgas infestaban el suelo y la comida que daban a los prisioneros, una especie de torta terrosa y dura para los dientes, no tenía de comida más que el nombre. Además, la celda en la que le habían metido estaba a pocos pasos de la sala de torturas. Quienes sufrían el interrogatorio tenían las manos atadas a la espalda por medio de una larga cuerda, conectada a una polea. La tortura era igual para todos. El verdugo tiraba de la cuerda, el prisionero era levantado del suelo y los huesos de sus brazos y sus hombros se rompían uno tras otro con chasquidos que resonaban en toda la planta.

Tendido en su yacija, Elías se refugiaba en el recuerdo de su trabajo. Sus emociones, sus instantes de fraternidad y participación, se los debía a todos. Entonces, al hilo de los días y las noches, recorrió toda su obra. En cada cuadro

buscó el lugar preciso donde había sido pintado, las copias que de él había hecho y aquellas que había modificado, para mejorar lo plasmado o para distinguirlas de las demás. En treinta y seis años de actividad, sus talleres había producido más de tres mil telas, y revivió su inmensa obra en el orden en que la había creado. Recordó el detalle de cada encargo, las etapas de su esbozo, la elección de los modelos, las pruebas de colores y las correcciones. Revivió, para cada tela, las emociones que le habían agitado al concebirla, luego durante la preparación y, por fin, cuando la había pintado. Se acordó de la sensación que había tenido, cada vez, de vivir la condición humana, de ser parte de ella.

Encontró de nuevo su obra como si la tuviera ante los ojos. Examinó con atención un rostro por aquí, un drapeado por allá, pensó de nuevo en un color que había conseguido muy bien, o en otro del que se había sentido descontento y que había debido corregir. Recordó la primera *Virgen con el Niño* que había pintado con Rachel como modelo. Y de todas las demás que siguieron. Las contó y llegó a la cifra de cuarenta y ocho.

Luego vivía algunos segundos intensos durante los que contemplaba cada tela como si la descubriera. Se impregnaba de ella con tanta fuerza como podía, luego se despedía para siempre de ella y pasaba a la siguiente.

A menudo, su emoción le sumergía. Abandonaba entonces sus telas y, con los ojos cerrados, efectuaba los ejercicios de respiración que Djelal Baba le había enseñado. Otras veces, se imaginaba con un cálamo en la mano, cubriendo un folio de curvas, trazos y volutas. La palabra tomaba forma ante sus ojos, como si fuera real, hasta que

estaba por completo caligrafiada, de modo que Elías sentía los movimientos de su brazo, la tensión de su cuerpo e, incluso, el ritmo de su respiración que se adaptaba a sus gestos. Tras ello, espiraba lentamente, como habría hecho si realmente hubiera caligrafiado la palabra. Luego volvía a sus telas.

—¡Tu petición es excesiva! —exclamó Gandolfi—. ¡Venecia nunca ha visto nada así!

Scanziani había sometido a la cancillería una demanda de auto de fe. El Turquetto era un hereje, sus cuadros religiosos eran pues blasfemos y la República no podía permitir que la blasfemia se perpetuara en sus lugares santos. Por lo que a las obras profanas se refería, eran sólo trampas del Maligno y debían ser destruidas como las demás.

—¡Vas a quemar obras maestras! —prosiguió Gandolfi—. ¡Es idiota! ¿Acaso cuando la gente mira un cuadro se dice: «De buena gana quiero conmoverme siempre que quien haya pintado esta tela sea un buen católico?»

Había acompañado su pensamiento con un gesto de la mano que significaba: «¿A qué estamos jugando?». Pero a su voz le faltaba fuerza. Hacía ya dos días que las punzadas no cesaban. No podía más.

Scanziani se sentía en terreno seguro. No hacía más que aplicar el derecho de la Iglesia. Era imposible dejar en su lugar una obra blasfema.

Soltó en un tono anodino:

—¿Y qué dice de ello nuestro dux?

Los tres estaban sentados ante Gregorio Bevilacqua, el canciller, en una estancia modesta y de techo bajo que no tenía más muebles que la mesa ocupada por el canciller y tres sillas puestas frente él. Bevilacqua parecía un muchachuelo que hubiese ocupado el lugar de su padre. No obstante, era el hombre clave de la República.

Alvise Mocenigo hizo un gesto de impotencia. ¿Qué estaba haciendo él ahí? Esa querella le aburría. No le habían hecho dux para decidir entre doctrinas. Si hubiera sentido afición por las justas religiosas, habría tomado las órdenes. ¡Que el nuncio y el inquisidor arreglaran entre curas esa diferencia!

Levantó ambas manos:

—Amigos míos, habría preferido que os pusierais de acuerdo vosotros mismos... yo, en esta historia... en fin... Puesto que insistes, resume tu argumento, juez inquisidor.

Scanzani le respondió, mirando al canciller:

—Mi argumentación es sencilla. Nuestra Iglesia se fundamenta en reglas. Si no sanciona su violación, estará condenada a desaparecer. Un hombre se ha burlado de nuestra Iglesia y, añadido, aunque eso te concierne más que a mí, canciller, se ha burlado también de tu República. ¡Y lo ha admitido!

Dejó que se hiciera el silencio. No podía oponérsele argumento sólido alguno. Entonces prosiguió:

—Esos cuadros son la encarnación de una blasfemia. No pueden permanecer en nuestros lugares santos. Imagino que todo el mundo está de acuerdo. Si los sacamos de allí, no es para guardarlos como un tesoro. Sería absurdo. Deben pues ser destruidos.

El dux hizo un gesto de impotencia:

—Visto de ese modo...

Se volvió hacia Bevilacqua:

—¿Y tú qué dices, canciller?

—La petición del juez inquisidor es procedente —respondió Bevilacqua.

—¿Y tú, nuncio?

Gandolfi cerró los ojos. Su cabeza le estaba haciendo vivir un martirio. El matrimonio del Turquetto iba a ser declarado nulo, su hija sería entonces bastarda y él, el nuncio, que había bautizado a su nieta, iba a quedar como un cretino. En fin... lo más grave no era eso. Tendría que escribir a Roma... explicar... Y ese Scanziani venía a hacerse el interesante con sus historias de ley... ¡Sabía muy bien que la Iglesia tenía leyes! ¡No había esperado a que Scanziani se lo recordara! Un doctrinario y un mundano, eso era el dominico... Sólo le interesaba pavonearse con su derecho canónico a la espera de que le nombraran obispo...

—Comprendo a nuestro juez inquisidor... Admiro su talento y su saber... Aprecio la claridad de su visión... Sí, nuestra Iglesia tiene leyes y deben ser respetadas.

—Me satisface oír las palabras que salen de tu boca —dijo Scanziani.

—Pero... —añadió el nuncio—. Pero... (dejó que se hiciera un silencio.) ¿Qué quiere nuestra Iglesia? ¿Cuál es su misión? ¿Aplicar leyes o unir? ¿Condenar u ofrecer consuelo? ¿A qué debemos entregarnos? ¡Mirad a los hombres! ¡Miradlos! ¡Por las calles! ¡En las plazas! ¿Qué necesitan? ¡Ser acogidos! ¡Tranquilizados! ¡Acompañados! Éste es el papel

de nuestra Santa Iglesia. ¡Apaciguar a nuestros fieles! ¿Qué nos dicen las obras maestras del Turquetto? Que la esperanza existe. Que hay en el hombre una inalterable parcela de inmortalidad tal como se encarnó en la Resurrección de Nuestro Señor. Así debemos recibir a nuestros fieles, mi querido inquisidor. Ofreciéndoles la belleza y la esperanza, para consolarlos de sus pecados. No abrumándoles con reglas y leyes.

—¡Olvidas la plegaria! —soltó Scanziani.

—¡Y tú olvidas que soy un hombre de iglesia y olvidas que soy mayor que tú! ¡Y tu superior!

Ahora, quería vérselas con aquel marquesito de Scanziani:

—¡Observa los personajes del Turquetto! No es necesario que te demores horas y horas, sé que estás muy ocupado... Con un segundo basta. ¿Qué lees en sus rostros? ¡El amor! ¡La caridad! Y, sobre todo, esa cualidad que nadie otorga ya a los santos: esa imperturbabilidad (había pronunciado la palabra deteniéndose en cada sílaba), este modo de decirles a todos: «A ti te estaba esperando». Mira los cuadros de los demás pintores. Y hablo de los mejores, claro está. ¡Oh, están vivos, lo admito! ¡Y bien hechos! ¿Pero qué vemos? ¡Rostros apasionados! ¡Miradas inquietas! ¡El miedo! ¡El terror a ser sorprendido por el destino! ¿Buscarías en ellos consuelo?

Scanziani bajó la mirada. El nuncio dejó que se hiciese un breve silencio, luego prosiguió.

—El Turquetto nos ha ofrecido las más cristianas imágenes... Sea condenado por su mentira, de acuerdo. ¿Pero es preciso, además, que nos castigemos a nosotros mismos,

privándonos de su obra? ¡Sería absurdo! La Iglesia está aquí para ayudar a los hombres a soportar su fardo, no para leerles artículos de derecho.

Había hecho lo que había podido. Pero no se hacía ilusiones.

Scanziani no se dignó responder. El canciller parecía ausente, con los ojos clavados en su mesa. El dux miraba el suelo.

Finalmente, éste fue el que rompió el silencio:

—Al Senado le toca decidir. Dicho esto... Hay en nuestros lugares públicos y en nuestras iglesias algunas obras blasfemas. Deben desaparecer, nuncio. Por muy hermosas que sean... ¿Qué te parece, canciller?

—Tal vez redactando aquí, juntos, el texto del decreto, podríamos llegar a un compromiso.

Gandolfi se limpió con el dedo la comisura de los labios.

—Este hombre ha hecho trampas, es cierto. Si presentas semejante decreto al Senado, pasará. Y el Turquetto se habrá terminado. Será borrado de nuestras iglesias, de nuestras memorias y de nuestros corazones. Pero eso sería un inaudito estropicio.

—¿Y tú, canciller, cómo ves la votación?

—Unánime —soltó Bevilacqua—. Tal vez uno o dos votos en contra, por resquemor contra la Iglesia.

—El pueblo querrá justicia —añadió Scanziani.

—Y venganza —pujó el canciller.

—También yo lo pienso —prosiguió el dux—. Haremos un auto de fe con todas las obras del Turquetto, tanto con las representaciones sacras como con las profanas.

—¡Es preciso limpiar nuestras iglesias de esta mancha!

—dijo Scanziani—. Propongo que el auto de fe se celebre el tercer día que siga a la votación del Senado.

—Perdonadme, inquisidor —dijo el dux—. El auto de fe es, también, una pena para el condenado. Por lo demás, ¿a qué se arriesga?

—Por cada uno de los cinco delitos, años de galera. Por las blasfemias, la muerte.

Se hizo el silencio.

Cien veces, mil, Gandolfi había conocido la rabia, la indignación, la revuelta. Y, claro está, el desaliento. La duda le atormentaba cada día. Pero el sentimiento que en ese instante le invadía por completo era nuevo en su vida de hombre de Dios. Se sentía inundado de vergüenza.

Tenía que actuar. Pronto. ¡En seguida! Corromper a Scanziani. De inmediato. En aquel mismo segundo.

Puso la mano en el brazo de Scanziani:

—Mis dolores de cabeza me matan... Concededme una pausa...Y tú, ayúdame a tomar el aire. Voy a desmayarme.

Cuando estuvieron en la plaza, Gandolfi puso de nuevo la mano en el brazo de Scanziani y apretó tanto como pudo:

—Mañana escribiré al Papa. Le pediré que te nombre obispo. Y tú olvidarás esa historia de auto de fe. El Turquetto ha cometido una falta y debe pagarla, es justo. De todos modos, un día u otro iba a morir. Condénale y te apoyaré. Pero deja en paz sus telas. ¡Nos ayudan a vivir! Llenen nuestras iglesias con aquellos que vienen a buscar apaciguamiento. Si las quemas, castigas a esos desgraciados. Los privas de un consuelo.

En aquel mismo instante, Scanziani se vio obispo. Imaginó su ropaje, el cinturón, el anillo, las telas, el corte de

Edoardino, todo... El derecho canónico era, en cierto modo, la constitución de la Santa Iglesia... Poca gente estaba tan calificada como él para ser su custodio... Tenía el saber, el carácter, la prestancia... Para un hombre de su intelecto y su cultura, ser obispo era sólo una etapa... La siguiente sería que le nombraran cardenal... Y, luego, todo seguiría siendo posible...

Entonces carraspeó, puso la mano en la de Gandolfi que apretaba su brazo y se vendió:

—Efectivamente... Desde el punto de vista de nuestra misión...

Gandolfi le estrechó en sus brazos y le aseguró que escribiría al Papa, y aquella misma noche más que mañana. Hablaría de su trabajo y de su acción en términos tan elogiosos que no subsistiría duda alguna en lo referente al resultado de su gestión.

Cuando regresaron al pequeño despacho del canciller, Scanziani se entregó con brío a una demostración inversa a la precedente. Pensándolo bien, una condena por blasfemo, sin duda a la horca, sería ya bastante. Retiraba entonces su demanda de auto de fe. A fin de cuentas, comparada con la muerte, era sólo una pena accesoria. Era preciso pensar en la felicidad que los fieles sentían ante las telas del Turquetto.

Se hizo un molesto silencio. El dux se encogió de hombros:

—Si la Iglesia lo dice...

—¿Lo dejamos así, pues? —preguntó el canciller.

Nadie respondió y los cuatro hombres se separaron en seguida.

—Será mañana.

Elías se incorporó en su yacija y permaneció inmóvil, con los ojos gachos.

Los procesos duraban poco. Media hora, una hora, según el número de testigos, y la cosa quedaba lista. Los casos complejos se concluían el mismo día.

—Tal vez, también, no sea esta tu última noche —añadió Corrado—. Eres un caso importante, tu proceso podría durar dos días. Y, además, no es seguro que te condenen a muerte. Nunca lo han hecho con un judío. Tienes algunas posibilidades... Pero si sientes ganas de hablar, llámame. En principio, no tengo derecho. Pero las últimas noches...

—No te lo tomes a mal...

—¡Comprendo! ¡Comprendo! —exclamó Corrado, levantando los brazos—. Si cambias de opinión, me llamas.

—De acuerdo —soltó Elías.

Durante treinta y cinco días y treinta y cinco noches, había evocado de nuevo toda su obra, tela tras tela. Quedaban aún sus últimos dos cuadros. *La Cena* y *El hombre del guante*. Venecia y Constantinopla. Su vida al revés.

Comenzó por la *Cena* y pasó revista a cada uno de sus

personajes. Se detuvo largo rato en Tiziano pintado como un anciano, luego revisó uno tras otro a los hermanos Bellini, Del Piombo, Giorgione, Carpaccio, el Tintoretto, Bassano, Tiziano joven... Los había admirado durante tantos años por su talento y su habilidad; y recordó la emoción que había sentido al representarlos.

Pasó a *El hombre del guante* y pensó en las paradas entre Balat y el Han, cuando la enfermedad de su padre le obligaba a ponerse en la fila de los mendigos y los mozos de cuerda.

Si tuviera que comenzar de nuevo, tomaría las mismas decisiones. Salvo en ese cuadro.

Se reprochaba haber hecho trampa en lo referente a la identidad de su padre y no haber pintado, en castellano, en la esquina superior derecha del cuadro, esas palabras que le habrían devuelto toda su dignidad:

Sami Soriano, empleado de un mercader de esclavos en Constantinopla.

–Proceso de nuestra Santa Iglesia contra Elías Soriano, conocido por el nombre de Ilias Troyanos, llamado el Turquetto.

Gandolfi estaba ya a punto de desfallecer. A mediados de agosto, sus punzadas estaban acompañadas por náuseas. El aire era tan fétido que la puerta de la sala de audiencias debía permanecer abierta de par en par. Eso obligaba a colocar los guardias al fondo del pasillo, para preservar la confidencialidad del proceso, y Gandolfi tenía la sensación de estar en una especie de pasaje maloliente, eso le irritaba y hacía que sus dolores de cabeza fueran más insoportables aún.

Con Scanziani y el patriarca, estaban sentados del mismo lado de una mesa tan pequeña que sus vestiduras se tocaban. Gandolfi observó a sus colegas. A la izquierda, el patriarca se mostraba imperturbable. A la derecha, Scanziani parecía tenso. No le perturba el resultado del proceso, se dijo Gandolfi. Sino, ya, la emoción de verse vestido de obispo. Dentro de un día o dos, el Turquetto sería colgado y Scanziani presumiría: «¡Bueno pero qué pensaba! ¡La Iglesia no está aquí para que se burlen de ella!». Venecia le

reconocería la paternidad del orden recuperado. «¿Habéis visto como resuelve el caso de quienes no permanecen en su lugar?», diría la gente.

Los dominicos... Coléricos a quienes les gustaba hacer que reinase el terror. Vanidosos... Además, Gandolfi les había detestado siempre. Y el tal Scanziani, con sus albas de lino blanco... Un bailarín mundano y nada más. Había tenido, por lo menos, el mérito de dejarse corromper. ¿Pero era preciso llegar hasta aquí? El Turquetto había hecho trampa, mentido y engañado, era culpable de herejía, de acuerdo. Pero ese proceso era estúpido. El hombre que había dado al cristianismo las mayores obras maestras de arte sacro iba a morir por el mero crimen de no ser cristiano.

Al menos, se dijo Gandolfi, su obra va a salvarse... La idea le tranquilizó por unos instantes, luego se sumió de nuevo en el desaliento, leyó el acta de acusación con nerviosismo, tropezó con las palabras varias veces y, finalmente, levantó los ojos hacia Elías.

—Elías Soriano, conocido por el nombre de Ilias Troyanos, llamado el Turquetto, ¿aceptas los hechos?

—Los acepto —respondió Elías.

—Entonces, que el juez inquisidor se exprese en nombre de la Santa Iglesia y de la defensa.

—He convocado a dos testigos —dijo Scanziani—. No he considerado necesario citar a quienes comprobaron la circuncisión, puesto que ésta se ha admitido.

Lanzó una oblicua mirada a Gandolfi. Con prelados como él, la Iglesia podría contar los días que le quedaban de vida. Una cagona dispuesta a ser devorada por los reformados, en eso se había convertido la Iglesia. ¿De qué sorpren-

derse? Roma estaba poblada por cobardes... empezando por este nuncio. Le veía venir, con su lacrimoso discurso: «No ha hecho más que pintar obras maestras... Su única falta habrá sido nacer judío, como Nuestro Señor... Mirad a esos fieles, que arrobados están ante sus Madonnas y sus Cristos crucificados...». Pura fechoría disfrazada de pensamiento.

—Presenta tu primer testigo —dijo Gandolfi.

Scanziani hizo llamar a Filippo Cuneo.

Cuando éste entró en la sala, con la cabeza gacha, Gandolfi apenas le reconoció. Los rasgos de su rostro se habían aflojado hasta el punto de que su fisionomía había cambiado. Cuneo era un hombre acabado.

Cuneo contó los acontecimientos que siguieron al descubrimiento de *La Cena*. La cofradía de Sant'Antonio le había destituido de sus funciones. Ahora, cuando él pasaba, los rostros se giraban. No se atrevía ya a saludar a nadie, por miedo a ver que ignoraban su salud. Y a Turquetto le debía haberse convertido en un intocable en Venecia, a él y a sus disimulos. A un hombre en quien había puesto una confianza sin reservas... A quien había considerado como el más extraordinario de los pintores...

—¡Habría que pintar por completo de amarillo a los judíos! —concluyó Cuneo—. Eso permitiría reconocerles antes de que llevaran a cabo sus manejos.

—Dinos los términos del contrato que te unía al Turquetto —dijo Scanziani.

—Le pedimos que pintara la gloria de Venecia con fidelidad a las raíces del cristianismo...

Movió tres o cuatro veces la cabeza, muy deprisa, y prosiguió:

—¡Y nos ha traicionado a todos! A Venecia, a la Iglesia, a la cofradía, a todos! ¡Del modo más infame!

—Limitate a los hechos —intervino Gandolfi—. ¿En qué consistía el encargo?

Cuneo precisó las modalidades del contrato: dimensiones de la tela, número de personajes, plazo, emolumentos, así como algunas indicaciones técnicas sobre la calidad de los colores y su procedencia. Insistió en la atención de la que había dado pruebas en cada etapa, y especialmente acerca del judaísmo, exigiendo que los colaboradores del Turquetto fueran todos buenos y verdaderos cristianos. Concluyendo, de todos los bribones que había conocido en su vida, el Turquetto era el más temible. Ese hombre había hecho de la mentira su oficio.

—Así pues —resumió Scanziani— el contrato exigía que nadie, en los talleres, fuera de confesión judía. ¿Firmó el acusado este contrato?

—Lo firmó efectivamente —dijo Cuneo—. Ante mí y ante notario.

—Fue perjuro, pues —concluyó Scanziani, dirigiéndose a Gandolfi.

—Comprendo —dijo el nuncio—, comprendo... Pero salvo por este aspecto, algo técnico, y me perdonarás la expresión, inquisidor, por todo lo demás, me refiero a la propia pintura, los plazos, el tamaño, la factura, en resumen por lo que se refiere a lo esencial, ¿se respetó el contrato?

Scanziani se inclinó hacia él y susurró en un tono que quiso ser cómplice:

—No nos ocupamos de eso, nuncio...

Gandolfi no reaccionó y miró a Cuneo, levantando la ceja, aguardando una respuesta.

—En un sentido muy estricto, sí, excelencia —respondió Cuneo.

Gandolfi se dirigió a Scarpa:

—Tienes derecho a interrogar al testigo. Aunque, en estas circunstancias...

—Ya sé —dijo Scarpa—. Mi cliente no niega los hechos. Sin embargo, algo me inquieta... A mi entender... hablo con la reserva de mi ignorancia en materia de cuadros y de contratos, imagino que no suele incluirse una cláusula de no-pertenencia a la raza judía... El testigo ha encargado un gran número de cuadros. ¿Ha recurrido alguna vez a esa cláusula, especialmente con el Turchetto? Su cofradía había firmado ya otros contratos con él, creo...

Cuneo permaneció silencioso, con la mirada en el suelo.

—Responde —ordenó el nuncio—. Estás en el tribunal.

—Era la primera vez —dijo Cuneo con voz átona.

—Entonces es que existían circunstancias particulares —prosiguió Scarpa—. ¿Podemos saber cuáles?

—Sospechábamos que mantenía una relación con una judía —respondió Cuneo—. Por aquel entonces, ignorábamos que el Turchetto fuera judío. Queríamos evitar un escándalo. Como el que afectó a Boccadoro y su familia.

—¿Y qué ocurrió? —insistió Scarpa.

—A ella la mataron —intervino Elías—. Al día siguiente de aquel en el que firmé el contrato, ella fue apaleada y arrojada al canal.

Gandolfi miró al Turchetto con súbita curiosidad:

—Una sorprendente coincidencia, ¿no?

Elías permaneció silencioso.

—Una vez más —le susurró Scanziani al nuncio—, esto no es pertinente.

Gandolfi levantó la mano:

—Si me lo permites, inquisidor, yo presido los debates.

Le preguntó a Cuneo si tenía alguna sospecha acerca de esta muerte. Si se trataba de un asesinato por encargo, ¿quién lo había hecho y con qué objetivo? Con los ojos clavados en el suelo, Cuneo respondió que nada sabía de eso.

—En el fondo, ese crimen venía al pelo —dijo Gandolfi—. Tú deseabas que el Turquetto pusiera fin a su relación, ¿hay algo más seguro que ordenar la muerte de la amante?

Cuneo permaneció silencioso, sin apartar los ojos del suelo.

El nuncio preguntó a Elías en qué circunstancias había conocido la muerte de la judía.

—Dos días después de que Cuneo me hubiera intimado a no seguir viendo a Rachel, la policía vino a anunciarme que la habían matado.

De modo que Tisi no había tenido que mover un solo dedo, se dijo Gandolfi. Presa de su vanidad, Cuneo había encargado el asesinato de la judía y empujado al Turquetto a la revuelta.

Permaneció unos instantes con la cabeza entre sus manos, luego despidió a Cuneo e hizo llamar al segundo testigo. Era Achille.

—Es otra faceta de este criminal la que deseo ilustrar con la presencia de este testigo —dijo Scanziani.

Más allá de sus crímenes contra la Santa Iglesia, el Turquetto merecía ser juzgado por crueldad. Su mujer, Stefa-

nia, había perdido la razón y vivía ahora en un estado de postración. En cuanto a su hija, había tenido que abandonar Venecia.

—¿Durante todos estos años —preguntó Scanziani a Achille—, vuestra esposa, vuestro suegro y vos mismo nunca sospechasteis que el Turquetto fuese hereje?

—El testigo no puede pronunciarse sobre los sentimientos de los demás —intervino Scarpa.

—A pesar de todo, deseo responder —dijo Achille.

—Decidnos vuestros sentimientos y nada más —decidió el nuncio.

—Este hombre nos mintió —prosiguió Achille—. Nos ha sumido en el oprobio. Mi suegra ha perdido la razón. Mi mujer se ha marchado a Ferrara donde vive con nuestra hija. ¿Cómo podrá regresar a Venecia algún día y afrontar las miradas? A ojos de nuestra Santa Iglesia, ahora es bastarda. ¡E hija de judíos! ¿Os dais cuenta del desastre?

—Gracias —dijo el nuncio.

Pero Achille no había satisfecho su rabia. Con mirada maligna, solicitó autorización para añadir algunas palabras.

—Con permiso del presidente —dijo Scanziani.

El nuncio se encogió de hombros. Estando como estaban ya...

Entonces Achille dejó que hablara todo su odio. Esa rata tenía que pagar. Que reventase. Sí, él siempre había sospechado de su suegro. Desde la primera vez que lo vio. Incluso su padre le había puesto en guardia: «Este hombre me produce una impresión extraña, le había dicho. No es de los nuestros.» Era una sensación vaga, pero de todos modos..., añadió Achille.

—¿Qué sospechabais de él? —preguntó el nuncio.

No podía precisarlo.

—Me hacía pensar en una rata. Ya sabéis, esas grandes ratas de las que nunca sabes por qué lado van a llegar. Daba la impresión de estar ocultando algo. Como decía mi padre, cuando alguien no es de aquí, no es de aquí, ieso es todo!

—¿Era un buen marido? —preguntó Scarpa.

—¡No! —respondió Achille—. ¡Siempre ausente y, además, esa corta relación con la judía...!

—¿Es esto un delito? —soltó Scarpa.

—Un cristiano no puede mantener relaciones íntimas con una judía —intervino Scanziani—. Sois abogado, ¡debeís conocer la ley!

—Pero el Turquetto no era cristiano —prosiguió Scarpa ocultando, a duras penas, haber marcado por fin un punto—. ¡No podía serlo en sus relaciones con una judía si tampoco lo era de otro modo!

—Gracias —dijo Gandolfi—, hemos comprendido.

Achille se volvió hacia Elías, le miró con desprecio y abandonó la sala. El nuncio preguntó a Scarpa si la defensa tenía testigos.

—Se lo he pedido a varios aprendices del Turquetto... A varios pintores también... Ninguno ha querido venir. He aquí, pues, mi único testigo —dijo Scarpa, dirigiéndose hacia el pasillo por donde habían llegado Cuneo y Achille.

Dejó pasar a un hombre de unos treinta años, pelirrojo, alto y muy gordo. Lucía una barba de un color más rojo aún que el de su pelo. Sus ropas eran negras y llevaba la cabeza cubierta con un sombrero negro de ala ancha, que se quitó,

bajo el que llevaba un casquete, negro también. Sudaba mucho.

—Moshe Benardouth, rabino del ghetto —anunció Scarpa, dirigiéndose al nuncio.

—Lo conozco —dijo el nuncio—. Viene a menudo como testigo. Te saludo, Benardouth.

Scarpa se volvió hacia el rabino.

—Dinos la ley de los judíos sobre la representación de los seres y las cosas.

—Es la ley del Éxodo —dijo Benardouth—. Es retomada en el Deuteronomio.

Se interrumpió, se secó la frente y el cuello, luego miró a Scarpa:

—¿Prosigo? Dice: «No harás imagen tallada o imagen de representación de las cosas del cielo y de la tierra. No representarás nada ni a nadie. Ni siquiera la piedra del altar construido para loar al Señor sufrirá los golpes del sílex.»

Miró a los tres hombres sentados ante él y se dijo que nada le parecía más detestable que acudir al tribunal de los cristianos. Se sentía allí más extraño aún que en las calles de Venecia. Pero debía salvarse a un judío, y había acudido.

—Gracias —concluyó el nuncio—. Conocemos la Antigua Alianza y sus exigencias... Puedes disponer, rabino.

—¡Un momento! —intervino Scanziani.

Miró al nuncio sonriendo:

—¿Me permitís?

Por el modo como Scanziani había dicho esas palabras, el nuncio comprendió que iba a proceder a la ejecución. Aquel abogaducho cretino había querido jugar a ser el más

agudo y el otro iba a hacerle caer, como un artista, en la trampa.

—Quisiera que nos refrescaras la memoria, puesto que somos de la Nueva Alianza... —dijo el inquisidor con voz dulce.

Se volvió hacia el nuncio:

—¿Puedo atreverme a pedir...?

—Hazlo —respondió Gandolfi—, hazlo...

Era el fin.

—Así pues, rabino —prosiguió Scanziani—, si uno de los tuyos comenzara a venerar a dioses distintos del vuestro... Si incitase a los demás a hacerlo... Si los representase... ¿Qué castigo le reservaríais?

De inmediato, Scarpa comprendió que su cliente sería colgado.

El rabino estaba hablando:

—Sería castigado con la muerte por cada uno de estos crímenes.

—Así pues —prosiguió Scanziani con una voz dulce aún—, si este tribunal no fuera de los cristianos sino el de los judíos (se detuvo unos segundos), y digo bien: el de los judíos, y tuvierais que juzgar al Turquetto por el mismo, y digo bien (hizo una pausa de nuevo), por el mismo crimen exactamente que éste por el que comparece aquí, ¿a qué pena sería condenado?

Se hizo un largo silencio.

—Debe responder, rabino —dijo el nuncio.

Un judío jamás debe ir a casa de los cristianos, se dijo Benardouth. Esa gente es diabólica. Te llaman diciendo que vas a salvar a unos de los tuyos y te encuentras colgándole con tus propias manos.

Movió la cabeza en silencio.

Gandolfi hizo un gesto de impotencia:

—Debe responder, rabino. Sea cual sea tu turbación.

—Le condenaríamos a muerte —soltó Benardouth—. Aunque por todo eso, nosotros que no tenemos tierra, debamos aplicar la ley de quienes nos albergan.

Scanziani esbozó una franca sonrisa. Este rabino era un verdadero regalo:

—Comprendo. Pues bien, imaginemos que estáis en una tierra vuestra, que juzgáis al Turquetto, aquí presente, de acuerdo con vuestras leyes, es decir (se volvió hacia Elías), de acuerdo con las suyas. ¿A qué le habríais condenado por los crímenes que le reprochamos?

Este hombre es un perro, se dijo Benardouth. Movió la cabeza, se secó de nuevo la frente y, luego, añadió en voz apagada:

—Vuestra Iglesia tiene sus leyes. Nosotros, las nuestras. Sería lapidado.

El nuncio se volvió hacia Scarpa:

—Abogado, ¿tienes otras preguntas que hacer a tu testigo?

Scarpa no reaccionó.

—¿Y tú, juez inquisidor?

—Ninguna —dijo Scanziani—. Realmente ninguna.

No sonreía ya. Había llevado a cabo su jugada con inaudita elegancia. Lograr que un hombre fuera condenado a muerte por su propio testigo de descargo... ¿Quién más podía aspirar a semejante talento? Nadie. Sencillamente, nadie. Iban a decir: «El tal Scanziani es muy bueno... Logra que ahorquen sin ni siquiera levantar un dedo...» Y eso le

complacía tanto, tan inmensamente, que sus sentimientos iban más allá de lo que podía expresar una sonrisa. De pronto, se sintió dueño de todo. Del tribunal. De Venecia. De los inquisidores. Pronto sería obispo. Era obispo ya. Y estaba incluso en otra parte. Donde otros desafíos le aguardaban. Más espectaculares. Y todos a su alcance, claro...

—Sigamos adelante —prosiguió el nuncio con voz fatigada—. Tu alegato, juez inquisidor.

Con los ojos clavados en Elías, Scanziani repitió, uno a uno, los cargos de los que le acusaban y recordó, en cada uno de ellos, la pena usual:

—En resumen, acogimos a este hombre. Le permitimos entrar en nuestras casas. ¿Y qué hemos recibido a cambio? Un escupitajo en pleno rostro. Una blasfemia que se expone en los muros de nuestras iglesias, de nuestros conventos y de nuestras cofradías.

Habría podido hacer la acusación en nombre de la Antigua Alianza, por fidelidad a la herencia que los cristianos le debían, como tan acertadamente había recordado el Turquetto en su *Santa Cena*... Como el rabino había dicho, aquel hombre no sólo había incomodado. Había contaminado la Santa Iglesia con sus obras blasfemas. Había mentido a su mujer y la había llevado a la locura. Había mentido a su hija y a su nieta, a quien, con su generosidad, el nuncio, aquí presente, había dado el bautismo... Había engañado a todo el mundo. A judíos y a cristianos, ortodoxos y católicos, a su familia de Constantinopla y a la de Venecia, a su mujer y a su amante, a la cristiana y a la judía. A todos. Dejó que se hiciera el silencio:

—Este hombre mancilla todo lo que toca. Nos obliga a

protegernos de sus actuaciones, y hablo en nombre de nuestra Santa Iglesia tanto como en el de la República. Debe respetarse el orden de las cosas. El orden de las cosas... Por eso pido (dejó que pasaran unos segundos de silencio) que el Turquetto sea ahorcado.

Volvió a sentarse.

—Te toca hablar —dijo el nuncio a Scarpa—. Defiende a tu cliente.

Scarpa se levantó y señaló al Turquetto con el índice:

—Este hombre está ante vosotros...

De pronto, su voz derrapó. Se detuvo y se aclaró la garganta. Cuando se disponía a tomar de nuevo la palabra, Elías le susurró:

—Lo harás tan bien como puedas, abogado. Estoy seguro de eso.

—Este hombre está ante vosotros por una sola razón —empezó de nuevo Scarpa con voz insegura—. Es un extranjero que no quiso seguir siéndolo. Hizo todo lo posible para ser como los demás. Por eso mintió e hizo trampa.

Scarpa se interrumpió de nuevo, dejó pasar unos instantes, con los ojos fijos ante él, sin moverse, luego prosiguió:

—Se equivocó al hacerlo. Pero nos ha colmado. Nos ha aportado el consuelo.

—Ha violado el orden establecido —soltó Scanziani con desdén.

Scarpa miró al nuncio:

—¿Puedo continuar?

Gandolfi hizo un gesto con la mano.

—Sin ser extranjero —prosiguió Scarpa—, ¿habría podido expresar la fe cristiana de un modo tan universal?

—¿Ha mentido! —soltó Scanziani—. ¡Se ha burlado de nuestra Iglesia!

El nuncio le interrumpió:

—Deja hablar al abogado.

—Ha comprendido la soledad, la de cada ser humano. Y la ha expresado con compasión y humanidad. No ha querido hacer nada malo —concluyó Scarpa—. Merece el perdón.

—¡El cristianismo está ahí para perdonar a los suyos! —replicó Scanziani—. ¡No a los herejes!

—Vamos —intervino el nuncio—, acabemos de una vez. Abogado, ¿tienes algo más que decir?

—Solicito clemencia.

—¿Y tú? —le dijo el nuncio a Elías—. ¿Tienes algo que añadir?

Él agitó la cabeza. Todo se había dicho ya.

El nuncio se inclinó hacia el patriarca. Intercambiaron en voz baja algunas palabras y el prelado inclinó la cabeza en señal de asentimiento. Luego el nuncio se volvió hacia Scanziani y le susurró, muy deprisa, unas palabras al oído. Luego, miró a Elías:

—Voy a emitir nuestra sentencia, Turquetto. Levántate. Elías se levantó, Scarpa lo imitó.

—Ilias Troyanos, llamado el Turquetto, mañana al anochecer serás ahorcado.

—Y cuando hayas entregado tu alma —añadió el dux—, tu obra será quemada en la plaza.

—¡De qué estás hablando! —exclamó Gandolfi—. ¡La demanda de auto de fe ha sido retirada! ¡Ante ti!

Se volvió hacia Scanziani:

—¿Es una tomadura de pelo?

El dux hizo el gesto de apaciguamiento que tanto le gustaba:

—El canciller llevó la demanda al Senado. Con mi asentimiento e incluso, te lo aseguro, con mi apoyo. El decreto se votó hace dos días.

Con los ojos clavados en los del dux, Gandolfi permaneció silencioso. No había salido de casa a causa de la jaqueca...

El dux se deshizo en explicaciones. No había podido hacer nada... El canciller era del todo competente... El decreto presentado al Senado había sido votado por unanimidad.

—La unanimidad es rara, en el Senado. Digamos que nunca se había producido, que yo sepa...

—¡Es un decreto estúpido! —dijo Gandolfi—. Quemar las telas, ¿y luego? ¿Qué más tienes?

—La razón de Estado —respondió el dux—. La razón de Estado...

La ley había sido violada. El canciller había presentado una demanda de auto de fe. No había tenido otra opción. Conservar las telas del Turquetto era injuriar a la Iglesia. El Papa se lo habría reprochado a la República.

Gandolfi miró a Scarpa:

—¿Estabas al corriente?

—Desde ayer —respondió Scarpa—. Y mi cliente desde esta mañana.

Se volvió hacia Scanziani y lo fulminó con la mirada:

—¿Y tú qué dices?

—Yo nada he tenido que ver —dijo Scanziani con mirada huidiza.

Gandolfi acercó su cara a la de Scanziani, hasta que su boca tocó casi la oreja del inquisidor, y silbó:

—Sólo eres un hijo de puta.

Luego se volvió hacia el Turquetto:

—¿Y tú, qué dices?

—Yo acepto la sentencia —respondió Elías.

Con la mirada fija en el suelo, Gandolfi se dirigía con paso lento hacia la nunciatura. Cuando llegó ante Santa Maria Formosa, se detuvo. Estaba agotado, asqueado y colérico a la vez. Este hombre es un cretino, debía decirse la gente que se cruzaba con él. Un campesino apenas desasnado que se ha dejado engañar por unos burgueses hábiles y ambiciosos.

Permaneció inmóvil ante la iglesia, con los ojos en el vacío. ¿Qué podía su Iglesia ante todas aquellas ambiciones?

De pronto, dio media vuelta y comenzó a andar muy deprisa. Cruzó la explanada de San Marcos, pasó por el puente San Moisè, prosiguió con rápidas zancadas hasta el campo Santo Stefano, subió de dos en dos los peldaños de Sant'Antonio y llegó al primer piso de la cofradía, jadeante y empapado en sudor. El refectorio estaba vacío. Se sentó en uno de los bancos y permaneció inmóvil, mirando al suelo. Cuando recuperó el aliento, levantó lentamente la cabeza y miró la *Cena*.

Ser cristiano era eso. Esperar al otro. Como hacía el Cristo del Turquetto. Esperarle con una paciencia infinita.

Decirle: Te tomaré en mis brazos y te diré que estamos solos, siempre, tú, yo y los demás, todos mientras somos. Solos hasta el día del Juicio Final. Solos e inconsolables por tanta soledad.

Advirtió que sus mejillas estaban bañadas en lágrimas y las secó con la mano sin dejar de mirar la tela. Al día siguiente, a la misma hora, quedaría hecha humo.

Tenía que reaccionar. Compensar su ingenuidad. Y únicamente había para ello un solo camino. Si las telas del Turchetto tenían que arder, que pudiera al menos pintar otras. En otra parte. Tenía que ayudarle a escapar.

Se levantó, salió de Sant'Antonio y corrió hacia la cárcel.

—Soy el nuncio —le dijo Gandolfi a Corrado—. ¡Llévame hasta el Turquetto! ¡Pronto!

Estaba jadeante, febril y empapado en sudor.

El guardia sintió miedo:

—Si hay algún problema, golpearéis los barrotes con el bastón, ¿no es cierto?

—Está bien —soltó Gandolfi—, ¡avanza!

Cuando llegaron ante la celda de Elías, el guardián vaciló.

—¡Lárgate! —soltó Gandolfi.

Al estar frente al Turquetto, le miró con cólera:

—¿No podías pintar una Cena sin crear polémica?

Elías se encogió de hombros.

—¿Qué quiere decir esto (el nuncio imitó dos veces su gesto, con burla)? ¿Has perdido la lengua?

—Se me ocurrió de pronto.

—¡De pronto! ¡De pronto! ¡Pamplinas!

—Cristo era judío...

—Sé muy bien que era judío. ¡Y Rachel también! ¡Y tú también! ¿Qué puede importarme eso? ¿No tenías otro modo de librarte de tus obsesiones? ¿Necesitabas meterlas en tu pintura?

Soltó un suspiro de despecho:

—Me importa más el tiempo que hizo ayer que saber si eres judío. ¡Tu mentira era perfecta!

Se hizo el silencio.

—Pinté la verdad —dijo Elías con voz fatigada.

—¡La verdad! ¡La verdad! ¿Sabes tú qué es la verdad?

—Lo que ocurrió —respondió Elías—. No fue Cuneo el que mató a Rachel. Ni siquiera sus sicarios. Fue toda Venecia. La mataron porque era judía. Como Cristo. Eso es lo que pinté.

—¡Pamplinas de nuevo! La única verdad es la que vuelve más agradable la vida a la gente. Blasfemaste, ¡y qué! ¿Sabes lo que quiere decir blasfemar? Hablas griego, ¿creo?

Elías asintió con la cabeza.

—¡Y entonces! ¿Qué quiere decir? ¡Dilo!

—Dañar el renombre.

—¡Eso es! ¡No insultar a Dios! ¡No escupir sobre la cruz! ¡Charlar y nada más! En su vanidad, nuestra Iglesia hace que su renombre prevalezca sobre sus beneficios.

Miró a Elías y susurró:

—Voy a organizar una comida. Tendrás la posibilidad de escapar. Permanece atento. Y, sobre todo, no bebas. ¿Me has comprendido?

Golpeó con su bastón los barrotes. Llegó Corrado:

—¿Os acompaño?

Con los ojos clavados en los de Elías, el nuncio no se movió.

—La última noche es siempre difícil —añadió Corrado, dirigiéndose al nuncio—. Pero estoy aquí. Si el Turquetto quiere hablar...

–Quiero compartir su última cena –le dijo Gandolfi al guardián.

–Ignoro si el reglamento lo admite...

–Yo me encargo de todo. No te preocupes (le metió dos monedas de oro en la palma de la mano). ¿Tienes diez bribones que esperen ser juzgados y se arriesguen a la muerte?

–Catorce, monseñor, tal vez más.

–Instala una mesa larga en este vestíbulo. Haré que traigan la comida y tú harás que vengan diez bribones. No más. Y no menos. Vendrá el Turquetto. Tú también. Y yo.

Hizo ademán de marcharse, luego se volvió:

–Cuando los guardias de abajo vean llegar un festín, querrán también. Me encargaré de que haya bastante para todos.

—Cinco aquí, cinco allá y, en medio, el Turquetto —dijo Corrado.

Había puesto la mesa en un corredor tras haber colocado, una junto a otra, dos tablas largas y estrechas, de modo que sólo había lugar para sentarse en un lado. El nuncio y él se pondrían al extremo de la mesa.

Sucios y harapientos, los diez prisioneros miraban la comida sin comprender. La nunciatura había hecho llevar doce piernas de cordero, tres cerdos a la brasa, ocho inmensas lubinas asadas y seis platos de maíz en puré, sin mencionar los frascos de vino.

«Prepara para treinta, le había dicho Gandolfi a su mayordomo, y elige lo mejor.» Del vino se había encargado él mismo y había preparado una mezcla de dos plantas, una dosis entera de mandrágora para el efecto anestésico y media dosis de beleño, para la euforia. Así, el sueño llegaría de modo lento y natural.

—¿Es para nosotros? —preguntó Alfredo, un mercader de madera que había apuñalado a su cuñado, cierta noche en la que las cuentas de su tienda no le habían salido.

—¿Para quién, sino? —respondió Corrado.

—¡Para el Papa! —soltó Julio, un violador—. ¿No lo sabías? Viene bajo los plomos para darnos su bendición antes de que nosotros le rindamos el alma. ¡Viene a verificar la mercancía!

Se oyeron unas risitas.

Corrado hizo que Elías se sentara en mitad de la mesa:

—Esperaréis a que yo vuelva para servirlos.

La precaución era superflua. Los prisioneros tenían los ojos clavados en los pedazos de comida y en los frascos, pero ninguno de ellos osaba servirse.

La llegada de Gandolfi produjo incomprensión. Por completo vestido de blanco, llevaba al cuello una cadena adornada con una gran cruz de oro y su sayal de franciscano en la mano.

—*¡Madonna santissima*⁵¹ —exclamó Julio—, yo estaba en lo cierto! ¡Es el Papa!

El nuncio levantó la mano en un gesto de apaciguamiento:

—Tranquilizaos, no soy el Papa. Me llamo Angelo Gandolfi. Soy el nuncio.

—¿Qué es el nuncio? —soltó uno de los prisioneros.

—¿Quién te ha dado vela en este entierro? —dijo Corrado.

—¡Es un Papa! —soltó otro.

Corrado gruñó de nuevo.

—Las preguntas son legítimas —intervino Gandolfi—, voy a responder.

Se sentó, posó su mirada en cada uno de los prisioneros

51. Santísima Virgen.

y se preguntó qué le distinguía de ellos. También él iba a caer en la transgresión. La víspera por la noche había releído un pequeño panfleto que había guardado, oculto, en su biblioteca. Era un texto que el Concilio de Trento había puesto en el índice, titulado *De principatibus*, «de los principados». Su autor, un florentino, afirmaba que, si se trata de hacer el bien, el fin justifica los medios. Gandolfi se disponía a emborrachar. A corromper. Ya había intentado comprar al vanidoso de Scanziani, sin éxito, es cierto. Estos manejos le asqueaban. Pero se repitió que, por comparación con los beneficios que iba a proporcionar permitiendo al Turquetto seguir pintando, el pecado sería irrisorio.

Recorrió de nuevo a los prisioneros con la mirada y levantó la mano:

—Hermanos míos... Vais a comer y beber. Hacedlo sin apresuraros. Llenad vuestra panza. Saciad vuestra sed. Luego, hablaremos. ¡Vamos!

Los prisioneros se lanzaron sobre las viandas, pero lo hicieron primero sin comerlas. Querían garantizársela antes de que desapareciera. Cada cual tomaba lo que podía, éste un filete de pescado arrancado a manos llenas, aquel toda una pierna, el otro un jarrete de cerdo... Un minuto más tarde, las grandes bandejas estaban medio vacías y los platos desbordaban. Entonces, teniendo ante ellos algo que más parecía un botín que un banquete, los prisioneros comenzaron a engullir pedazos de carne o de pescado a una velocidad prodigiosa y tragaron, en muy poco tiempo, la mayor parte de lo que había en la mesa.

Al cabo de media hora, tras haber comido más de lo que habían comido en un mes entero, su ritmo se hizo más len-

to. El vino con plantas comenzó a dejar sentir sus efectos y su elocución se hizo lenta. Comenzaron a eructar.

Gandolfi levantó la mano de nuevo:

—Escuchadme, voy a hablaros de mí y de lo que hago. Tras ello, cada cual dirá quién es y qué actos ha cometido para estar bajo los plomos.

Contó su infancia pasada en las altiplanicies de los Abruzzos, explicó la decisión que habían tomado, por él, de entrar en religión, el deseo que sus padres tenían de que no se muriera de hambre. Habló de su vida de sacerdote, que tanto le gustaba, y puso algunos ejemplos de su trabajo.

Luego se volvió hacia el primero a su izquierda.

—Ahora, vosotros. Comenzaremos por ti. Dinos tu nombre y el motivo de tu presencia bajo los plomos.

El muchacho apenas tenía veinte años, miró al nuncio con impertinencia:

—¡Severino! ¡Asesinato de una puta!

—Todas los son —soltó Julio.

—Ésta era especial.

—¡Cuenta!

—Tenía el culo de las mujeres de Bolonia. ¡Una maravilla de culo, redondo e inmenso!

—¡Y la mataste, cretino!

Todos se troncharon.

El nuncio hizo un gesto de apaciguamiento y se dirigió al siguiente:

—Tú.

—Primo —dijo un hombrecillo bajo y ancho de pecho—. He violado.

Contuvo un eructo.

—Arturo —murmuró su vecino—. Violación y asesinato.
—Julio, violación también. Pero no asesinato. Sólo tentativa de asesinato. Consiguió escapar.

Varios prisioneros soltaron de nuevo la risa. El nuncio se dirigió al siguiente:

—Ahora tú.

—Martino. Asesinato de mi mujer.

Contuvo un bostezo.

Gandolfi miró a Elías:

—Y aquí estás, Turquetto. El mayor de nuestros pintores...

Barrió con la mirada la mesa:

—A él le debéis esta comida. Para que su última noche le resulte tan dulce como sea posible. He hecho traer los mejores manjares. Y os he hecho venir para que se sienta menos solo.

Se hizo un silencio.

—Turquetto, ¿quieres decir algo?

Elías negó con la cabeza. Toda aquella agitación le parecía inútil. Había hecho lo que debía hacer. Y, además, estaba cansado. No iba a huir.

El nuncio miró al que estaba sentado a su izquierda:

—Ahora te toca a ti.

—Alfredo. Robo y asesinato.

—¿Y tú? —dijo Gandolfi al siguiente.

—Bruno. Un ajuste de cuentas. Con un bribón (hipó)... Perdón... (se rio). Lo maté. No fue adrede, lo juro, aunque lo mereciese.

—¡Tú!

—Giacomo. Violación y asesinato de una niña perversa.

Se encogió de hombros:

—De todos modos...

No terminó su frase.

El nuncio miró hacia los dos últimos.

—Domenico. Maté a un cura. Lo estrangulé.

El muchacho tenía los ojos gachos.

—¿Qué te había hecho?

—Me dio por el culo, padre. Durante años, sólo me dio por el culo. Todo el tiempo. Lo maté porque a mí me había dado demasiado por el culo.

—¡A los curas les gustan los chicos guapos! —soltó Primo.

Sonó una carcajada general.

—De vez en cuando —prosiguió Julio—, hay uno que prefiere una buena cabra.

Se troncharon de nuevo. Gandolfi levantó el brazo:

—Comprendo, comprendo...

Se volvió hacia el siguiente:

—¿Y tú?

—Niccolò. Maté a mi padre. Acariciaba a mi hermana y, entonces, le rajé la garganta y le vacié de su sangre.

Hubo un largo silencio.

—Ahora —dijo Gandolfi—, quisiera que cada uno de vosotros reflexionara sobre esta pregunta: ¿Las cosas habrían podido pasar de otro modo?

—¡Habría sido necesario cambiar nuestra estrella! —soltó Julio.

—Para cambiar de estrella es preciso, antes, tener una.

Era Niccolò:

—Si tienes un padre que se folla a tu hermana, ¿dónde está tu estrella?

—Nuestra estrella —dijo Giacomo— está en lo más hondo de nuestro culo.

—No hemos tenido suerte —prosiguió Julio.

Se volvió hacia Gandolfi:

—Tú sí has tenido suerte. Y vienes ahora a contarnos la misa.

—¡Eso es cierto! —dijo Alfredo—. ¡Es fácil ir contando la misa cuando se ha tenido suerte!

—¡Cállate! —soltó Corrado con la voz pastosa.

—¿Por qué vienes a burlarte de nosotros? —preguntó Domenico, levantándose con aire amenazador—. Puesto que hablas con Dios, dile que nos metió nuestra estrella en el fondo del culo.

—¡Cállate o te devuelvo a la celda! —intervino Corrado.

Domenico volvió a sentarse con maligna mirada.

—Si se pudiera comenzar de nuevo, claro está... —soltó Severino.

—¿Habrías hecho algo distinto? —preguntó Alfredo.

—Me habría jodido a tu hermana —respondió Severino, soltando la carcajada.

Alfredo se encogió de hombros:

—¡Cretino! Mira veinte años atrás. ¿Qué habría cambiado eso? ¡Habrías seguido siendo el mismo crápula!

—¡Exactamente! —masculló Domenico.

Ahora, toda la comida había sido devorada ya. Quedaban algunos frascos que los prisioneros vaciaban lentamente. Corrado se había dormido con la cabeza en la mesa. Sólo Elías y Gandolfi se mantenían erguidos.

Unos de los prisioneros levantó la cabeza y se dirigió al nuncio con voz pastosa. Era Giacomo:

—Durante toda mi vida, los ojos de la gente me han dicho: en cuanto te muevas, te mato.

Tras ello, apoyó la cabeza en la mesa y se durmió.

Gandolfi miró a Elías:

—Los guardias de abajo se han adormecido. Mi mayor-domo está con ellos. Voy a marcharme. Dejaré la puerta abierta. Ponte mi sayal y huye.

Le entregó una bolsa de piel en la que había puesto diez ducados:

Elías permaneció impasible.

—¡Te digo que el camino está libre! ¡Vete!

Elías le miró largo rato, luego soltó:

—Me quedo.

El nuncio sacudió la cabeza, con ojos pasmados:

—¡Te digo que puedes huir! ¡Seguir pintando!

—Hice lo que debía hacer —dijo Elías—. Me quedo.

—¡Puedes seguir pintando! ¡Hacer feliz a otra gente!

—Hice lo que tenía que hacer —repitió Elías—. Y además estoy cansado.

Se levantó. Gandolfi le tendió el sayal y, luego, lo apretó con fuerza contra su pecho y se marchó.

—¿Has visto cuánta gente? —preguntó Corrado.

Enzo, el verdugo, un hombrecito flaco y voluble, respondió susurrando:

—El pregonero ha pasado tres veces... Además, hoy...

Quería decir, sin que el condenado le oyera, que con una celebridad como el Turquetto habría más gente de la que jamás habría tenido en un ahorcamiento.

Se volvió hacia el condenado:

—¿Estás listo para el gran viaje...?

Era la observación con la que le gustaba iniciar el diálogo con aquel a quien iba a ejecutar.

Los condenados reaccionaban siempre y Enzo contaba, goloso, aquellas frases a su mujer, a su hijo, en las posadas y a quien quería escucharle. Dividía siempre su historia en tres actos: la primera frase del condenado cuando estaba ante su verdugo, su comportamiento durante el trayecto hacia el cadalso y, por fin, sus últimas palabras antes de entregar el alma. Enzo concluía siempre su relato con estas palabras, dichas con aire solemne: «Así lo puse en manos de Dios.» Él era quien recogía las últimas palabras de toda una vida y, en cierto modo, esto le ponía en contacto con el

más allá, es decir, por encima de la gente de su condición. Esa era la grandeza de su oficio.

Enzo aguardó una respuesta, pero el condenado no reaccionó y decidió no insistir.

—Le has puesto la capucha demasiado pronto —le susurró a Corrado—. Se siente ya fuera del mundo...

No quería considerar aquel silencio como un fracaso personal. Tal vez el Turquetto tuviera la costumbre de hablar con príncipes más que con la gente del vulgo, pero, a pocos instantes de la muerte, sería como los demás. Bastaba con tener paciencia...

Ató las manos del condenado y dijo en tono severo:

—Irás descalzo. Es la regla para todos. Ricos o pobres.

Quería marcar su rango, a pesar del silencio del condenado... Pero siguió sin obtener reacción alguna.

—Yo te saludo aquí —dijo Corrado.

Tomó al condenado en sus brazos y añadió:

—Que Dios te guarde.

El otro no reaccionó y Enzo se dijo que, sin duda, estaba demasiado conmovido.

Bajaron dos tramos de estrecha escalera y tomaron por el pasillo que desembocaba en el patio interior de la cárcel. El hombre empezó a titubear.

—Hay que avanzar —le susurró Enzo.

El condenado no se movió. Un guardia le empujó por la espalda y dio dos pasos, luego se detuvo de nuevo.

—¡Avanza! —soltó el guardia.

—Con cuidado —dijo Enzo.

Si quería recoger, dentro de un rato, una última confianza, debía mostrarse solidario.

En la plaza les aguardaba una multitud inmensa. Apenas aparecieron, brotaron gritos de todas partes:

—¡Aquí está! ¡Aquí está!

—¡Hereje! —gritó una voz.

—¡Hereje! ¡Hereje! —repitió la multitud.

—¡Es él! —gritó alguien—. Es el Turquetto.

Se acercó un niño, escupió en su camisa y huyó. Un hombre arrojó una manzana que le alcanzó en el pecho y rodó ante él.

—No te lo tomes a mal —dijo Enzo al condenado—. Ven un cadalso y acuden. En su mayoría, ni siquiera saben lo que has hecho, si ves lo que quiero decir...

No obtuvo repuesta, pero se dijo que el momento importante tenía que llegar aún, que sería un error insistir ahora.

A tres pasos del cadalso, el hombre se detuvo.

—Avanza —susurró Enzo—, pronto habrá terminado.

—¡Se está meando encima! —gritó alguien.

Enzo le tomó del brazo y le ayudó a subir los peldaños:

—Los últimos pasos antes del gran viaje.

Le puso al cuello la gruesa cuerda y la ajustó. Todo iba a decidirse en los próximos segundos. Entonces, con los rasgos tensos, Enzo lanzó la pregunta a la que todos, sin excepción, reaccionaban:

—¿Tienes fe?

¡Sí!, exclamaban los condenados en aquel instante. Naturalmente que tenían fe. ¡Y siempre que el Señor les recibiera en Su casa, tenían incluso más fe de lo que nunca habían pensado tener...

Era preciso que el Turquetto le ofreciera una respuesta.

Tres palabras... Dos palabras... Una sola, incluso, de la que pudiera enorgullecerse, un sí, pues un no sería impensable, aunque por qué no, o tal vez una sorpresa enorme, algo inesperado de lo que luego pudiese hablar con exaltación, antes de soltar a viva voz: «¿Os dais cuenta?, un minuto antes de estar frente al Señor, me dijo...»

El hombre permanecía silencioso y Enzo se dijo que era en balde, inútil, y que no importaba, cuando la desesperación le insufló una idea formidable. Pensó en el partido que podía sacarle a ese silencio, que tenía ahí la ocasión de asentar su autoridad, de utilizar expresiones llenas de sabiduría, como: «Dado el silencio del Turquetto en aquel instante... Según mi propia experiencia en estas situaciones... Esta actitud puede considerarse como una confesión...», y así sucesivamente.

Luego cambió otra vez de opinión. Nada, nunca, sería tan fuerte como las verdaderas palabras... Entonces, en una última esperanza, miró al condenado y soltó con el corazón palpitante:

—¿Estarías dispuesto a comenzar de nuevo?

Entonces, el hombre volvió lentamente la cabeza hacia él y eructó.

El corazón de Enzo dio un brinco. ¡Ya tenía su frase extraordinaria! ¡Un eructo! ¡Formidable conclusión! Ante la muerte, los grandes de este mundo eran tan vulgares como el peor de los harapientos... Salvo si Enzo no lo comprendía realmente, aquel eructo, le harían preguntas, claro, y no sabría qué responder. ¡Tenía que comprenderlo ahora! ¡Antes de que fuera demasiado tarde! Entonces volvió a la carga esperando con toda su fuerza que el Tur-

quetto le respondiese, y le preguntó de nuevo, con el corazón palpitante:

—¿Estaría dispuesto a comenzar de nuevo?

Pero Enzo no recibió respuesta alguna.

Entonces, desconcertado por aquel hombre cuyas palabras y pensamientos no conseguía descifrar, se enojó, accionó la trampilla con más fuerza de lo debido y la cuerda se tensó con un ruido seco.

El ahorcado pataleó unos segundos con desordenados movimientos, luego murió, y su cuerpo inerte siguió balanceándose en unos movimientos de vaivén que se atenuaron muy pronto.

La multitud se dispersó, en pequeños racimos. Ante la basílica, dos guardias prendieron fuego a la pira y, de inmediato, una nueva masa humana se reconstruyó en lo alto de la plaza y se enrolló alrededor de la hoguera, lentamente, como lava.

Las llamas ascendieron de pronto. «¡Aaah!» brotó de la multitud y la campana de San Marcos comenzó a doblar, mientras de todas partes llegaban las telas del Turchetto. Procedían de Santa Croce, de Cannaregio, de San Polo, de Castello, de todos los barrios de la ciudad. Y en unos pocos minutos la plaza estuvo cubierta de Vírgenes con Niño, de Crucifixiones, de Anunciaciones, de Descendimientos, de Lamentaciones, y la gente se encontraba con los cuadros del Turchetto en una intimidad que nunca habían tenido y que los dejaba desamparados. Una impresión seguía a otra. Mientras una tela se acercaba a ellos y se dirigía a la hoguera, tenía ya otra ante los ojos, y luego otra más. Iluminados por la suave luz de finales de agosto, los cuadros nunca

habían parecido tan hermosos, ni tan consoladores sus personajes, y habríase dicho que la Madonna, Cristo y los santos estaban allí, vivos, en medio de los hombres, las mujeres y los niños.

—¡Dios mío! —dijo una voz.

—¡Dios mío! —repitió alguien.

Las primeras telas empezaron a arder y, con ellas, las resinas que las cubrían. El embriagador aroma del incienso se extendió, alrededor de la pira primero, luego por toda la plaza.

—¡Es un milagro! — gritó una voz.

Una mujer se hincó de rodillas y se persignó. Otra rompió a llorar. El hombre que estaba más cerca hizo lo mismo, y sus vecinos les imitaron. Una anciana, llegada con un niño de pocos meses, lo sacó de su capacho y lo mostró a las llamas.

—¡Benedicid a este niño, Señor, y purificadlo del mal!

Luego, dejó al niño en el capacho, rompió a llorar y se arrodilló.

Por pequeños grupitos, una parte de la plaza se arrodilló también, luego otra y otra más. Ahora todos estaban de rodillas, incluso aquellos que habían asistido al ahorcamiento. Una mujer empezó a recitar el *Pater Noster*. Sus vecinos la siguieron. Y mientras que en los cuadros los rostros eran devorados por las llamas, el suave y poderoso susurro de la plegaria brotó de la plaza.

—Mañana por la mañana, no me despierte.

—Tomo nota, señor. Os deseo un buen descanso.

El franciscano sintió que la mirada del nuncio seguía posada en él:

—¿Puedo hacer algo más?

Gandolfi se dirigió hacia su gabinete de escritura sin responder.

Su mundo no era Venecia, ni la Iglesia. Era Campo Imperatore y sus hambrientas serpientes. O los campesinos de Asís que acudían a su iglesia. La vida de un cura sencillo. La verdadera vida. Es decir, la miseria.

Se sentó en su mesa, garabateó unas palabras y se dirigió hacia la biblioteca donde había guardado sus redomas.

Tomó una de ellas, se aseguró de que contuviera raíces de mandrágora en una cantidad importante y quitó el tapón. Abrió luego tres cajitas de porcelana y vertió en la redoma todo el contenido de cada una de ellas. Volvió a poner el tapón en el gollete de la redoma, agitó la mezcla y vertió la mitad del líquido en una gran copa de cristal.

La bebió de un trago, la llenó con el resto de la redoma, la vació de nuevo y fue a tenderse.

De pie, con la mano derecha aferrada a su bastón, el maestro no conseguía apartar sus ojos de la tela. Tenía ante sí el más hermoso retrato que jamás se había pintado. Una pincelada de absoluta precisión y los colores... ¿Cómo había conseguido obtener semejantes matices en las sombras? Había en la mirada del joven la belleza de su edad, encanto, pero también fuerza, bondad...

Se acercó al cuadro y buscó la firma. No la encontró. Sus ojos declinaban... Lo intentó tres veces más y acabó descubriéndola, en la esquina inferior derecha; una T mayúscula pintada en gris oscuro.

Se alejó de la tela y, una vez más, la miró largo rato. Lo que debía hacer para salvarla era indigno. Obsceno incluso. Pero no había más solución que esta, y cumplió con su deber.

Luego, se sentó a la mesa y escribió:

24 de agosto de 1576

Mi querido Gandolfi:

Sé cómo has sufrido. Sé también que, gracias a prelados

como tú, nuestra Iglesia seguirá acogiendo a los hombres y consolándoles. Has comprendido que el arte tiene la capacidad, que le es propia, de alcanzar el corazón de todos, desde el más humilde al más sabio, y acercarle al otro. Que nada, ninguna explicación, ninguna razón, sabe como él apaciguar una soledad.

Por eso te confío este retrato que me conmueve hasta las lágrimas. He intentado protegerlo con mis mejores medios, sea cual sea el precio que eso me haya costado. Pero me resulta imposible conservarlo.

Y además, he llegado al final de mi camino.

Que Dios te guarde.

Tú

T

—¡No es él el ahorcado! ¡No es él!

Scanziani levantó los ojos y fulminó al guardia con la mirada.

El otro jadeaba. Tragó saliva y prosiguió:

—En verano, los descuelgan pronto debido a calor. Cuando le hemos quitado la capucha, nos hemos mirado: «¡No es el Turquetto!», nos hemos dicho. «Es bajo y fornido, ¡pero no es el Turquetto!»

Scanziani sintió un vértigo y tuvo que agarrarse al borde de su mesa. En cuanto la estancia dejó de girar, susurró:

—¿Corrado?

—Desaparecido.

Cerró los ojos. Aquel cabrón de Gandolfi y sus manejos... Había condenado al Turquetto a regañadientes... Se había rebelado contra el auto de fe... Y había querido corromperle, a él que, durante toda su vida, había permanecido fiel a las leyes de la Iglesia... Además, le había llamado hijo de puta. Y he aquí que, a causa de esa basura, su triunfo iba a transformarse en humillación pública... Se encargaría de arreglarle las cuentas a ese crápula...

—¡Ve a informar al dux! —ordenó Scanziani—. Y dile que voy a casa de Gandolfi.

Llegó sin aliento a la nunciatura.

—Pronto, llévame ante tu dueño!

Gianni quiso cerrarle el paso:

—Monseñor me dio instrucciones de no molestarle...

Scanziani levantó la mano. Iba a enseñarle modos a ese mocoso, como no podía ni imaginárselo:

—¿Dónde está?

—En su gabinete de escritura —dijo Gianni.

—¡Pues muy bien, ve, por amor de Dios!

Gianni fue delante, se detuvo ante una puerta, llamó y giró la empuñadura. La puerta no estaba cerrada con llave.

—Virgen santa —gritó Gianni.

Tendido en el canapé, Gandolfi estaba blanco. Scanziani se acercó a él, puso la mano en su mejilla y se volvió hacia el franciscano:

—¿Sabías que estaba muerto?

El muchacho empezó a temblar.

Scanziani barrió toda la estancia con la mirada. Una copa y una redoma estaban sobre la mesa, ambas vacías. Se acercó y descubrió, puesta muy a la vista, una hoja de papel en la que leyó estas palabras:

Mi lugar no está en esta ciudad, ni en esta Iglesia.

Angelo Gandolfi,
Obispo de Asís.

Scanziani miró a Gianni con aire gélido:

—Se ha dado muerte.

Con el rostro oculto entre sus manos, el joven sollozaba.

—No es momento para abandonarse —soltó Scanziani.

Lanzó una ojeada a los anaqueles:

—¿Se drogaba?

—Debido a sus jaquecas —dijo Gianni entre dos sollozos.

—Se ha suicidado. ¿Eres consciente de ello?

El franciscano inclinó la cabeza.

—¿Conoces las consecuencias del suicidio? Hablo de las consecuencias para tu nuncio tanto como para todos nosotros, servidores de la Iglesia. No podrá recibir misas. Y nuestra Iglesia será objeto de un escándalo que alegrará a esos invertidos de reformados. ¿Eres consciente de ello?

Con el rostro oculto entre sus manos, Gianni asintió con la cabeza.

—¿Quieres ayudarme a repararlo? ¿A lograr que tu nuncio tenga la sepultura que merece? ¿Que nuestra Santa Iglesia se preserve de los herejes?

Gianni descubrió su rostro y miró a Scanziani, esperando una instrucción.

—El único modo de actuar, y digo el único, exigirá de tu parte un silencio absoluto sobre todo lo que va a ocurrir ahora ante tus ojos. ¿Estás dispuesto a jurarme silencio?

—Os lo juro —respondió Gianni—. Para que monseñor reciba la santa misa y una sepultura cristiana, haré lo que vos queráis.

Scanziani le miró a los ojos y preguntó, en tono de amenaza:

—¿Sabes a lo que te arriesgas si me traicionas?

—¡No os traicionaré! Decidme lo que debo hacer.

—¿Tenía tu dueño corta papeles en su biblioteca?

—Varios. Están guardados en el cajón central de su mesa.

Scanziani se acercó de nuevo a la mesa, tomó la hoja garabateada, la dobló y la metió en su bolsillo. Luego abrió el cajón, eligió de entre los cortapapeles aquel cuya punta le pareció más afilada, se acercó al canapé y, con un golpe que hizo salir de muy arriba, poniendo en él toda su fuerza, lo clavó hasta la guarda en el pecho de Gandolfi.

Luego se volvió hacia Gianni:

—Dirás que pasó el Turquetto, que te derribó y ató y que luego mató al nuncio. Y que yo te liberé. Eso es lo que dirás.





IV

CONSTANTINOPLA

Septiembre de 1576





1

—El problema, con el jenízaro, era tu impaciencia —dijo Zeytine Mehmet.

Halis, el mercader de babuchas, bajó la mirada. Era un tipo alto y flaco, medio calvo, todo huesos, con una cabeza alargada y una mirada sin cesar inquieta. La víspera, un jenízaro había entrado en su tienda. Buscaba «unas babuchas elegantes, si ves lo que quiero decir». Tras una hora de tergiversaciones, no había comprado nada.

—Escucha —prosiguió Zeytine—. Puedes tener ante ti a un muchacho fuerte, alto, autoritario. A alguien que puede, incluso, darte miedo. Pero si ves que se demora durante un solo segundo, medio segundo, incluso, ¿me oyes bien?, o un cuarto de segundo, ante un modelo delicado, sabes que este hombre no tiene mayor deseo que el de comprar unas babuchas refinadas. Sencillamente, no se atreve a confesártelo. Tal vez ni siquiera sea consciente de ello. Tal vez, en el fondo de su alma, le turbe sentir semejante deseo... ¡Tú debes ayudarlo a descubrirse! Muéstrale un par adornado con bordados, unas babuchas rojas o rosas... Y sobre todo, Halis mío, sobre todo, permanece al acecho de sus emociones. ¡Mira sus ojos! Compréndele mejor de lo que él mismo se

comprende. Encuentra las palabras necesarias para revelar cuál es su verdadero deseo. Le facilitarás la vida. Y luego, ¡comprará las babuchas que desea! ¡Aunque sea para no ponérselas nunca! O tal vez cuando esté solo en su casa...

Halis agachó de nuevo la cabeza:

—Tienes razón, Zeytine Abi. No le dejé hablar y no le miré bien.

—Elegir babuchas es una decisión difícil —prosiguió Zeytine—. El que llega a tu casa está a dos dedos de revelar su alma. ¡E incluso las profundidades de su alma!

De pronto, se interrumpió con aire intrigado:

—Veo a un *hammal*⁵² que aguarda ante tu tienda...

—Espero unas pieles de las de Krikor —dijo Halis, levantándose—. ¡Vuelvo dentro de cinco minutos!

Mientras Halis se dirigía hacia su tienda, Zeytine echó una ojeada hacia el *hammal*. El hombre había adoptado una postura curiosa, de espaldas a la calle y con la nariz pegada a la pared de la tienda. Extraño, se dijo Zeytine. Permaneció con los ojos fijos en la espalda del *hammal*, impaciente por descubrir su rostro. Cuando Halis se acercó al hombre, éste se volvió para saludarle y, por un instante, sus ojos encontraron los de Zeytine. Tenía una mirada extraordinaria. De aquellas que, en tres segundos, hurgan en un alma.

Zeytine sintió un escalofrío. Conocía aquella mirada. ¿Pero de dónde? Escrutó durante uno o dos minutos su memoria. Pero no tuvo éxito.

Entonces, turbado aún por la mirada del *hammal*, se

52. Mozo de cuerda.

sumió de nuevo en la reflexión que hacía cada día con Halis.

Pocas cosas eran más esenciales en la vida que la elección de babuchas, y eso valía tanto para las destinadas a andar como para aquellas que te ponías en casa. Las discusiones entre ambos hombres se referían a la forma de la babucha, la naturaleza de la piel con la que estaba hecha, su color, los materiales de su suela, sus adornos, el forro interior, en una palabra, sobre todo lo que convertía cada par de babuchas en algo único. Halis se quejaba de las dificultades de su trabajo y Zeytine le consolaba utilizando cada día las mismas palabras: «Mira a tu alrededor y dime si existen más hermosas babuchas que las que salen de tu tienda.» Halis agachaba entonces la cabeza y respondía: «Dios te oiga, Mehmetdjim⁵³, Dios te oiga.» Y además, proseguía Zeytine, con cada par de babuchas tu vida cambia. ¿No es algo maravilloso?

Halis era uno de los *müşteri* de Zeytine Mehmet, sus «clientes», como los llamaba él. Estaban los «del día», sus preferidos, que eran tres; los de la semana (una veintena), y los del mes, casi cien. Los demás no tenían derecho al estatuto de clientes, y aceptaba su ocasional óbolo, sobre todo, para no contrariarles.

Además de Halis, los «del día», eran Vico, el guardián del Han, un simple de espíritu, y Djem, un militar retirado que había perdido un brazo en Siria y se había dedicado al comercio de aceite de oliva.

—Perdóname —dijo Halis, sentándose de nuevo junto a

53. «Mi pequeño Mehmet».

Zeytine Mehmet—. Me ha traído dos pieles magníficas, una rojo escarlata, muy fina, para babuchas de interior, y una amarilla, sólida como no las hay... Con todo ello (suspiró), ya verás como no consigo venderlas...

Zeytine permaneció pensativo durante unos largos segundos mientras Halis aguardaba una palabra de aliento.

—Dime, ese *hammal*... ¿lo habías visto alguna vez?

—Es la primera vez que hace la entrega —respondió Halis—. ¿Por qué?

—No lo sé —dijo Zeytine con aire ausente—. *Vallahi billahi*, no lo sé... ¿Está todavía en tu casa?

—No, ha querido marcharse por atrás. Me ha dicho que era más corto, para su próxima entrega.

Zeytine permaneció pensativo:

—Estábamos diciendo... acerca de tus clientes... ¡Debes estar al acecho! Debes atrapar sus emociones como se atrapan pájaros... Al vuelo...

Pero tenía la cabeza en otra parte. De pronto, cambió de tema:

—Te has fijado... la gente no sabe mirar... Diríase que lo único que les interesa es (se detuvo unos segundos) que les miren, a ellos... que les... que les cubran de cumplidos, aunque estos cumplidos...

Luego se interrumpió de pronto, con aire despavorido.

—¡Zeytine Abi! ¿Te sientes mal?

Estaba anonadado. En cincuenta años de Bazar, sólo una vez había visto a alguien que supiera mirar de aquel modo.

El *hammal* de media hora antes era Ratita. Había envejecido y engordado. Pero aquella mirada era suya y de nadie más.

—*Ma guarda! Guarda!*

Elías agachó la cabeza, salió de la calle de los Gorros-de-Pieles corriendo tan deprisa como pudo, a pesar de su carga, y se encontró ante la primera puerta, jadeante, incapaz de desatar las correas de su arnés de tanto como le temblaban las manos. Cuando lo consiguió por fin, se dejó caer al suelo y se sentó para recobrar la respiración.

Le bastaba con oír una palabra en italiano para ser presa del pánico. Naturalmente podía tratarse de un marino que estaba haciendo sus compras. Pero también de un policía enviado de Venecia para detenerlo... Así, varias veces al día, echaba a correr como un desesperado.

Su primera angustia databa del día siguiente de su llegada a Constantinopla. Cuando subía por la calle de los Fabricantes-de-Pantuflas, con el corazón palpitante ante la perspectiva de volver a ver el Han, había levantado los ojos hacia el extremo de la calle. Un tullido estaba conversando con un hombrecillo sentado a su lado. El tullido le escuchaba con tan intensa atención que, en aquel instante, Elías había comprendido que se trataba de Zeytine Mehmet. Embargado de emoción, se había detenido de pronto, en me-

dio del pasaje. Le habría gustado tanto acercarse a él... Tocarlo... Decirle: «¿Zeytine, mi hermano mayor? ¡Soy yo! ¡Ratita! ¿Te acuerdas? ¿Los retratos? ¿Las muchachas?»

De pronto, cuando todavía estaba inmóvil en medio de los viandantes, con la mirada clavada en Zeytine, sintió que zozobraba. Aquel rostro... Aquellos ojos... Aquella infinita atención al otro... Eran los rasgos de Zeytine Mehmet los que había pintado para representar el rostro del Cristo de la Cena.

Se deshizo de su arnés, se sentó en plena calle y permaneció así largo rato, atónito.

Quince días más tarde, había tenido que llevar un lote de pieles a casa de Halis, un fabricante de babuchas cuya tienda se encontraba justo en frente del Han. Había intentado permanecer con la espalda vuelta a Zeytine Mehmet, pero cuando Halis le había hablado para saludarle, no había podido contener un movimiento de la cabeza. Quería ver de nuevo aquel rostro. Su mirada se había cruzado con la de Mehmet y se había agarrado a ella, por algunos segundos, tantas ganas tenía de encontrarle de nuevo.

Tras ello decidió no volver a pasar ante el Han. Serviría a Halis por el patio, y también a los demás mercaderes de la calle, desandaría lo andado, cada vez, después de haber entregado la mercancía.

—Toda la policía se ocupa del caso —dijo Djem—. El sultán lo considera una cuestión de honor. Los emisarios de Venecia han sido recibidos en palacio... Sabes que recibo informaciones de primera mano...

Sentado con las piernas cruzadas junto a Zeytine, Djem le hablaba en el tono militar que tanto le gustaba. Uno de sus primos era *bash*⁵⁴ entre los guardias de palacio y, sobre las cuestiones referentes a la seguridad del imperio, se sentía habilitado para hacer comentarios definitivos.

—¿Y si el asesino no está aquí? —preguntó Zeytine.

—Imposible —soltó Djem—. Uno, le vieron embarcar en el *Arabella*. Dos, el barco no hizo otra escala. Tres: varios marinos confirmaron que un monje había desembarcado en Gálata⁵⁵. Así pues, cuatro: el Turquetto está en algún lugar de Constantinopla.

—¿El Turquetto, dices?

—Así lo llamaban en Venecia. El sultán apuesta cien piastras por su cabeza. No llegará muy lejos, créeme.

54. Jefe.

55. El puerto de Constantinopla.

«Nací en Génova, por eso hablo mal nuestra lengua. Pero temo a Dios y respeto sus mandamientos.»

Así se había presentado Elías al intendente de Kriko. El patrón de la curtiduría que buscaba un *hammal*.

Había escogido el nombre de Alí, diciéndose que, cuando alguien le llamara así, corría menos riesgo de no reaccionar que si le llamaban Ahmet o Nasreddine. Durante el viaje se había dejado crecer la barba y se había afeitado el bigote, como hacían los piadosos, y, apenas llegado a Constantinopla, había comprado un casquete musulmán.

«¡Eres demasiado viejo!», le había soltado el intendente. Elías había respondido que todavía era vigoroso, y el intendente le había señalado con el dedo un arnés. «¡Ponte eso!» Cuando Elías se hubo anudado las correas, el intendente había cargado el arnés con, por lo menos, cien libras de pieles: «¡Camina en línea recta, y sin arrastrar los pies! Aquí, en cuanto llueve, vivimos en el barro. ¡Hay que ser fuerte para hacer este trabajo!» A Elías no le había costado en absoluto dar veinte pasos rápidos, y el intendente le había contratado.

La tenería estaba fuera de las fortificaciones, en Yédi-

Koulé, en el lindero de los mataderos de la ciudad. Elías llevaba cada mañana con su arnés ochenta libras de piel, a veces incluso cien, y servía a un montón de sastres, talabarteros y fabricantes de babuchas, diseminados desde la punta sur del Cuerno hasta Balat, pasando por Fener, y, claro está, en todo el Bazar. Allí empezaba sus entregas. Pero primero debía trepar por las pendientes calles de Samatya, lo que le costaba más de una hora, y, cuando llegaba al Bazar por la puerta de Bajazet, los músculos de su espalda y de sus muslos ardían ya.

Con el trascurso de las horas, su carga disminuía, pero la fatiga se hacía más fuerte. El aire se volvía opaco y el sudor corría por todo su cuerpo, a capas. Sólo tenía la posibilidad de lavarse realmente una vez a la semana, la mañana del viernes, cuando el hamam de Tsheshmé se abría para los pobres, y se había acostumbrado a vivir con el potente y avinagrado olor de su mugre. Organizaba sus giras con la obsesión del detalle, y del rigor que ponía en su trabajo le ocupaba por entero. Expulsaba, sobre todo, la nostalgia. Su vida era la de un *hammal* y debía vivirla como había vivido las precedentes. Con fuerza.

En unas pocas semanas, sus músculos se acostumbraron a los nuevos esfuerzos. Aprendió a caminar por el barro, a pesar de la carga. La gente a la que servía era amable. Todos parecían felices de ocupar su lugar y, a pesar de las incesantes alertas, recuperaba su ciudad con un inesperado placer. Casi cada día hacía su comida de mediodía en el recinto de Süleymaniye, la mezquita del sultán donde los indigentes eran alimentados con una sopa de lentejas acompañada por yogurt y espinacas. Le gustaba infinitamente la

atmósfera del refectorio. Allí casi no se hablaba, salvo para dar gracias al Señor, a menudo con un *Allaha bin schükür*⁵⁶ dicho en voz baja, para sí.

Una o dos veces por semana, cuando debía servir a algunos clientes en Fener, bajaba hasta la orilla del mar donde algunos pescadores asaban pescadilla en unos *mangal* puestos en la misma playa. Por un aspre, les compraba un ancho pan cortado por la mitad y lleno de pescado. Por la noche, se instalaba en el jardín de una de las mezquitas donde se refugiaban los sin-techo. Comía entonces con una especie de furor, pan y aceitunas, ajo, cebolla, queso de oveja, y se dormía ahíto y deslomado.

Desde los primeros días en Constantinopla, había buscado los lugares de su infancia. La casa de Izak Bey había ardido, al igual como la taberna de Costa, en Fener. Ahora, Balat ya no era un barrio judío-griego. Los turcos lo ocupaban por completo. Sólo se habían quedado algunos artesanos, sobre todo armenios. Pero la calle de los Fabricantes-de-Tinta no había cambiado. Elías encontró la tienda de Djelal Baba. En su interior vio a un hombre guardando redomas en el pequeño banco que le había servido de mesa. Lo miró unos instantes y se fue.

56. «Mil gracias a Dios».

5

—¡Ya sé un poco más! —dijo Djem—. Mató a un sacerdote.

—¿A un sacerdote? —preguntó Zeytine—. ¿Un sacerdote?

—¡Y no uno cualquiera! ¡Al enviado del Papa! Un personaje importante llamado Gandolfi...

—¿Estás seguro de eso?

—Sé de la mejor fuente lo que te estoy diciendo.

Zeytine Mehmet movió lentamente la cabeza. Aquello le parecía extraño.

—¿Gandolfi, dices? ¿Gandolfi?

—Escúchame bien. Le mató, le robó el hábito, se lo puso para disfrazarse de sacerdote y huyó. Así ocurrió. Lo sé por el primo...

Cuando Elías llegó a casa de Hagob, un sastre armenio a quien le había hecho ya una entrega tres veces, dos jenízaros abandonaban ruidosamente la tienda, y tuvo que dar un paso de costado para no ser arrollado.

—¡Ayer fueron otros dos! —soltó el armenio en cuanto hubieron desaparecido.

—¿Qué buscan?

—A un judío de Balat. En Venecia, se hizo pasar por griego durante cuarenta años, mató a un sacerdote y ahora se oculta en Constantinopla. Ya ves de que va la cosa...

Elías sufrió un vértigo.

—Los emisarios de Venecia han sido recibidos, incluso, por el sultán —añadió Hagob.

Aquella noche, Elías no pegó ojo. A la mañana siguiente, tomó el camino del Bazar en compañía de uno de los *hammal* de la tenería. El hombre tenía ganas de hablar:

—¡Toda la guardia busca al judío! Lo sé por mi hermano, es cocinero en palacio. Registran las iglesias y los conventos, no me preguntes por qué.

Una hora más tarde, oyó a un maestro sastre diciéndole a un cliente que «cinco emisarios de Venecia se alojaban en

palacio», pues el sultán, de madre veneciana, estaba muy unido a su República.

Más allá, un aguador contaba a quien quisiera escucharle que la cabeza del asesino valía cien piastras, y que quien ayudara a detenerle recibiría su recompensa de las propias manos del sultán.

Todo Constantinopla hervía de rumores acerca de un asesino a quien la guardia del sultán buscaba para entregarlo a los venecianos. Un incidente absurdo aumentó su angustia. Diez días después, cuando se había instalado para pasar la noche en la puerta de los Peloteros, se encontró de pronto arrojado al suelo. Resistió una fracción de segundo pero, muy pronto, se abandonó. Una pelea habría desembocado en su arresto y, además, tenía a tres encima, unos harapientos que, en un abrir y cerrar de boca, le pusieron boca abajo, le arrancaron su sayo y huyeron.

Precisamente cuando Zeytine se encontró sobre *Beyaz*⁵⁷, el asno de Süleyman, su tristeza se desvaneció. Dentro de una hora estaría en el Bazar... Rodeado... Escuchado... Reconocido... Le habría sido más fácil mendigar cerca de su cabaña, en el Divan Djaddesi⁵⁸ o en el Ouzoun Tcharshi Djaddesi⁵⁹. Pero entonces sólo habría tenido una clientela de paso. En el Bazar, era alguien...

Cada mañana, Süleyman iba a buscarlo con su asno albino, en el que había cargado cuatro jarras de limonada perfumada con menta: «¡Que el día te sea propicio!», gritaba Süleyman. «¡Que te sea dulce como la miel!», le respondía Zeytine desde la cabaña. Se acercaba al asno apoyándose en sus manos, tomaba las dos cuerdas anudadas a lo alto de la silla, las enrollaba alrededor de las palmas y se encastraba al animal con la fuerza de las muñecas.

—¿Sabes? —dijo Süleyman aquella mañana—, creo que voy a comprarlo.

57. «Blanco».

58. La avenida del Diván.

59. La avenida del Largo-Bazar.

El gran proyecto en la vida de Süleyman era tener otro asno, negro esta vez. Eso le permitiría ofrecer su limonada con un empaque que le convertiría en el primero de su profesión.

Había adquirido a *Beyaz* en unas particulares condiciones. Cuando el albino nació, su propietario había gritado: «¡Este asno es el diablo!». Había intentado venderlo por unas pocas piastras, pero la gente se burlaba. Había ido a casa de Süleyman, cuyo asno acababa de huir, le había convencido de que algún día su comercio se ampliaría si le añadía naranjada y zumo de ciruela, que entonces necesitaría dos asnos, que tenía la oportunidad de comprar el primero a muy bajo precio, y que el segundo podría ser negro. Así, su cuadra reflejaría la diversidad de las cosas de este mundo y la riqueza de la naturaleza. Süleyman había tomado el animal a cambio de una jarra de limonada sin vender. Pero nunca había conseguido agotar en un día la mercancía que llevaba en un solo asno, a pesar del gran cuidado que ponía al confeccionarla. No ahorraba ni en la menta piperina, ni en la miel y su limonada tenía un sabor divino, todos estaban de acuerdo. Pero las de los demás vendedores eran excelentes también, y el proyecto de los dos asnos se había limitado a *Beyaz*.

—¿Te han regalado un animal? —preguntó Zeytine.

—Me ofrecen uno, y a muy buen precio... Dudo... Es hermoso, y negro como el carbón. Pero es algo viejo... El vendedor me dice que tiene doce años. Yo le daría, más bien, dieciséis o diecisiete... De todos modos, nunca podré cargarlo tanto como a *Beyaz*... Dicho esto, si añadiera naranjada y zumo de ciruela, ya imaginas lo que la cosa podría dar...

Cada vez que se trataba de cifras, Süleyman permanecía en lo ambiguo. ¿Cómo calcular? No sabía leer, ni escribir, ni siquiera sujetar un lápiz. Habría tenido que hacer de memoria todos los cálculos...

Para Zeytine, la perspectiva de un segundo asno era inquietante. El trayecto hasta el Bazar se hacía a plena carga al bajar, y a Süleyman le costaba ya sujetar a *Beyaz* por la brida. Si tiene dos asnos, se dijo Zeytine, me encontraré en el barro un día de cada dos. Entonces preguntó:

—¿No puedes saciar tu hambre con *Beyaz*?

—Necesito pocas cosas —respondió Süleyman.

—Entonces intentas resolver un problema que no existe.

—De todos modos —protestó Süleyman—, si tuviera dos asnos...

—Tendrías dos veces más preocupaciones, ieso es todo!

Süleyman movió la cabeza, vaciló y acabó soltando:

—Mi vida tendría otro aspecto...

—Te digo que tienes ya muy buen aspecto con *Beyaz* —dijo Zeytine—. Y que tirando de dos asnos a la vez, sobre todo en los días de lluvia y barro, parecerías menos majestoso, créeme.

Las ganas de pintar se apoderaban de Elías diez veces al día.

La cosa comenzaba al amanecer, cuando abandonaba Yédi-Koulé. Los rayos del sol rozaban entonces las fortificaciones y daban a sus cimas de piedra rosada unos intensos reflejos rojizos, entremezclados con estrías amarillas, que le habría gustado pintar con el pincel pequeño, al modo de una miniatura, con una extremada delicadeza. En Süleymaniyé, durante la comida del mediodía, observaba con el corazón palpitante las mesas de mendigos que comían en silencio, con los ojos gachos, por respeto al sultán que les ofrecía la caridad, y el espectáculo de aquellos desheredados felices y agradecidos era, siempre, de una fuerza y una serenidad inauditas. Sus expresiones eran tan intensas, tan profundas... En el Bazar, había un clima de enfrentamiento, las miradas eran tensas y las palabras vivaces. Y al anochecer, cuando el sol de Andrinópolis se ponía en el Cuerno cubierto de caiques y daba a las cúpulas unos reflejos de plata mezclados con verde, Elías tenía ante sí la inefable belleza del Bósforo incendiado, abierto al infinito.

En semejantes momentos, lo habría dado todo para po-

der pintar. Pintar, pintar y seguir pintando. Escuchar el ruido del cepillo en la tela... Respirar los olores del barniz... Ver sus manos cubiertas de colores... Sentir la fatiga del brazo...

Aquella mañana, cuando subía con paso presuroso por la calle de los Mercaderes-de-Oro, divisó a un hombre de pie en la puerta de su tienda, con los brazos cruzados sobre su pecho y la mirada fija ante sí.

Prosiguió su camino durante cinco o seis pasos, se volvió con falsa indiferencia y clavó la mirada, con todas sus fuerzas, en el rostro del mercader. El hombre tenía una nariz pequeña, muy aguileña, de perfecta simetría, ojos verde claro, pómulos muy altos y unas mejillas hundidas. Una arruga vertical marcaba su frente. Su boca era pequeña, pero difícil de apreciar, puesto que tenía los labios prietos.

Una verdadera ave de presa.

Elías cerró los ojos, apretó los párpados y quiso pintar al mercader de oro para la pila. Vio su mano tomando una pluma de oca y mojándola en un frasco de sepia. Luego la vio posando la punta de la pluma en una hoja. Pero luego, su mano permaneció inerte, como cada vez que le dominaba el deseo de pintar.

Por tercera vez consecutiva, Zeytine tuvo la misma pesadilla. Estaba de pie, con uniforme y un sable en la mano, con la mirada fija. Una voz le gritaba: «*Eshek ölou!* ¡Hijo de asno! ¿Avanzarás de una vez?». Pero era incapaz de dar un paso. «*Eshek ölou!*», seguía aullando la voz. Pero no había nada que hacer, permanecía inmóvil. Sin embargo, tenía piernas.

Salió de su pesadilla con el cuerpo empapado en sudor y las piernas atravesadas por relámpagos, como las semanas que habían seguido a la amputación, de eso hacía casi cincuenta años.

Su compañía había caído en una emboscada durante la campaña de Arabia. Los más afortunados habían muerto en seguida. Los demás habían agonizado al sol del desierto y en el frío nocturno antes de morir a su vez, unos en un día, otros en dos o tres. Zeytine era el único que había sobrevivido cuatro días. Un grupo de infantes otomanos le había encontrado con las piernas aplastadas bajo el vientre de un caballo, agonizante y gangrenado. Uno de los soldados, hijo de carnicero, había aceptado amputarle.

Cuando regresó a Constantinopla, su familia y sus veci-

nos le recibieron como a un héroe. Ayché, su mujer, repetía sin cesar: «Te sacrificaste por nuestro sultán...» Decidió entonces ir a mendigar al Bazar, diciéndose que a la gente le gustaría ayudar al único superviviente de una compañía de infantes, a un hombre que había pagado con sus piernas la conquista de Arabia... Pero en el Bazar había muchos amputados y Zeytine comprobó muy pronto que permanecer inerte y aguardar el óbolo no bastaría. Para convertirse en un mendigo de éxito tendría que observar a la gente, con todas sus fuerzas... Descifrarla... Comprenderla... Y, por fin, domesticarla.

Se dedicó a esta tarea con una asiduidad tenaz y, en seis meses, se convirtió en el mendigo más respetado del Bazar.

Luego, cierto día, su vida cambió de nuevo. Un soldado que se marchaba a Egipto le pidió la mano de su hija Fatma, que tenía doce años. Zeytine conocía al muchacho y aceptó.

Durante las semanas que siguieron a la partida de Fatma, Ayché se metamorfoseó. Hasta entonces, la invalidez de su marido la obligaba a hacer el amor tendido de espaldas. Ayché se sentaba sobre él, hacía algunos movimientos de caderas y, como una buena esposa, esperaba que él eyaculase. De pronto, ella comenzó a hacer el amor con el abandono de una cortesana. Se aficionó a desnudarse ante él, a tener el sexo en sus manos, a mordisquear las puntas de sus pechos, a acariciarle el trasero, a barrerle el rostro con sus pechos, en una palabra a buscar sin vergüenza alguna el placer y a mostrarlo como habría hecho una favorita de alto rango.

Esas nuevas costumbres colmaron a Zeytine. No sólo

llenaban de embeleso sus sentidos, sino que, sobre todo, obtenía de ello la deliciosa impresión de ser, en cierto modo, igual a un pachá.

Pasaron así algunos meses. Luego, una noche, no encontró a Ayché en la cabaña. Preguntó a sus vecinos: ¿Alguien había visto a Ayché? Nadie pudo informarle. ¿Le habría ocurrido un accidente? ¿La habían detenido? Y, si era así, ¿por qué? Nunca lo supo y no volvió a verla más.

«He despertado su apetito sin saber con qué alimentarla», se repitió Zeytine durante los meses que siguieron a la marcha de su mujer. ¿Cómo una mujer ávida de placer podía satisfacerse con un cuerpo truncado? Se preguntó más de una vez si no hubiera debido mostrarle más ternura. Pero concluía siempre que la ternura de un hombre se medía por el cuidado que ponía en velar por los suyos y, a este respecto, *vallahi billahi*, siempre había sido un esposo irrepachable.

Habría deseado que una nueva esposa le ofreciese la sensación de unas caderas ondulando sobre su vientre, o la dulzura de un sexo envolviendo el suyo, o también el delicioso espectáculo de una mujer que acaricia su propia intimidad, largo rato, y muestra sin reserva el placer que de ello obtiene. ¿Pero quién habría querido a un tullido como amante?

Entonces comenzó a acariciarse solo y obtuvo una satisfacción cada vez más apagada. Sus erecciones se demoraban. Por mucho que rebuscara en los recuerdos que Ayché le había dejado o que pensara también en algunas intenciones con las que se cruzaba en el Bazar y las imaginara desnudas, el deseo no acudía ya. Vivió un período de gran

melancolía. ¿No sería el verdadero responsable de la pérdida de sus piernas? Veinte veces al día revivía la escena de su accidente. ¿No habría podido evitarlo? ¿Y si hubiera estado un paso más a la izquierda? ¿O a la derecha? ¿O atrás incluso? El caballo habría proseguido su carrera y no le habría herido... Pero, entonces, tal vez algún soldado hubiera caído sobre él y le hubiera matado, también a él. En este caso, habría podido fingirse herido, esperando que los infantes vinieran a socorrerle... Y así sucesivamente...

Cierto día, sin embargo, llegó la sabiduría, gracias a una pregunta a la que se agarraría por siempre más: ¿Qué habría hecho con su vida si hubiera conservado sus piernas? Habría seguido siendo un infante... Habría aullado órdenes, como las que le arrojaban al rostro... Habría pasado su tiempo gritando: «¡Perro! ¡Macarra! ¡Hijo de un asno!». La gente le habría temido. Mucho, incluso. Pero no le habría amado.

Mientras que en el Bazar era, al mismo tiempo, temido y amado... La gente se confiaba a él... Se convertía en su íntimo... En cierto modo, le temían, como todos los que dependen de aquel a quien se han revelado. ¿Y quién, en esta tierra, era temido y amado a la vez? ¡El sultán y el buen Dios! ¡Nadie más! Entonces, Zeytine llegó a la conclusión de que, en cierto modo, habiendo perdido sus piernas, estaba en su compañía, y esta idea le procuraba, a la vez, consuelo y orgullo.

—Soy el padre Nikolaos.

El pope, un joven gordo y de gran talla, parecía muerto de miedo, y la angustia de su mirada contrastaba con su anchura de hombros. ¿Qué buscaba ese musulmán sentado en el ábside de su iglesia? ¿Había ido a evaluar la superficie que iba a encalar? Nikolaos no veía otra explicación.

La víspera, en la Divan Djaddesi, Nikolaos se había cruzado con uno de los jenízaros que habían ido a registrar la iglesia una semana antes. Nikolaos le había reconocido y se había arriesgado a saludarle. El otro le había mirado con ojos malignos:

—¡Ah, eres tú! ¡Hemos encontrado al judío! Flotaba del lado de Yédi-Koulé, con el rostro devorado por las ratas.

Nikolaos no se había atrevido a decir nada. Bastaba con que un turco le saludara para tener miedo. Los griegos y los judíos de Balat habían sido desplazados hacia el norte, en la carretera de Andrinópolis. Los turcos iban a transformar San Salvador en mezquita, era cuestión de semanas, de días incluso, tal vez.

—¡La mitad del rostro, te lo aseguro! ¡Lo vi como te estoy viendo! ¡Horrible! No tenía ya nariz, ni boca, ni ojos, nada!

En fin... Habría podido morir antes, el muy cerdo. Cuatro semanas estuvimos tras él... Afortunadamente, el bribón iba vestido como un sacerdote. Por eso lo reconocimos. Y todo porque mató a un cristiano, ¿te das cuenta?

Había hecho un gesto de irrisión antes de escupir en el suelo.

Nikolaos no se hacía ilusiones. En Lepanto, los venecianos habían acabado, a miles, con los turcos. Murad, el nuevo sultán, era de madre veneciana. Su gran visir, Sokullu, era cristiano de nacimiento. Por lo tanto, tenían que dar pruebas a los imanes. Entonces, una tras otra, las iglesias eran transformadas en mezquitas, sus mosaicos encalados y sus iconos destruidos. Antes o después, le tocaría a San Salvador.

—¿Habéis venido a blanquear?

—No —dijo Elías—. Claro que no.

Levantó los ojos y envolvió con la mirada el fresco de Jesús arrancando a Adán y Eva de los infiernos. Permaneció así largos segundos, luego le soltó al pope: «Que Dios sea contigo», y abandonó la iglesia.

—¡Ya verás! —dijo Vico, el guardián del Han—. ¡Recuperaremos nuestra sangre! ¡Y antes de lo que piensas, incluso!

Aquella mañana, como sucedía a menudo, la discusión con Zeytine se refería al lugar de los judíos en Constantinopla.

—No veo cómo puede cambiar vuestra situación —replicó Zeytine, con tanta dulzura como pudo en la voz—. Hay que mirar las cosas de frente.

—¡Eso es! —protestó Vico—. En España, éramos como hermanos con vosotros, los musulmanes. Hoy, tú y yo somos buenos amigos. ¿Por qué no volver a ser amigos todos juntos? Imagínalo: Tomamos un judío. Le encontramos un amigo musulmán, uno solo. ¿Estarás de acuerdo en que es posible?

—Claro —respondió Zeytine—. Es muy posible. Es, incluso, una excelente idea la que has tenido, Vico mío.

Tras ello, tomamos otro. Y también le encontramos un amigo musulmán. ¿Sigue siendo posible?

—Lo es —dijo Zeytine—. Claro.

—¡Continuemos entonces! ¡Con otro, y otro, y otro! ¡Hasta que cada judío tenga un amigo musulmán! Después de

todo eso, podríamos ser de nuevo hermanos, como en España. ¿No lo crees?

Aquella amistad que iba haciéndose entre judíos y musulmanes era, a la vez, la gran esperanza y la gran angustia de Vico. Pues aunque, gracias a ella, los judíos recuperaban en Constantinopla la dignidad que habían conocido en España, no tendrían ya la carga del comercio de esclavos, y él perdería su puesto.

—Tendrías que confiar este trabajo a los armenios —respondió Vico—. Hablan georgiano, saben contar y son trabajadores.

—Tal vez —dijo Zeytine—, tal vez... Pero no estoy seguro de que la cosa sea para mañana.

—En todo caso —prosiguió Vico—, si algún día los armenios son los nuevos mercaderes de esclavos, yo querría que me dejaran en mi lugar...

—Si la situación cambia como tú dices —respondió Zeytine—, te presentaré a cien, a mil armenios, te lo juro, *vallah billahi*. Tú sabrás convencerles de que se queden contigo. Pero, entre tanto...

Miró a Vico a los ojos y le susurró confidencialmente:

—Hay en el Bazar un *hammal* con quien debo hablar a toda costa. Bajo, muy fuerte, con una cara de rata, que transporta pieles. Intenta saber a quién hace las entregas.

—Lo descubriré —dijo Vico—. Y te lo diré. Pero tú no te olvides de los armenios.

12

—Bueno, Ratita, ¿nos hemos engordado?

Elías se detuvo en seco y mantuvo los ojos gachos, sin osar volverse. La voz procedía de abajo, de la calle de los Fabricantes-de-Pantuflas.

—¡Soy yo, Ratita!

Una carcajada resonó en el Bazar. Elías volvió lentamente la cabeza a la derecha y vio a Zeytine Mehmet que le miraba con aire burlón.

—¿No vienes a abrazarme, Ratita?

Elías se quitó el arnés, se sentó junto a Mehmet, le besó el dorso de la mano y se la llevó a la frente.

Zeytine soltó de nuevo la carcajada:

—Te vi haciendo una entrega en casa de Halis. Una sola vez... Luego, nunca has vuelto a subir hasta el Han. ¡Pensabas escapar de mí, bribón de Ratita!

Su risa resonó de nuevo en toda la calle. Elías seguía sin decir nada.

Zeytine le indicó por signos que se acercara y susurró:

—Te decía que hay que saber mirar, ¿recuerdas? En fin...
Alí Bey, puesto que este es tu nombre, ahora, ¿sabes que
han encontrado al asesino?

Elías permaneció inmóvil, con los ojos gachos. Zeytine
seguía sonriendo:

—¿Bueno? ¿No vas a dejarme oír el sonido de tu voz,
Ratón mío? ¿Dónde duermes esta noche? ¿En palacio?

Una vez más, soltó la carcajada:

—A las seis, ve a la puerta de los Peleteros. Verás allí a
Süleyman, el vendedor de limonada, tiene un asno blanco.
Espérame junto a él. Iremos a mi casa.

—Vinieron dos —dijo Zeytine—. Un policía y un abogado, un tal Scarpa. Se lo llevaron con ellos porque, en Venecia, él era el que más sabía sobre ti. En fin, regresaron a Venecia hace dos días, satisfechos de su viaje, puesto que lograron su fiambre.

Soltó la carcajada:

—Bueno, Ratoncillo, ¿no me preguntas de dónde he sacado esto?

Estaban en su cabaña, un ensamblaje de tablas de unos diez pies de lado cuya puerta constituía la única abertura. En el interior, Elías se fijó en un *mangal* al que estaba unida, de un modo extraño, una gruesa tabla de madera. Había también una yacija, puesta en el suelo de tierra batida, y un arcón, perpendicular al *mangal*.

—Tenían su fiambre pues. ¡Y qué fiambre! Vestido de monje y todo. La policía les entregó un certificado de defunción (soltó de nuevo la carcajada). Lo presentaron a su embajador, uno de los secretarios lo tradujo al veneciano y volvieron a su casa.

—El destino se ha mostrado benevolente —dijo Elías.

—¿El destino? —exclamó Zeytine—. ¡Y qué más! Vamos,

te prepararé una salsa de las mías, muchas aceitunas y todo lo demás, y (levantó el índice, como enunciando una sentencia) nada de grasa animal. ¡Ja! ¡Aceite de oliva! El que me da Djem Effendi, mi cliente. Luego, hablaremos del destino...

Se acercó al arcón y sacó, sucesivamente, un gran puñado de aceitunas, algunas cebollas rojas, dos dientes de ajo, tomillo, orégano y dos limones, poniéndolo todo en la tabla de gruesa madera. Luego, sacó de su bolsillo un tejido hecho una bola y lo deshizo. Contenía un pequeño bonito:

—¿No me preguntas cómo supe que los dos venecianos se habían marchado?

Ante su *mangal* unas veces, ante la tabla de madera, otras, Zeytine preparaba su plato y hablaba como un hombre atareado.

—Muy bien, te lo voy a decir... Tengo un cliente, Djem Effendi... Un hombre importante... Viene a verme cada día, figúrate... Antes era militar, hasta que perdió un brazo en Siria... Comprenderás que tenemos de qué hablar... Ahora vende aceite de oliva en el Bazar... Pero sigue teniendo contactos, si ves lo que quiero decirte...

Elías observaba estupefacto a Zeytine yendo y viniendo del *mangal* a la tabla de madera con pasmosa agilidad. Se apoyaba en sus manos y echaba hacia adelante o hacia un lado su busto, como si aquello no le costara esfuerzo alguno.

—Nunca te había visto moviéndote tan deprisa, Zeytine Âbi.

Los vaivenes de Zeytine le recordaron los balanceos de un chimpancé que unos gitanos exhibían en la Divan

Djaddesi. El animal tenía un modo desconcertante de moverse, ágil y torpe a la vez.

Zeytine seguía cocinando a prodigiosa velocidad, unas veces ante el *mangal*, calentando aceite de oliva, luego, un segundo más tarde ante la tabla de madera, cortando cebollas rojas, quitándole el hueso a las aceitunas con habilidad, o también picando los dientes de ajo. Luego estaba de nuevo ante el *mangal*, friendo las cebollas, luego ante la tabla para añadir sal, pimienta y las hierbas, y así sucesivamente, siempre muy aprisa:

—Voy a contarte una historia de destino, Ratoncillo. Una mañana, hace de eso algunos días, encuentran a un viejecito que se ha ahogado tras haber pasado la noche bebiendo. Ante las tabernas de Yédi-Koulé suelen verse ahogados que llevan en la panza más raki que agua salada. En fin, lo sacan del agua y se lo dan a las ratas. Basta con dejar su cuerpo cerca de los mataderos y, dos horas más tarde, la mitad del rostro está ya en su vientre. ¿Empiezas a entender?

Se detuvo y miró a Elías a los ojos:

—La antevíspera, tres mendigos del Bazar te robaron tu hábito de monje... Halis bordó el nombre de Gandolfi en un pliego del hábito. Eso le distrajo un poco de tanto decorar babuchas... Te sorprende, ¿verdad?, que conozca el nombre de tu sacerdote. También lo supe por Djem. En resumen, aquellos tres le ponen el hábito al pobre hombre que no tiene ya nada de su rostro. Lo dejan en la playa, bien visible, llega la policía, encuentra el cuerpo, examina el hábito, y así hacemos que dos venecianos vuelvan a su casa.

Zeytine Mehmet se volvió hacia Elías, con los ojos brillantes de placer.

—¿Qué te parece, Ratita?

Elías se levantó, se sentó junto a Zeytine Mehmet, le besó el dorso de la mano y se la llevó a la frente.

Zeytine volvió a cocinar:

—El destino, has dicho... ¿Ves este pescado?

Siguió yendo y viniendo a toda velocidad entre el *mangal* y la tabla de madera:

—Halis me lo ha dado esta mañana, en el Bazar. No me ofrece los pescados finos. Este es mi destino y debo aceptarlo. Pero en este plato no hay sólo pescado. ¡Está la salsa también! Y la salsa es lo que da el sabor.

Su mirada se hizo penetrante:

—Y la salsa, Ratita, la salsa... ¡la hago yo!

—Pasarás la noche aquí —dijo Zeytine cuando hubieron terminado la cena.

Elías aceptó sin hacerse de rogar. Por primera vez desde hacía mucho tiempo, podía dormir en una verdadera yacija. La de Zeytine era de forma cuadrada y, puesto que ambos eran de corta talla y anchos hombros, se instalaron pies contra cabeza y se durmieron en seguida, agotados por tantas emociones.

—He dormido mejor que desde hace cien años —dijo Zeytine por la mañana—. Ven a mi casa esta noche, y también todas las noches, si quieres.

—Vendré —respondió Elías.

Así comenzó para ambos hombres un período tan hermoso que apenas podían creer que estaban viviéndolo.

Durante el día, Elías pasaba por el Han cada vez que sus entregas se lo permitían. Si Zeytine estaba discutiendo con alguno de sus clientes, no se quedaba. De lo contrario, dejaba su arnés y se sentaba a su lado unos minutos, a menudo sin decir nada, antes de marcharse de nuevo a hacer sus entregas.

Al anoecer, a Zeytine le gustaba contar su jornada. Una vez, se trató de la discusión que había mantenido aquella misma mañana con Halis:

—Te dije hace ya mucho tiempo que la gente no sabe mirar, ¿recuerdas? Lo que desean es que los miren, a ellos.

Soltó la carcajada:

—Pues bien, me equivoqué, Ratoncillo mío. La gente no es más tonta que tú o yo. Muy al contrario, es astuta, e incluso más de lo que cree. Sienten que mirar, y me refiero a

mirar realmente, puede producirles dolor... ¡Advierten que todo cambia! Sus amigos, sus mujeres, su trabajo, ¡todo! ¿Y sabes, Ratoncillo? Si admitieran que el mundo cambia, también ellos deberán cambiar... Y esto es lo que más detestan.

Otra noche, Zeytine soltó:

—Te marchaste a Venecia donde viviste mil aventuras. Yo me quedé en el Bazar, como una piedra puesta en medio de la multitud. Me pasé el tiempo escrutando los rostros. Pues bien, sábelo, ¡también yo he vivido mil aventuras!

Inclinó la cabeza y añadió:

—¡Pues sí, Ratoncillo! ¡Mil aventuras! Tristes y alegres. Mirar es, un día, doloroso, y el otro es una maravilla. ¡Vete a saber!

Cierta noche en la que habían hablado poco, Zeytine preguntó de pronto:

—¿Y si tuvieras que volver a hacerlo? ¿Te lo has preguntado ya?

Miró a Elías con una insólita intensidad:

—Yo no cambiaría nada. Aunque... habríamos podido conocer otra cosa, ¿no crees?

Elías bajó la mirada.

—Algunas pequeñas cosas pueden cambiar tu vida. Mira a Halis. Cada par de babuchas que fabrica es distinto a todos los demás. Modifica un bordado, la forma, un color, una piel, un accesorio, algo que hará único ese par. Su vida adquiere así nuevos colores. Se queja de sus clientes que dudan, pero creo que, en el fondo, eso le hace feliz.

Así, cada noche, Zeytine hablaba de la condición huma-

na. Elías asentía, Zeytine no esperaba otra cosa de él y, tras haber hablado o escuchado mucho, cada cual iba a dormir con el confuso deseo de ocultar al otro qué feliz era viviendo en su compañía.

Sólo hubo una excepción al clima de serenidad que reinaba en la cabaña cuando, cierta noche, Zeytine preguntó a quemarropa:

—¿Eres feliz, Ratoncillo mío?

—Creo que sí —respondió Elías—. Tal vez, incluso, más que nunca.

—Y sin embargo, creo que tu felicidad es incompleta —prosiguió Zeytine—. Pues nunca me hablas de lo esencial.

Cien veces durante el día Elías se había sentido tentado a decirle a Zeytine: «El deseo de pintar se apodera de mí en todo instante. Me penetra por todas partes. Lo siento en mí como un dardo clavado en mi carne. Luego se desvanece sin más alharacas y siento la vergüenza que experimenta un hombre cuando desea a una mujer y permanece impotente.»

Pero, por una razón desconocida, se sentía molesto, y siempre se había abstenido de decirlo.

—Sé en qué circunstancias huiste de Constantinopla —prosiguió Zeytine—. Arsinée me lo contó.

Elías bajó los ojos. De nuevo se hizo el silencio.

—¿Pero y luego? ¿Qué hiciste luego? Cuéntame Venecia —prosiguió Zeytine—. Todo Venecia.

Elías habló durante toda la noche. Describió su aprendizaje, sus inicios y sus éxitos. Explicó su pintura y dijo lo que en ella se distinguía de la de los otros grandes pintores. Habló de la precisión en la pincelada, que debía a Djelal

Baba, de sus personajes a la expectativa, como los de la iglesia San Salvador. Habló de Stefania, de Rachel y de la *Cena*. Contó su proceso y su huida.

—Combatiste contra viento y marea —dijo Zeytine cuando Elías hubo terminado—. Te convertiste en un pintor inmenso y te admiro por ello. Pero para acceder a la verdadera felicidad, tienes que reconciliarte con una persona.

Elías inclinó la cabeza:

—Con mi padre...

—No —dijo Zeytine.

Elías levantó los ojos hacia él:

—¿Con quién?

—Tú debes encontrarlo —dijo Zeytine.

Cierta mañana de enero, en el Bazar, Zeytine sintió que su pecho se contraía. Hasta que regresó a la cabaña, casi no habló. Por la noche, se acostó sin comer.

Durante los días siguientes, sus manos y sus muñones se hincharon. El menor esfuerzo le hacía jadear. Tenía sin cesar sed, lo que le obligaba a forrar su *shalvar* con varias capas de tejido antes de ir a mendigar, y a vivir en el hediondo y húmedo contacto de sus orines hasta regresar a la cabaña.

Unos días después de haber sentido aquel dolor, le dijo a Elías:

—No tengo ya fuerzas para ir al Bazar.

Elías bajó a Yédi-Koulé, devolvió su arnés y se despidió de la tenería. Cuando regresó a la cabaña, le preguntó a Zeytine qué podía hacer por él.

Zeytine bajó la mirada:

—No tengo ya fuerzas para mis necesidades.

—Te ayudaré —dijo Elías.

Se acercó a la yacija. Zeytine levantó los brazos, se agarró a su cuello y Elías le llevó a las letrinas como se lleva a un niño.

Éstas consistían en un cubo de madera construido a cielo abierto, donde se había practicado un agujero en el propio suelo. Elías mantuvo a Zeytine en la vertical del orificio, mientras éste hacía sus necesidades, y le ayudó como pudo a limpiarse. Comenzó así un período en el que, varias veces al día, Elías llevaba a Zeytine a las letrinas. Sus desplazamientos eran difíciles. No obstante, ambos hombres aguardaban aquellos instantes con una impaciencia que les turbaba un poco. Cuando anudaba los brazos alrededor del cuello de Elías, Zeytine se acostumbró a estrecharse contra él, y aquel gesto conmovía tanto a Elías que, a su vez, estrechaba en sus brazos a Zeytine, para devolverle su ternura y, a la vez, porque sujetándolo así (Zeytine tenía entonces el mentón apoyado en el hombro de Elías), le ocultaba sus lágrimas.

Durante las primeras semanas de esta nueva vida, Süleyman pasó cada noche a contarle los chismes del Bazar. Había renunciado de nuevo a comprar el segundo asno. «Sin duda he perdido mi oportunidad», repitió a cada una de sus visitas. Djem se acostumbró a acudir una vez a la semana, pero se quedaba más tiempo. Por lo que se refiere a Halis y Vico, que sólo tenían libre el viernes, ir a Balat era difícil. Halis acudía dos veces a casa de Zeytine, Vico sólo una.

A partir de mediados de febrero, Süleyman no fue ya, Djem fue una sola vez, y los otros dos ninguna. El estado de Zeytine se agravó.

Se puso melancólico y no tuvo ya fuerzas para hacer sus necesidades en las letrinas. Elías aprendió a cambiarle, a asearle y a hacerle unos pañales con los trapos que encontraba en el arcón.

Encargarse de Zeytine se convirtió, para Elías, en una actividad sin descanso. Además de lo referente a la higiene, preparaba las comidas, para las que iba a comprar a los vendedores ambulantes de la Divan Djaddesi. La comida era allí más cara que en Yédi-Koulé, pero al menos no dejaba solo a Zeytine mucho tiempo.

Cierta noche en la que Zeytine se encontraba mejor, quiso enseñar a Elías la plegaria de los muertos. Estaba en árabe y Elías no se atrevió a preguntar el significado de las palabras que aprendía de memoria.

A mediados de marzo, Zeytine perdió su lucidez. Cuando se dirigía a Elías, comenzó a llamarle *Ábi*⁶⁰, primero de vez en cuando, luego, siempre.

60. «Hermano mayor».

–iZeytine Âbi! ¿Duermes todavía?

Elías no obtuvo respuesta. Llamó una vez más, otra luego, y otra más:

–iZeytine Âbi! ¡Dime algo!

Nada.

Se deslizó hacia la parte baja de la yacija y, sin atreverse a mirar a su amigo, posó la mano en su rostro. Estaba frío.

–Zeytine Âbi... ¿te has marchado?

Repitió estas palabras varias veces:

–¿Te has marchado, Âbi? ¿Te has marchado?

Nada tampoco.

Entonces se volvió hacia su amigo, tomó su cuerpo, lo estrechó contra sí y estalló en sollozos.

Durante una hora lloró pegado al cuerpo truncado de Zeytine. Luego abandonó la cabaña y fue a buscar a Süleyman.

–Hay que hacerle el aseo –dijo éste–. ¿Quieres encargarte tú?

–Si aceptas ayudarme, lo haré ante tus ojos.

–Primero debes desnudarlo –dijo Süleyman.

Elías descubrió por completo el cuerpo de Zeytine Mehmet.

—¡Tiene el torso de un luchador! —exclamó Süleyman—. ¡Y sus brazos! ¡Mira sus brazos!

Era cierto. A pesar de su edad, Zeytine era una montaña de músculos. Sus manos, sus hombros, su pecho, todo era potente y firme, y Elías se dijo que habría podido pintarlo como mártir.

—Aprieta su vientre —prosiguió Süleyman—. Primero con delicadeza, luego de modo más firme, para librar el cuerpo de sus mancillas.

Elías apretó el vientre de Zeytine como Süleyman le había dicho.

—Enrolla un trapo alrededor de tu mano —prosiguió Süleyman— y hazle el aseo íntimo.

Elías lo hizo de nuevo.

—Te ayudaré a cambiar la sábana. Luego lavarás a nuestro amigo. Lo harás tres veces, de arriba a abajo.

Elías lavó el cuerpo de su amigo con agua fresca y con tanta dulzura como pudo poner en ello, tres veces, de arriba a abajo.

—Te ayudaré con el sudario —intervino Süleyman.

Cuando hubieron terminado de envolver a Zeytine Mehmet en tres piezas de tela, Süleyman fue a buscar a Neshet, el imán del barrio.

Mientras Elías les aguardaba de pie, con los ojos posados en el sudario, se dijo que había amado a Zeytine como no había nunca amado a nadie.

—He uncido a *Beyaz* a la carreta —dijo Süleyman cuando llegó con Neshet—. Tengo también dos palas y la tabla.

El cementerio se encontraba a un cuarto de hora de camino, hacia la puerta de Andrinópolis. Era un cemente-

rio de pobres donde cada cual excavaba la tumba de los suyos.

Süleyman tomó una de las palas.

—Quisiera ser el único que cave —dijo Elías.

Neshet se encogió de hombros:

—Poneos de acuerdo ambos, pero pronto. Tengo frío.

—¿Sabes cómo hacerlo para el saliente? —preguntó Süleyman.

—Estoy al corriente —dijo Elías.

También entre los judíos se excavaba una fosa cuya parte superior era un poco más ancha que la de abajo, lo sabía. Eso permitía calar una tabla por encima del cuerpo y le evitaba ser aplastado por el peso de la tierra, cuando se colmaba la fosa.

Neshet eligió un emplazamiento en el que Elías trazó un cuadrilátero y empezó a cavar cortando la tierra con la arista de la pala, tan dura era su superficie. Cuando llegó a media altura, colocó la tabla, marcó el desnivel que permitiría calarla bien, y acabó de cavar la fosa.

En menos de una hora estuvo lista para recibir a Zeytine Mehmet. Neshet y Süleyman lo levantaron del carro y se lo tendieron a Elías.

Éste colocó a Zeytine en tierra cuidadosamente, salió de la fosa y se unió a los otros dos. Neshet recitó la plegaria funeraria. Elías y Süleyman la repitieron tras él, versículo a versículo, y, cuando Neshet hubo terminado, se volvió hacia Elías:

—Puedes poner la tabla.

—Deseo recitar otra plegaria —dijo Elías—. Quisiera tu permiso.

—¿Cuál? —preguntó Neshet.
—El Kaddish.
—Es la plegaria de los judíos... No comprendo...
Miró a Elías por unos instantes:
—Eres *dönmé*⁶¹.
—Nací judío —dijo Elías.
El imán inclinó lentamente la cabeza:
—¿Quién recita esta plegaria entre los judíos?
—El hijo —dijo Elías.
—¿Eres tú el hijo de Mehmet?
—No, claro que no. Pero me gustaría recitar el Kaddish.
Neshet permaneció silencioso, con los ojos en la lejanía.
Luego se volvió hacia Elías:
—Tu plegaria... ¿Brotará tu plegaria del fondo de tu corazón?
—Ahí se encuentra —dijo Elías—. No podría estar más profundamente hundida en mi corazón. De allí brotará.
—Recítala entonces —dijo Neshet—. Vamos.
Elías recitó así las tres estrofas del Kaddish:

It Kaddal veit Kaddash
Sheme rabbah

Que su gran nombre se extienda y sea santificado

Terminó la plegaria, puso la tabla en el saliente y arrojó una palada de tierra. Süleyman y Neshet hicieron lo mismo; luego Elías colmó la fosa y, con la tierra sobrante, creó

61. «Converso» (literalmente: dado vuelta).

un pequeño montículo arreglándolo con unos golpes de pala.

—Habrás que pensar en la inscripción, antes de que se olvide donde lo hemos puesto.

Elías le aseguró que se encargaría al día siguiente.

Los tres hombres se abrazaron.

—Hasta pronto, si Dios quiere —le dijo Süleyman.

—Has orado con el corazón —dijo Neshet—. Que Dios te guarde.

De regreso en la cabaña, Elías quemó los harapos de Zeytine Mehmet. Quitó la sábana sobre la que le había aseado y la sustituyó por otra, que encontró en el arcón, donde advirtió que no había ya comida alguna. Luego salió y se puso en camino hacia el Bazar.

Llegó al Han por detrás y subió hasta el desván por la escalera de incendio. Se tendió sobre las tablas, cerró los ojos y recordó la muerte de su padre. Las palabras pronunciadas en el pasillo, el ruido del cuerpo que se derrumbaba, las frases del guardián cuando le había anunciado a Arsinée que su padre había muerto y, claro está, la imagen de su padre, tendido, con el *gömlek* enrojecido por su orina ensangrentada. Todo regresó a su memoria, detalle a detalle.

Permaneció así tendido durante unos minutos. Luego abrió los ojos y advirtió que la rendija por la que miraba a las muchachas había desaparecido. Intentó abrirla de nuevo, pero sólo tenía sus uñas para ello, y el adobe aguantó.

Se sentó con las piernas cruzadas y soltó un breve suspiro de irrisión. ¿Qué habría cambiado aquello? Como si

hubiera podido ver a su padre a través de la rendija, llamarlo y pedirle perdón...

Había vuelto la espalda a su padre. Lo había abandonado. Del mismo modo que había abandonado a todos los suyos. Arsinée, Stefania, Leonora... Les había traicionado a todos. Y habría traicionado a Rachel como a todos los demás, si ella le hubiera dado tiempo. Y también había traicionado a Venecia, que le había acogido. Le había encargado una Cena para que todos pudieran encontrarse en ella, no una representación en la que se complacía diciendo quién era él. ¡Nadie le había pedido que contara su vida! Y aquella necesidad de pintar casquetes y rabinos... ¿Era culpa de los venecianos que no pudiera ya seguir con sus trampas y mintiendo?

Hubiera tenido que desaparecer detrás de su pintura, en vez de convertirla en un pretexto para ponerse por encima de los demás.

Un falso humilde que había sacrificado a su orgullo toda persona a la que había encontrado en su camino, eso había sido. Un hombre de una vanidad sin límites.

¿Qué estás buscando?

Ralfi, el guardián del cementerio, examinaba con desconfianza al hombre que tenía delante. ¿Qué buscaba un piadoso en un cementerio judío? Tuvo miedo. El hombre era de poca talla, pero sus hombros eran impresionantes y debía de tener la fuerza de un buey.

La idea de huir le vino a Ralfi a la cabeza. Pero aquel hombre se lo habría comido de un bocado... Además, tenía una extraña cara. Habríase dicho la de una gran rata.

Naturalmente, veía a menudo gente extraña por el cementerio... No todos los judíos tenían la distinción de los de España... Los romaniotas y los karaimes eran los únicos que tenían bienes y, por ello, se creían aristócratas... Por lo que se refiere a los askenazíes, era imposible comprenderlos con su horrible acento... Finalmente, en lo referente a los modos, sólo podía contarse con los sefardíes. «No tenemos el dinero, pero tenemos los libros», decían.

Estas reflexiones ayudaron a Ralfi a recuperar cierto valor:

—Perdóname... soy el guardián. ¿Puedo ayudarte?

—Mi padre, que vivía en Génova, tenía un amigo sefardí...

¿Quién era aquel individuo? Llevar el casquete musulmán y hablar de los judíos de España no casaba demasiado...

—El amigo se llamaba Samuel Soriano y trabajaba para Izak Bey, el mercader de esclavos.

—Soriano... El nombre no me dice nada. ¿Sabes cuándo murió tu Soriano? Si me dices una fecha, tal vez pueda ayudarte...

—Hace de ello cuarenta y cinco años.

El guardián inclinó la cabeza:

—Para nosotros... sería en el año 5191 o 5192, depende del mes... Ven, te ayudaré a encontrar su tumba. Tú no conseguirías identificarla, aquí todo está escrito en hebreo...

—Te lo agradezco —dijo Elías.

El alfabeto hebraico que Rabbi Alberto le había enseñado volvió a su memoria. Samuel escribía *shin aleph mem* y así sucesivamente. Intentó descifrar la inscripción ante la que se había detenido el guardián, pero el otro pasó a la siguiente tras apenas un segundo, luego a la contigua, y así sucesivamente. Tras cuatro avenidas, el guardián se volvió hacia Elías:

—No la encuentro. Es extraño, pues ya en aquella época, para los judíos no había otro cementerio. Si no está aquí, sin duda no tuvo derecho a sepultura.

Elías estalló en sollozos.

Ralfi estaba acostumbrado a escenas de emoción, pero aquella le sorprendió mucho. Un hombre tan fuerte llorando con una desesperación de niño... A fin de cuentas, no era él el que estaba de luto...

—¿Le conociste bien?

Elías fue incapaz de articular una sola palabra.
Habría podido abrirse al guardián. Preguntarle: «¿Cómo
podré pedirle perdón ahora, puedes decírmelo?».
¿Pero de qué habría servido esto?
Entonces, le volvió la espalda y abandonó el cementerio
corriendo.

Entró en el Bazar por la puerta de Mahmout-Pasha, lo atravesó de punta a cabo, subió por la calle de los Fabricantes-de-Pantuflas y pronto se encontró ante el Han.

Permaneció de pie varios minutos, observando los alrededores. Luego se sentó en el lugar exacto donde Zeytine había mendigado durante cincuenta años.

En la hora siguiente, cuatro viandantes depositaron comida ante él. Otro le lanzó dos aspres.

Pasó otra hora. Comenzó a observar a la gente tomándose cierto tiempo, con una gran fuerza, como no lo había hecho desde hacía mucho tiempo.

La tarde estaba a punto de concluir cuando cerró los ojos y se cubrió el rostro con las manos.

Unos instantes más tarde, vio que su mano derecha esbozaba el óvalo de un rostro. Con lento y contenido movimiento, dibujó un trazo, luego otro, luego otro más, cada vez con más rapidez y seguridad, hasta que ante Elías apareció un retrato, tan claro como si lo tuviera delante.

Luego, con el rostro oculto aún, Elías vio como su mano tomaba el dibujo y lo depositaba en la pila.

Era el retrato de su padre. Lo había representado como

el pobre diablo que era. En la esquina superior derecha de la hoja, su mano había escrito estas palabras:

Sami Soriano, empleado de un mercader de esclavos en Constantinopla.



EPÍLOGO

Poco después de la muerte de Angelo Gandolfi, *El hombre del guante* fue enviado a Asís con el resto de sus efectos, entre los que se encontraba la carta que había recibido acompañando el cuadro⁶².

La tela fue colgada en una de las salas de recepción del obispado donde, quince años más tarde, en otoño de 1593, atrajo la mirada de Clemente VIII, de visita en Asís, tanto que Aldo Pollinati, el obispo, se sintió obligado a regalársela. En 1614, el Papa Inocencio X regaló el retrato al embajador de Inglaterra ante la Santa Sede, para agradecerle una negociación sobre el estatuto de la Iglesia anglicana. Unos años más tarde, Ralph Williams se la regaló a Carlos I de Inglaterra. Cuando éste murió, en 1651, el cuadro fue adquirido por el banquero Jabach, uno de los mayores coleccionistas de su época. Durante la segunda venta de la colección Jabach, en 1671, el cuadro fue comprado por Luis XIV. Desde esa fecha es propiedad del Estado francés.

62. La carta de Tiziano al nuncio está clasificada en los archivos del obispado de Asís en la rúbrica Cinquecento-Corrispondenza-Vescovi di Assisi-CF-122-a.



TÍTULOS PUBLICADOS EN NAVONA EDITORIAL

Colección Navona Negra

1. Arthur Conan Doyle / *Seis enigmas para Sherlock Holmes*
2. M. A. West / *El viento y la sangre*
3. Friedrich Dürrenmatt / *La promesa*
4. Anton Chéjov / *Drama en la cacería*
5. Deborah Crombie / *Nadie llora al muerto*
6. Sergio Sinay / *Ni un dólar partido por la mitad*
7. Eric Ambler / *Epitafio para un espía*
8. Jonathan Kellerman / *Víctimas*
9. Carlos Salem / *Muerto el perro*
10. Rex Stout / *Sonó el timbre*
11. Edgar Allan Poe / *Los casos de Auguste Dupin*
12. Maria Teresa Valle / *Ajuste de cuentas*
13. Howard Fast / *Sylvia*
14. Cristina Rava / *Investigación a la tinta de calamar*
15. Carlos Salem / *Camino de ida*
16. Diversos autores (antología de James Ellroy) / *American Noir*
17. Deborah Crombie / *Los huesos dormidos*
18. Rex Stout / *Demasiados cocineros*
19. Massimo Carlotto y Marco Videtta / *Las vengadoras. Ksenia*

Colección Navona Ficciones

- D. H. Lawrence / *Cuentos prohibidos*
Lev Tolstói / *Hadjí Murat*
Eduard von Keyserling / *Novelas bálticas*
Los premios Nobel de literatura toman la palabra
Georges Brassens / *Los caminos que no llevan a Roma*
Georges Brassens / *Els camins que no duen a Roma*

Simone de Beauvoir / *Malentendido en Moscú*
Henry Miller / *Una pesadilla con aire acondicionado*
Minh Tran Huy / *La doble vida de Anna Song*
Aldous Huxley / *La sonrisa de la Gioconda*
Erskine Caldwell / *En esta misma tierra*
Raphaël Jerusalmy / *La cofradía de los cazadores de libros*
Saki / *Reginald*
John Steinbeck / *El pony colorado*
Dasso Saldívar / *Los soles de Amalfi*
Ramón J. Sender / *Túpac Amaru*
Saki / *Cuentos mordaces*
Pierre Assouline / *Sigmaringen*
Elena Poniatowska / *La «Flor de Lis»*
Francis Scott Fitzgerald / *El último magnate*
Henry Miller / *El puente de Brooklyn*
Dalton Trumbo / *Johnny empuñó su fusil*
Metin Arditi / *El Turquetto*

Colección Los ineludibles

William Kotzwinkle / *El nadador en el mar secreto*
Jakob Wassermann / *Golowin*

Colección Bolsillo Navona

1. John Steinbeck / *El breve reinado de Pipino IV*
2. Jack London / *Los mejores cuentos del Gran Norte*
3. Erskine Caldwell / *El camino del tabaco*
4. R. L. Stevenson / *La playa de Falesá*
Las desventuras de John Nicholson
5. Erskine Caldwell / *La parcela de Dios*

6. Leopoldo Alas, *Clarín / Doce cuentos sutiles*
7. Franz Kafka / *La transformación*
8. Stephen Crane / *Maggie: una chica de la calle*
9. Joseph Conrad / *Últimos cuentos*
10. Wilkie Collins / *Una cama sumamente extraña*
11. Erskine Caldwell / *Una casa en la colina*
12. Joseph Conrad / *Situación límite*

Colección Navona Noficciones

Claude Quétel / *La II Guerra Mundial*

France Farago / *Los grandes maestros espirituales*

Colección Reencuentros

1. John Steinbeck / *Tortilla Flat*
2. Mark Twain / *El pretendiente americano*
3. Joseph Conrad / *Situación límite*
4. Eric Ambler / *Epitafio para un espía*
5. John Steinbeck / *El breve reinado de Pipino IV*
6. Jack London / *Los mejores cuentos del Gran Norte*
7. Voltaire / *Micromegas Zadig*
8. Rex Stout / *Nero Wolfe contra el FBI*
9. Erskine Caldwell / *El camino del tabaco*
10. R. L. Stevenson / *La playa de Falesá*
Las desventuras de John Nicholson
11. John Steinbeck / *Cannery Row*
12. Jack London / *Los mejores cuentos de los Mares del Sur*
13. Erskine Caldwell / *La parcela de Dios*
14. Friedrich Dürrenmatt / *La promesa*
15. Jack London / *Antes de Adán*
La peste escarlata

16. John Steinbeck / *Dulce jueves*
17. Joseph Conrad / *Falk. Una remembranza*
Una avanzadilla del progreso
18. John Steinbeck / *El largo valle*
19. John Steinbeck / *El pony colorado*
20. Francis Scott Fitzgerald / *Los mejores cuentos*
21. R. L. Stevenson / *Will el del molino*
La Isla de las Voces
Fábulas
22. Erskine Caldwell / *Tumulto en julio*
23. Leopoldo Alas, Clarín / *Doce cuentos sutiles*
24. Thomas Hardy / *Las pequeñas ironías de la vida*
25. Erskine Caldwell / *Historias del Norte y del Sur (I)*
26. Arthur Conan Doyle / *Seis enigmas para Sherlock Holmes*
27. Wilkie Collins / *En mares helados*
28. Franz Kafka / *La transformación*
29. Erskine Caldwell / *Un muchacho de Georgia*
30. Stephen Crane / *Maggie: una chica de la calle*
31. John Steinbeck / *En la jungla de la noche*
32. Erskine Caldwell / *Historias del Norte y del Sur (II)*
33. Mark Twain / *Wilson Cabezahueca*
34. Jack London / *Cuando los dioses ríen*
35. Erskine Caldwell / *El predicador*
36. Joseph Conrad / *Últimos cuentos*
37. Erskine Caldwell / *Una casa en la colina*
38. Wilkie Collins / *Una cama sumamente extraña y otros relatos*
39. Upton Sinclair / *¡No pasarán!*
40. Erskine Caldwell / *Un lugar llamado Estherville*
41. Erskine Caldwell / *Tierra trágica*
42. Edith Wharton / *El último recurso*
El ángel en la tumba
Los otros dos
Xingu
Autres temps

43. Erskine Caldwell / *La mano segura de Dios*
44. Charles Dickens / Wilkie Collins / *Cuentos de viajeros y posadas*
45. Saki / *Doce cuentos malévolos*
46. Edgar Allan Poe / *La caída de la casa Usher*
47. Henry James / *Compañeros de viaje*
Historia de una obra maestra
48. Mark Twain / *El pretendiente americano* (nuevo formato)

Colección Breves Reencuentros

1. Francis Scott Fitzgerald
Un diamante tan grande como el Ritz
2. Saki
Reginald
3. Edgar Allan Poe
Los cuentos indispensables
4. Federico García Lorca
Una antología poética
5. Bret Harte
Cuentos californianos
6. Rubén Darío
Quince cuentos fantásticos
7. Saki
Reginald en Rusia
8. Stephen Crane
El hotel azul
9. Saki
Doce cuentos impertinentes
10. Franz Kafka
En la colonia penitenciaria
La condena
11. Jakob Wassermann
Golowin
12. Henry James
Compañeros de viaje
13. Francis Scott Fitzgerald
Tres cuentos románticos

14. Saki
Doce cuentos desvergonzados
15. Rainer Maria Rilke
Ewald Tragy
16. Francis Scott Fitzgerald
El gominola
Primero de Mayo
17. Eduard von Keyserling
Aquel sofocante verano
18. Henry James
Historia de una obra maestra
19. Mark Twain
Cuentos humorísticos
20. Edith Wharton
Fiebre romana
Almas rezagadas
Tras Holbein
21. Jakob Wassermann
El oro de Cajamarca
22. Henry James
Adina
23. Erskine Caldwell
El sacrilegio de Alan Kent
24. Eduard von Keyserling
Armonía
Nicky
25. Henry James
La confesión de Guest
26. Henry James
Las razones de Georgina

Colección Minireencuentros

1. Jack London
Brown Wolf
2. Erskine Caldwell
Demasiados suecos
3. Wilkie Collins
¡Vuela con el bergantín!

4. Arthur Conan Doyle
El ritual Musgrave
5. Francis Scott Fitzgerald
La última belleza sureña
6. Saki
El método Schartz-Metterklume
El cuentista
La puerta abierta









